EL PERONISMO



(1943 - 1955)



NUMERO 70 / PRECIO $ 250

CUADERNOS DE MARCHA

Cuadernos de MARCHA es una publicación uruguaya mensual, editada por MARCHA en Tall. Gráf. 33 S. A.
Director: Carlos Quijano
Bartolomé Mitre 1414 - Teléf.: 8 56 60, 91 33 25 y 98 51 94
Casilla de Correo Nº 1702
Montevideo - Uruguay

DEPOSITO LEGAL Nº 31.245
Impreso en Uruguay - Printed in Uruguay

Cuadernos de MARCHA

NUMERO 70

SUMARIO

Compilación, selección, cronología y notas por GREGORIO SELSER.

EL PERONISMO (1943-1955)

A MODO DE PRÓLOGO

por GREGORIO SELSER

EL 25 de mayo de 1973 asumirá la función de presidente de la nación argentina el doctor Héctor J. Cámpora.

Con sólo diez días de diferencia en menos, se habrá cerrado, quizás, un período de treinta años a partir del cual cambió la faz del país. El 4 de junio de 1943 estaba llamado a ser, en su origen, un cuartelazo no demasiado distinto del perpetrado en la mañana del 6 de setiembre de 1930. Y no son pocos los historiadores y estudiosos que ven en uno una simple continuación del otro aunque con distingos de tiempo y magnitudes. La discusión no se ha cerrado y, por el contrario, a medida que pasan los días son más los análisis y recomposiciones que se formulan para interpretar a ambos episodios como independientes entre sí, aunque los una el cordón umbilical de su raíz castrense, su origen elitista y su gestación en ámbito de logia cerrada y secreta.

Pero entre el 4 de junio de 1943 y el 25 de mayo de 1973 se habrán sucedido doce presidentes —incluyendo a Cámpora— de los cuales apenas cuatro con legítimos títulos constitucionales. El resto, producto de conjuras cuarteleras o palaciegas, conformó un rosario de alzamientos. Y, para peor, ninguno de ellos significó para la nación resarcimiento o mejoría respecto de aquello que supuestamente venían a reparar o curar. Por el contrario, cada nuevo golpe fue un baldón más que se agregó con agravantes de atropello gratuito e inoperante, un escalón más en la degradación moral y material a que fue permanentemente conducida la nación por la aleve mano de sus presuntos salvadores.

Lo de junio de 1943 fue en un principio aquello que no terminó de forjarse en 1930. Pero a poco más, lo que le siguió ni siquiera respondió al modelo previsto en los meses previos: 1945 fue más distinto de 1943, de lo que pudo haber sido este último de 1930. El fenómeno que luego adoptó el nombre de "peronismo" es la marca distintiva y separadora de ejemplos. Sea cual fuere la posición que frente a él se adopte, está fuera de discusión que dejó su sello en la historia de los treinta años siguientes y que su influencia está presente en todas las actuaciones y en todos los cálculos de política, de economía, de sociología y hasta de prospectiva argentina. Existió, está presente y, por lo que indican los resultados de las elecciones de marzo y abril de 1973,

más vivo y palpitante que nunca, no obstante las persecuciones, las proscripciones, la ilegalidad, la puesta fuera de la ley, la adversidad en suma.

Quien esto escribe puede hacerlo, como lo hace, rindiéndose a la evidencia de los hechos, no como adscripto a esa corriente —de la que se reconoce no adherente— sino como espectador y testigo de esos treinta años, algunos de los cuales fueron materia viva para sus crónicas periodísticas o sus libros. Reconoce haber militado en una cerrada oposición primero, y luego haberse convertido en adversario maduro y responsable, actitud crítica en la que se mantiene sin que ella le impida reconocer los muchos y notables aportes positivos que para la nación toda y para el pueblo trabajador significó el peronismo, de igual manera que la presencia de sus símbolos máximos, Juan D. Perón y Eva Duarte de Perón. Del mismo modo, no se reprocha como pecado sus críticas a lo que de negativo tuvo —y tiene aún— el fenómeno, ni, mucho menos, se propone renunciar al derecho ciudadano de persistir en ellas, con la misma tranquilidad de conciencia y sentido del deber con que no se cuidó de disimular su apoyo o aprobación a cuantas medidas o decisiones emanaron del peronismo y con las que se sintió identificado o tácticamente de acuerdo.

Importa esta puntualización porque de la selección del material que pone a disposición de los lectores de "Marcha", podría deducirse a simple lectura, según algunos que el compilador es un apasionado peronista, según otros un esforzado "gorila". Ni una cosa ni la otra, sino meramente un periodista profesional con una cierta militancia política de izquierda hoy no adscripta a facción militante alguna, que admite por anticipado que sesenta páginas o aun ciento veinte, o dos mil, son insuficientes para poder volcar en ellas todo cuanto pueda decirse, en favor, en contra o neutralmente —si cabe semejante herejía— de Perón y/o el peronismo. Harto milagro sería ya que, con las presentes sesenta páginas, el lector uruguayo pueda disponer de algunos elementos introductorios para interpretar esos febriles tiempos que corren entre junio de 1943 y setiembre de 1955 (otro CUADERNO DE MARCHA recogerá luego el período siguiente, hasta el 25 de mayo de 1973) y pueda intuir la complejidad de una tarea que demandaría la magnitud de una vasta enciclopedia para satisfacer los requerimientos de una aproximación informativa adulta al conocimiento de lo que fue y lo que es el peronismo.

Hemos dividido el trabajo en dos CUADERNOS: el primero —presente— comprende el período de lo que podríamos llamar "el peronismo en el poder", a su vez subdividido en subperíodos (1943-1950 y 1950-1955); el segundo, que aparecerá en una próxima entrega, se referirá al "peronismo en el llano", es decir en la oposición y la lucha, y abarcará el lapso que va de setiembre de 1955 al 25 de mayo presente. Las limitaciones de espacio y la no muy vasta bibliografía rastreable con rapidez (enorme documentación fue incinerada en tiempos de Lonardi y Aramburu), pueden explicar en buena parte las ausencias y lagunas perceptibles para los conocedores del tema. A su indulgencia nos remitimos, no menos que a su comprensión.

Estamos seguros de que aun los no especializados descubrirán espacios en blanco susceptibles de ser llenados con su propia información, o quizás abundancia de aportes en otros casos. Si tales desniveles existen, deberán ser atribuidos a fallas del compilador, más que a una intención maliciosa o dolosa que le haya conducido a ocultar lo que le disguste, o a resaltar aquello que le sea placentero.

Hechas estas salvedades, juzgue el lector.

Buenos Aires, 10 de mayo de 1973.

CRONOLOGIA

por GREGORIO SELSER

1895

8 de octubre. En Lobos, provincia de Buenos Aires, nace Juan Domingo Perón. Es hijo de Tomás Perón y nieto de Tomás L. Perón, médico y doctor en química, que llegó a ser senador (mitrista) por la provincia. La abuela paterna, oriunda de Paysandú, Uruguay, se apellidaba Duteil y era hija de vascos franceses procedentes de Bayona. Los apellidos de los abuelos maternos eran Toledo y Sosa, de ascendencia argentina.

1900

Mario T. Perón se traslada con su familia a la región patagónica de Río Gallegos, provincia de Santa Cruz.

1905

Nuevo traslado de la familia Perón, esta vez a Comodoro Rivadavia, provincia de Chubut. Juan Domingo es enviado a estudiar, como pupilo, al Colegio Internacional Politécnico, en Olivos, suburbio de Buenos Aires.

1911

Inicia su carrera castrense en el Colegio Militar de la Nación. Practica todos los deportes, pero se distingue en esgrima, llegando a ser campeón en el ejército.

1913

13 de diciembre. Se recibe de subteniente. Su padre le obsequia tres libros: **Consejos de lord Chesterfield a su hijo Felipe de Stanhope, Vidas Paralelas** de Plutarco y, por supuesto, el **Martín Fierro.**

1914

Es destinado al Regimiento 12 de Infantería de Línea, en Paraná, provincia de Entre Ríos.

1918

Es transferido al Arsenal de Guerra, en Buenos Aires.

1919

7 de mayo. Nace en campo "La Unión", cerca de General Viamonte (Los Toldos), provincia de Buenos Aires, María Eva Duarte.

1920

16 de enero. Perón es transferido a la Escuela de Suboficiales Sargento Cabral.

1924

Es ascendido a capitán.

1926

Ingresa a la Escuela Superior de Guerra. En un accidente muere el padre de Eva Duarte, Juan.

1928

Publica su trabajo **El frente oriental de la guerra mundial 1914-1918.** Muere su padre, a los 61 años de edad.

Por segunda vez es electo presidente de la nación don Hipólito Irigoyen.

1929

5 de enero. Se casa con María Aurelia Tizón, concertista de guitarra. Recibe el diploma de oficial de Estado Mayor.

1930

Es designado profesor suplente de la Escuela Superior de Guerra.

6 de setiembre. Golpe de estado contra Irigoyen, al que se suma el general Perón: "Ya todo estaba descompuesto: el terreno había sido abonado por la Semana Trágica [1919] y por la inoperancia del gobierno. [...] Los jefes resolvieron entonces conversarnos a los oficiales. A mí me conversó el coronel Descalzo, que era profesor de la escuela. Así que participé en la misma medida de los demás, aunque en 1943 vimos con claridad que era un movimiento reaccionario." La revolución hace presidente provisional al general José Félix Uriburu.

1931

Es ascendido a mayor.

Es fraudulentamente elegido presidente de la nación el general Agustín P. Justo. Se inicia la "Década Infame".

1935

3 de enero. Eva Duarte se une a su hermano Juan, radicado desde meses antes en Buenos Aires. Se inicia como actriz de teatro.

Perón publica sus trabajos **Toponimia araucana característica** y **Memoria del territorio nacional de Neuquén.**

1936

Asciende a teniente coronel y es designado agregado militar a la embajada en Chile.

1937

Elecciones presidenciales con fraude "patriótico": resulta electa la fórmula Roberto M. Ortiz - Ramón S. Castillo.

Perón regresa de Chile y es designado profesor suplente de la Escuela de Guerra Naval.

Primer papel de Eva Duarte como actriz, en LR 3 Radio Belgrano.

1938

Es nombrado profesor de "Operaciones Combinadas" en la Escuela Superior de Guerra. Es también profesor de estrategia, guerra total e historia militar. Muere su esposa: "Desgraciadamente falleció joven", comentará muchos años más tarde al periodista Tomás E. Martínez.

1939

El ministro de Guerra, general Carlos D. Márquez, le envía en misión especial para recoger información sobre la inminente guerra, a Italia. Conoce a Mussolini, y alcanza a visitar España, Francia, Alemania y la Unión Soviética: "Estuve tres meses en Portugal", dirá, "porque ése era un foco de espionaje."

1º de setiembre. Hitler ordena la invasión de Polonia: se inicia la Segunda Guerra Mundial.

1940

Aquejado por una enfermedad que poco después le llevará a la muerte, deja la presidencia el doctor Ortiz; le reemplaza, constitucionalmente, el vicepresidente Castillo.

1941

Perón regresa a la Argentina y es ascendido a coronel.

1942

Es designado inspector del Destacamento de Tropas de Montaña, en la provincia de Mendoza, a su juicio porque le veían como "comunista". Se contacta con sus pares del Grupo de Oficiales Unidos (GOU), que preparan un golpe de estado contra Castillo.

1943

4 de junio. Estalla la rebelión, que triunfa con un único enfrentamiento bélico ante la Escuela de Mecánica de la Armada. El general Arturo Rawson, presunto candidato a la presidencia, es desalojado por el general Pedro Pablo Ramírez. Trasciende que Perón y el coronel Enrique González son el "poder detrás del trono".

7 de junio. Es designado jefe de la secretaría del Ministerio de Guerra.

27 de octubre. Se le nombra titular del Departamento Nacional del Trabajo, desde donde inicia sus primeros contactos con dirigentes sindicales.

Noviembre. Se crea la Secretaría de Trabajo y Previsión en reemplazo del organismo indicado precedentemente. Se designa a Perón su titular.

14 de noviembre. El diario **El Chileno**, de Santiago, pone en boca del coronel Perón estas declaraciones: "Cuando el capital norteamericano [...] intenta controlar nuestra política exterior [...] llega el momento de decir: «No [...] ustedes no van a manejar los asuntos argentinos»."

1944

15 de enero. Terrible terremoto en San Juan. Miles de muertos y heridos en una ciudad casi totalmente destruida. Se constituye un organismo nacional de ayuda a las víctimas de la catástrofe. Lo preside el coronel Perón.

22 de enero. En un festival artístico a beneficio de las víctimas del terremoto, conoce a María Eva Duarte.

26 de enero. Argentina rompe relaciones diplomáticas con Alemania y Japón. El sector ultranacionalista del GOU reacciona amargamente y complota contra Ramírez.

24 de febrero. Ramírez anuncia su dimisión como presidente, por encontrarse "agotado". Le reemplaza el general Edelmiro J. Farrell como "vicepresidente en ejercicio del Poder Ejecutivo". Perón es designado ministro de Guerra, con retención de sus otras funciones.

10 de marzo. Renuncia "oficial" de Ramírez a la presidencia, y asunción de Farrell como titular del Poder Ejecutivo. Estados Unidos se niega a reconocer al nuevo mandatario.

22 de junio. El embajador estadounidense en la Argentina, Norman Armour, recibe la orden de regresar a Washington.

7 de julio. Perón es designado vicepresidente

de la nación. Retiene sus funciones de ministro de Guerra, secretario de Trabajo y Previsión y titular de la comisión de ayuda a las víctimas del terremoto sanjuanino.

26 de julio. El embajador argentino en Estados Unidos, Adrián C. Escobar, es llamado a Buenos Aires. Ahora es total la ruptura de relaciones diplomáticas.

7 de setiembre. El canciller norteamericano Cordell Hull acusa al gobierno de Farrell de convertir a la Argentina en "el cuartel general nazi del hemisferio occidental".

21 de setiembre. Cordel Hull califica al gobierno argentino de "fascista", pero advierte que "la masa del pueblo argentino es democrática".

Octubre. Enferma de gravedad el canciller Hull. Le reemplaza Edward Stettinius. Se inicia un imperceptible cambio en las relaciones entre la Argentina y Estados Unidos, merced a la influencia de Nelson Rockefeller.

Se promulga el Estatuto del Peón.

1945

21 de febrero. Se inicia la Conferencia Interamericana Especial sobre Problemas de Guerra y de Paz, en México, de la que es excluída la Argentina. Se aprueba el Acta de Chapultepec; una resolución anexa "abre la puerta" al gobierno de Farrell: podrá firmarla también si declara la guerra a Alemania y Japón.

27 de marzo. Por decreto 6945 se declara el "estado de guerra" entre la Argentina y el Japón "a fin de identificar la política de la nación con la común de las demás repúblicas americanas"; la misma actitud se toma respecto de Alemania, "atento al carácter de esta última de aliada del Japón".

4 de abril. El embajador argentino en México firma el Acta de Chapultepec.

9 de abril. Estados Unidos, Gran Bretaña y las repúblicas americanas adheridas a la política de "no reconocimiento" preconizada por Cordell Hull, establecen conjuntamente relaciones diplomáticas con el gobierno argentino.

25 de abril. Reunión de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en San Francisco. Apoyo de Estados Unidos y las demás repúblicas americanas al ingreso de la Argentina; violenta oposición de la Unión Soviética. Intenso debate interno en Estados Unidos. Tambalea la política conciliatoria de Stettinius.

27 de junio. Renuncia el canciller Stettinius. Le reemplaza James F. Byrnes el 2 de julio, quien aprueba todas las actuaciones del embajador en la Argentina, Spruille Braden, a pesar de constituir una abierta intromisión en los asuntos internos del país.

25 de agosto. Byrnes designa a Braden secretario auxiliar de Estado para Asuntos Latinoamericanos, en reemplazo de Nelson Rockefeller.

28 de agosto. Al partir de regreso a Washington, Braden advierte en un discurso en Buenos Aires "que nadie imagine" que su traslado "significa el abandono de la tarea que he emprendido".

8 de octubre. Golpe palaciego-castrense: Perón renuncia a todos sus cargos en el gobierno, es arrestado y conducido a la isla Martín García.

17 de octubre. Movilización popular con epicentro en ciudades obreras como Berisso-Ensenada y Lanús-Quilmes-Avellaneda, que "invade" la capital federal reclamando la libertad de Perón, por entonces asistido en el Hospital Militar Central. Es una "marcha" jamás antes presenciada en la ciudad, que acampa en Plaza de Mayo en demanda de su líder. Éste, finalmente, habla desde los balcones de la Casa Rosada, teniendo a su lado al presidente Farrell. Se ha conjurado el peligro de que el gobierno salga de las manos de este último y lo asuma la Suprema Corte de Justicia, anulándose las conquistas sociales obtenidas en los dieciocho meses previos.

22 de octubre. En forma privada, se casan en Junín, provincia de Buenos Aires, Perón y María Eva Duarte, "heroína" de los sucesos del 17-18 de ese mes.

27 de octubre. En discurso pronunciado con motivo del Día de la Marina, el secretario auxiliar de Estado, Braden, alude al pueblo argentino como "brutalmente escarnecido por alguien que se autotitula salvador, apoyado por una camarilla que remeda a su prototipo europeo..."

14 de noviembre. Se constituye la coalición electoral denominada Unión Democrática, integrada por los partidos Radical, Demócrata Progresista, Socialista, Comunista y fracciones menores. Surgirán como candidatos para las elecciones los radicales Tamborini y Mosca. Para sostener la fórmula opuesta a la de la "oligarquía", el Partido Laborista creado por el dirigente sindical Cipriano Reyes enarbola el nombre de Perón.

14 de diciembre. Perón anuncia su candidatura a la presidencia. Su compañero de fórmula será el correntino Jazmín Hortensio Quijano. Vastos sectores obreros, de la capital y el interior, se alinean junto a Perón, del mismo modo que la Iglesia Católica. La Unión Industrial y la Sociedad Rural no ocultan su simpatía por la fórmula Tamborini-Mosca, reemplazando así a las estructuras partidarias del

conservadorismo, que no se expiden específicamente como tales.

Se anuncia la obligatoriedad del pago del sueldo anual complementario (aguinaldo). Revelando su escasa perspicacia política, las patronales se oponen airadamente a la disposición oficial, con lo cual empujan a vastos sectores de trabajadores, aún dubitativos, hacia el "laborismo".

1946

12 de febrero. La más desaforada torpeza de la diplomacia estadounidense: el Departamento de Estado (léase Spruille Braden) publica el **Blue Book on Argentina** (**Libro azul sobre la Argentina**), que contiene documentación sobre presuntas vinculaciones de Perón y/o el GOU con el régimen nazi alemán. La intención es la de influir sobre los resultados de las elecciones, sin reparar en la —de nuevo— flagrante intromisión en los asuntos internos de otra nación. Será, contradictoriamente, el mayor aporte de la diplomacia yanqui a la derrota de la Unión Democrática. La opción que surgirá con naturalidad, "Braden o Perón", es la lápida más elocuente a una política de imbéciles.

24 de febrero. La fórmula Perón-Quijano obtiene 1:400.000 votos, contra los 1:200.000 votos logrados por el binomio Tamborini-Mosca: 304 de los 306 electores posibles, las gobernaciones de todas las provincias, los 30 asientos del senado y 109 diputados contra 44 de la oposición.

Marzo. Se anuncia la designación de George Messersmith como embajador en la Argentina.

Se funda el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI).

Abril. Comienza a funcionar la Obra Social "Eva Perón", con la inauguración de cuatro mil comedores escolares.

4 de junio. Asume por primera vez la presidencia Juan Domingo Perón.

6 de junio. La Argentina establece relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.

17 de octubre. Comienza a ser festejada esta fecha, declarada feriado nacional, como "Día de la lealtad". Eva Perón ya es simplemente "Evita".

23 de diciembre. Una ley establece el pago de aguinaldo al personal del estado.

1947

Enero. Se inicia el cumplimiento del Primer Plan Quinquenal.

8 de enero. El secretario de Estado de Estados Unidos, Byrnes, es reemplazado por George C. Marshall. Se viven los prolegómenos de la Guerra Fría. En Washington trascienden las diferencias de enfoque político respecto de la Argentina, entre el embajador Messersmith y el secretario auxiliar Braden.

14 de enero. Se disuelven el Partido Laborista y su sucesor, el Partido Único de la Revolución, y se adopta el nombre de Partido Peronista para todas las fracciones y organismos.

Marzo. La Cámara de Diputados ratifica un decreto de 1943 —dictadura de Ramírez— por el que se implantó la enseñanza religiosa en las escuelas estatales.

3 de junio. El presidente Truman anuncia que su país está preparado "para entrar en consultas con las demás naciones del Nuevo Mundo, incluso la Argentina, preparatorias para concretar un pacto de mutua defensa para el hemisferio".

5 de junio. Visto el viraje de la política de Truman, renuncia Spruille Braden.

8 de junio. Arriba a Madrid, en su primera escala de un viaje por varios países de Europa y América, Eva Perón. Retorna a Buenos Aires el 18 de agosto.

9 de julio. Desde Tucumán, Perón proclama la "Independencia económica argentina".

15 de agosto. Con la presencia de Argentina —canciller Juan A. Bramuglia— se inaugura en Río de Janeiro, Brasil, la varias veces diferida reunión de ministros de Relaciones Exteriores de América.

2 de setiembre. Con el voto argentino se aprueba el tratado de asistencia recíproca conocido como "Pacto de Río".

9 de setiembre. En presencia de Eva Perón se aprueba la ley que otorga el voto a las mujeres.

1º de diciembre. El congreso del Partido Peronista resuelve auspiciar la reforma de la Constitución de 1853 y recomienda se autorice la reelección del presidente y vicepresidente de la nación.

En reunión secreta es defenestrado el secretario general de la CGT, Aurelio Hernández, y reemplazado por José Espejo, ex obrero de la alimentación.

1948

12 de enero. Entre Argentina y Gran Bretaña se firma el acuerdo denominado Andes, por el cual la primera adquiere en la suma de 150 millones de libras esterlinas los ferrocarriles de capital inglés.

1º de marzo. Concentración popular frente a la estación Retiro, para celebrar la transferencia al estado de los ferrocarriles de propiedad británica. Perón ha sido operado horas antes

de apendicitis, y habla desde su lecho de enfermo por radiofonía.

8 de marzo. Elecciones para la renovación de 83 bancas de diputados. El peronismo obtiene 58 asientos, ampliando su representación a 111.

Se otorga personería jurídica a la Fundación de Ayuda Social María Eva Duarte de Perón.

1º de mayo. En discurso ante el Congreso, Perón manifiesta no tener interés en su reelección. Dirige un "llamamiento a la concordia política mediante una colaboración opositora".

16 de mayo. El ministro de Economía, Miguel Miranda, anuncia la suspensión de las transferencias de dólares al exterior, por disminución de existencias de esa divisa en el Banco Central; pero aclara: "Antes de tomar un empréstito, me corto las manos".

Agosto. Se promulga la ley que dispone la reforma de la constitución, sin que se especifique qué artículos deberán ser enmendados o reformados.

24 de agosto. El jefe de policía anuncia haber develado un complot para atentar contra Perón y su esposa en el teatro Colón, el 12 de octubre. Se acusa como cabeza de la conspiración al ex diputado Cipriano Reyes, quien a raíz de ello permanecerá en la cárcel hasta 1955.

5 de diciembre. Elecciones de convencionales constituyentes: el peronismo obtiene 109 representantes, y el radicalismo, único opositor, 48.

1949

26 de enero. El hasta entonces "zar de las finanzas", Miguel Miranda, presenta su renuncia y se instala a continuación en Punta del Este, Uruguay.

3 de marzo. Finaliza la huelga de obreros gráficos de treinta días de duración, en cuyo transcurso fueron detenidos más de 250 trabajadores.

7 de marzo. Se dispone la expropiación de las existencias de papel para diarios y se limita al máximo el número de páginas de las publicaciones periodísticas. El control y la distribución del papel quedan a cargo de la Subsecretaría de Informaciones.

26 de julio. Se crea el Partido Peronista Femenino, del cual es nombrada presidenta Eva Perón.

27 de julio. El Congreso dispone la creación de una comisión investigadora sobre actividades desarrolladas por entidades y personas que apoyaron a la Unión Democrática en las elecciones de 1946: es designado su titular el ex conservador José Emilio Visca.

Es reformada la Constitución de 1853, en adelante designada como "Constitución Justicialista". Entre los nuevos preceptos se autoriza la reelección presidencial.

1950

9 de enero. Durante la inauguración del local del Sindicato de Conductores de Taxis y de la Escuela Evita, en Puerto Nuevo, Eva Perón sufre un desmayo que en principio se atribuye a apendicitis. Tres días después, al operarla el doctor Oscar Ivanissevich, comprueba la existencia de una neoplasia.

Durante este mes la comisión presidida por Visca inicia las suspensiones y clausuras de diarios en todo el país, por haber omitido en cada una de las páginas de la primera edición del año, la leyenda "Año del Libertador General San Martín".

12 de marzo. Elecciones para gobernador en la provincia de Buenos Aires, donde el peronismo registra por primera vez una merma del 25 por ciento en el caudal de votos. Es detenido el candidato a gobernador, Ricardo Balbín, contra quien se acumulan varios procesos por desacato a Perón. Permanecerá en prisión más de nueve meses.

1º de mayo. En su mensaje ante el Congreso, Perón declara que se cortará las manos antes de poner la firma "en el acta de ninguna cosa que signifique un préstamo a mi país".

17 de mayo. El Export-Import Bank, de Washington, anuncia que ha acordado un préstamo de 125 millones de dólares a la Argentina. El Departamento de Estado aclara que de esa suma, 100 millones se destinarán a la cancelación de la deuda pendiente con Estados Unidos, y el resto a la adquisición de maquinarias y equipos en la Unión.

El Congreso asciende a Perón a general de división.

29 de junio. A las pocas horas del estallido de las hostilidades en Corea, la Argentina ratifica el Pacto de Río. Washington saluda esta decisión como "una demostración de solidaridad del hemisferio" frente a la agresión comunista.

Julio. Frente a las presiones estadounidenses respecto de la alineación hispanoamericana en cuanto a la guerra de Corea, Perón declara en un discurso que pronuncia en el teatro Colón: "El gobierno argentino tomará la actitud que quiera el pueblo y ninguna otra". No habrá envío de tropas a Asia.

1951

Enero. Huelga ferroviaria de gran duración, que paraliza todas las líneas. El gobierno decreta la movilización del personal.

26 de enero. Última edición del diario **La Prensa**, bajo la dirección de Alberto Gainza Paz.

27 de febrero. Trabajadores gráficos que marchan hacia los talleres de La Prensa con el propósito de reanudar sus ediciones, son atacados a balazos: muere el obrero Roberto Núñez.

16 de marzo. En sesión extraordinaria, las cámaras legislativas disponen investigar e intervenir a **La Prensa** y a todas las empresas que tengan vinculaciones comerciales con ella.

18 de abril. Perón promulga la ley que dispone la expropiación de **La Prensa**.

6 de junio. Por un decreto de indulto de Perón, recuperan la libertad 611 obreros ferroviarios detenidos con motivo de la huelga de enero. Veintisiete permanecerán aún en prisión.

12 de junio. Explota el "caso del estudiante Bravo". El médico Alberto Julián Caride denuncia que el presunto "autosecuestrado" estudiante comunista Ernesto M. Bravo, en realidad ha sido torturado en la Sección Especial de la policía, al mando del comisario Cipriano Lombilla. A continuación, Caride deberá huir al Uruguay.

22 de junio. Es expropiada la imprenta del diario salteño **El Intransigente**, siendo transferidas sus máquinas a los talleres de la cárcel local.

Julio. Reimplantación del sistema de elecciones a diputados nacionales por circunscripciones, abolido en 1904, con el propósito de delimitar el mapa electoral de acuerdo con las necesidades oficiales. En la capital federal, los límites de las circunscripciones trazan una laberíntica geografía.

22 de agosto. En el "Cabildo Abierto del Justicialismo", es proclamada la fórmula presidencial Juan Perón - Eva Perón. Surgen inmediatamente expresiones de disconformidad en sectores castrenses.

31 de agosto. En multitudinario acto público, Eva Perón hace expresa renuncia a su candidatura como vicepresidenta. Se designa en su lugar a Jazmín Hortensio Quijano.

28 de setiembre. Alzamiento militar comandado por el general Benjamín Menéndez, en Campo de Mayo y las bases aéreas de El Palomar, Morón y Punta Indio. Fracasa y Perón la designa despectivamente como "chirinada".

3 de noviembre. El cancerólogo estadounidense George Pack somete a una intervención quirúrgica a Eva Perón.

11 de noviembre. Elecciones de renovación presidencial. Por primera vez votan las mujeres y los ciudadanos de los territorios nacionales. Triunfo de la fórmula Perón-Quijano por 4:745.000 votos, contra los 2:415.000 de la principal opositora, Balbín-Frondizi.

1952

24 de enero. El ex territorio de La Pampa, ahora provincia, recibe el nombre de Eva Perón.

Febrero. Fracasa la "revolución" cívico-militar del coronel Francisco Suárez.

Se consume pan negro, de mijo, por el fracaso sucesivo de dos cosechas de trigo. Se hace pronunciado el deterioro de la economía.

3 de abril. Muere enfermo el vicepresidente Quijano.

En un esfuerzo por contener el deterioro del nivel de vida, se desata una campaña contra el agio y la especulación, que los hechos demuestran infructuosa.

4 de junio. Perón asume la presidencia de la nación por segunda vez.

El libro de Eva Perón, **La razón de mi vida**, es declarado texto escolar obligatorio para escuelas oficiales y privadas.

26 de julio. Muerte de Eva Perón. Se decretan honores militares con el grado de presidente de la nación en ejercicio. Hasta el 8 de agosto sus restos embalsamados, son velados en el edificio de la Secretaría de Trabajo y Previsión. Centenares de miles de personas desfilan incesantemente para contemplar sus restos.

10 de agosto. Luego de una breve estancia en el Congreso, los restos de Eva Perón son transportados en una cureña con escolta militar y de dirigentes de la CGT, hasta el local de este organismo, donde se dispone queden en custodia hasta que se erija su monumento-tumba definitivo.

20 de octubre. Es desalojado como secretario general de la CGT, José Espejo, a quien reemplaza Eduardo Vuletich, del sindicato de trabajadores de farmacia, uno de los más pequeños.

1953

Rige el Segundo Plan Quinquenal.

9 de abril. Muere en su departamento Juan Duarte, hermano de Eva. Una carta indica que se habría suicidado.

15 de abril. Concentración popular en Plaza de Mayo. Habla Perón. Estallan dos bombas poderosas: como consecuencia mueren seis personas y más de cien quedan heridas. Horas después son incendiados los edificios de la Casa Radical, Casa del Pueblo —del Partido Socialista, con su biblioteca de más de cien mil volúmenes sobre economía y ciencias sociales—, los locales del Partido Demócrata y de la Unión Cívica Radical comité Provincia de Buenos Aires, y el edificio del Jockey Club.

28 de agosto. En discurso pronunciado en Santiago del Estero, Perón anuncia: "Hemos terminado la lucha contra los enemigos de aden-

tro y contra los enemigos de afuera. En estos momentos nuestras banderas no son ya banderas de lucha, sino de tranquilidad, de paz y de trabajo."

4 de octubre. Visita de dos días a Asunción del Paraguay.

17 de octubre. Asiste a la celebración del "Día de la lealtad" y habla en Plaza de Mayo, junto a Perón, el dictador de Nicaragua, Anastasio ("Tacho") Somoza, asesino de Sandino. Por su parte, Perón se refiere a la visita de Milton Eisenhower, hermano del presidente de Estados Unidos, y sostiene que "quedaron totalmente zanjadas las diferencias, más de forma que de fondo", con la Unión.

1954

Continúa acentuándose el deterioro económico y la intranquilidad política y social. Sigue rigiendo el estado de guerra interno (estado de sitio). Se convoca a elecciones en abril, para designar vicepresidente de la nación y renovar la mitad de las bancas del Congreso y de las legislaturas provinciales.

Es ya inocultable el enfrentamiento entre el gobierno y la Iglesia Católica. Como pivote del enfrentamiento figuran la creación de un partido demócrata cristiano (Humanismo, en el sector universitario), y versiones sobre escándalos en el seno de la UES (Unión de Estudiantes Secundarios), controlada por el ministro de Educación, Armando Méndez San Martín.

25 de abril. Nuevo triunfo electoral peronista: es elegido vicepresidente el contralmirante Alberto Teisaire por 4:994.106 votos, contra 2:493.422 obtenidos por la Unión Cívica Radical.

1º de mayo. En el tradicional mensaje al Congreso, Perón anuncia que se están tramitando convenios para la extracción del petróleo.

Junio. Se anuncia que el presidente de la Atlas Corporation de Estados Unidos, Floyd B. Odlum, ha llegado a un acuerdo con el gobierno argentino para el desarrollo de los yacimientos petrolíferos de Neuquén y la construcción de un oleoducto a Bahía Blanca, mediante la constitución de una empresa mixta, la Petro-Argentina, con sede en la Unión.

15 de agosto. Nueva visita de Perón a Asunción del Paraguay, para devolver los trofeos de guerra de la Triple Alianza, una medida solicitada años antes en el Congreso por el senador socialista Alfredo L. Palacios. Perón recibe las palmas de general de división del ejército paraguayo y la nacionalidad honoraria de aquel país hermano.

Setiembre. Arriba a Buenos Aires Henry F. Holland, secretario auxiliar de Estado para Asuntos Latinoamericanos, vinculado desde antiguo con los intereses petroleros de su patria.

17 de octubre. En su discurso en la Plaza de Mayo, Perón dirige un ataque abierto a la iglesia y acusa de hipócritas a quienes critican la labor de los clubes juveniles (UES).

10 de noviembre. En una reunión en Olivos, ante gobernadores de provincias y territorios, autoridades del Congreso y del Partido Peronista y de las confederaciones económica, profesional y del trabajo, Perón les informa que algunos miembros del clero y de la Acción Católica maquinan contra él y su gobierno, utilizando un partido "demócratacristiano o demócratacatólico" semiclandestino.

22 de agosto. Pastoral del Episcopado en la que se sostiene que la iglesia no puede circunscribir su acción al ámbito de sus templos.

25 de noviembre. Acto público en el Luna Park de las dos ramas del Partido Peronista y de la CGT, de solidaridad con Perón y de "repudio a las infiltraciones" obvia referencia a la iglesia, a cuyos miembros atacan el vicepresidente Teisaire y el dirigente cegetista Vuletich.

Diciembre. Prosigue la escalada de enfrentamiento gobierno-iglesia: se suprimen la dirección y la inspección general de enseñanza religiosa. Se instituye por ley el divorcio absoluto.

1955

10 de enero. Manifestación del vecindario de Arrecifes, provincia de Buenos Aires, para reclamar la renuncia del intendente municipal, Domingo Mazuchi Portela, debido a su ineficacia. Carga la policía y provoca tres muertes.

Febrero. Séptima conferencia de gobernadores de provincias y territorios, de donde emanan nuevas órdenes para reprimir todo intento de organización de un partido "católico"

1º de marzo. Son intervenidas las provincias de Santa Fe, Tucumán y Santiago del Estero, cuyos gobiernos son, obviamente, peronistas.

Arrecia la campaña contra la iglesia. Se acentúa la oposición a la convalidación de los contratos petroleros y conspicuos peronistas como John William Cooke, en **De Frente**, no ocultan su desacuerdo.

14 de abril. En todas las escuelas se suspende la enseñanza obligatoria de religión y moral.

25 de abril. Se firma un convenio, sujeto a ratificación parlamentaria, para la explotación del petróleo en la gobernación de Santa Cruz, entre el gobierno argentino y la California Argentina de Petróleo S. A. de Delaware, Estados Unidos, filial de la Standard Oil Company. Intensa campaña de oposición.

1º de mayo. Acto popular en Plaza de Mayo. El secretario general de la CGT, Vuletich, ataca

a la iglesia y anuncia que los legisladores obreros proyectarán una reforma constitucional "eliminando la enseñanza religiosa y separando la iglesia del estado".

13 de mayo. Se deroga la ley 12.978, sancionada en 1948, por la que se implantó en los establecimientos educacionales la enseñanza de religión católica. Se habla de la existencia de "comandos revolucionarios civiles".

19 de mayo. Protocolo comercial con la Unión Soviética, en el que se prevé un intercambio por 100 millones de dólares. En terrenos de Retiro se inaugura una exposición industrial soviética a cuya inauguración asisten Perón y el viceministro de Comercio ruso, Mijaíl Kuzmin.

Entre mayo y junio el gobierno interviene ocho municipalidades de la provincia de Buenos Aires y tres de la de Córdoba, en la que habían resultado triunfantes los candidatos del radicalismo.

20 de mayo. Una ley suprime la exención de impuestos a los templos y organizaciones religiosas. Otra ley convoca a constituyentes a fin de modificar la Constitución para separar la iglesia del estado.

Se suceden manifestaciones y reacciones públicas del sector católico, en Buenos Aires y grandes ciudades del interior del país.

11 de junio. Tradicional procesión de Corpus Christi, desautorizada por el ministro del Interior, Borlenghi. Por el número de asistentes es la mayor que registra la historia del país, dícese que engrosada incluso por no creyentes, que la transforman en un acto político contra el gobierno. Al término de la marcha, que supera los controles policiales, aparece semiquemada en las escalinatas del Congreso una bandera argentina, en tanto permanece enhiesta en un mástil otra, pontificia. Se disponen actos de desagravio a la enseña patria. Crece la tensión al máximo.

14 de junio. Un decreto del Poder Ejecutivo exonera a los prelados católicos Manuel Tato y Ramón Novoa, a los que a continuación se arresta y deporta en un avión a Roma.

16 de junio. Como culminación de la serie de actos de desagravio a la bandera, se dispone que una escuadrilla de diez aviones a retropropulsión sobrevuelen la Catedral de Buenos Aires, en Plaza de Mayo. Ignorándolo Perón, ese vuelo debe convertirse en la señal de una insurrección conjunta de las tres fuerzas armadas y comandos civiles, que debía iniciarse a las 8. Pero debido a una imprevista niebla, los aviones sólo pueden alzar vuelo a las 10. Durante ese lapso Perón es informado de la conjura y se traslada al Ministerio del Ejército.

Al mediodía aviones navales bombardean la Casa Rosada y sus adyacencias, al tiempo que fracasan los intentos de la infantería de marina de apoderarse del sector. Las víctimas se cuentan por centenares y los aviones que participaron de la acción parten hacia Uruguay.

Al caer la noche, son saqueadas e incendiadas la Curia Eclesiástica y las iglesias de Santo Domingo, San Francisco, San Miguel, La Merced, Del Socorro, San Nicolás de Bari, San Juan Bautista, La Piedad y la capilla San Roque, además de sendas iglesias en Vicente López y Olivos.

Son separados del gabinete los ministros Borlenghi, Méndez San Martín, Maggi y Hogan, y cae el todopoderoso secretario de Prensa y Difusión, Raúl Apold. Es el precio que debe pagar ante la inocultable presión de sectores del ejército, y en vista de que se menciona la existencia de "fusiles en manos de la CGT".

5 de julio. Perón declara en un discurso que la pacificación es un imperativo de la hora y que procura la "coexistencia y la convivencia".

14 de julio. Nuevo discurso de Perón en el que afirma que ha dejado de ser "el jefe de una revolución para pasar a ser el presidente de todos los argentinos". Procura distender la situación.

Por primera vez en muchos años se permite hablar por radio a dirigentes de la oposición: Arturo Frondizi condena al gobierno por la firma de los contratos petroleros; y Vicente Solano Lima —conservador— y Luciano Molinas demócrata —progresista— reclaman imperativamente la salida de Perón del gobierno.

15 de julio. La Nación publica declaraciones de Borlenghi hechas en Uruguay: "El movimiento sedicioso del 16 de junio no tiene origen religioso, sino que es una manifestación más de la vieja lucha de los secuaces de los ricos contra los pobres, de los opresores contra los rebeldes oprimidos. Es la incomprensión de la gran obra de Perón que levantó a un pueblo y a una nación. Es la expresión repudiable de las armas contra una población indefensa que responde espontáneamente a su líder y presidente".

En un discurso, Perón afirma: "No peligrando la justicia social, la independencia económica ni la soberanía, el pueblo argentino aceptará de buen grado todo entendimiento sobre las formas de la acción política coexistente y conviviente".

27 de julio. Sacude al país la noticia del asesinato por torturas policiales, en Rosario, del médico Juan Ingalinella, dirigente del Partido Comunista. Su cadáver jamás será hallado. Los responsables son juzgados y condenados a prisión.

Agosto. Durante todo el mes prosigue la

agitación opositora y la tensión político-social en el país.

19 de agosto. El consejo superior del Partido Peronista da por finalizada la tregua política. Se denuncia el descubrimiento de un complot terrorista.

25 de agosto. Se crea la Dirección Nacional de Seguridad. Renuncia el canciller, Jerónimo Remorino.

28 de agosto. Il Tempo, de Milán, publica un reportaje hecho a Perón, en el que, entre otras cosas, éste declara: "El gobierno desea y obra en consecuencia de que la pacificación en que está empeñado involucre a todos los argentinos. [...] Entre las Fuerzas Armadas argentinas no hay discrepancias y menos aún discordias. Los rumores y chismorreos de los agitadores de subsuelo nada pueden contra su férrea voluntad de mantenerse como custodios de nuestra soberanía, integridad y orden y como escudos insobornables de la Constitución Nacional".

31 de agosto. En nota al Movimiento Peronista, Perón escribe entre otros conceptos:

"Recibimos una colonia y devolvemos una patria libre y soberana. Hemos organizado al pueblo potencializando su voluntad mediante instituciones gremiales, económicas y políticas que difícilmente puedan ser destruidas por la perfidia de la oligarquía y sus personeros.

"Ha pasado la hora de las reformas y las luchas: debe seguir ahora la del trabajo y la consolidación. Algunos insensatos o especuladores políticos con el ánimo de intimidar hablan de guerra civil. Aquí no habrá tal cosa: o habrá paz o dictaduras. Yo no tengo pasta de dictador. De modo que de imponerse tal solución, otro u otros deberán reemplazarme.

"Por eso pido humildemente a los millones de argentinos que confiaron en mí, que me liberen de todo compromiso y acepten mi alejamiento del gobierno, para incorporarme como simple peronista a nuestro Movimiento. He dedicado la totalidad útil de mi vida al servicio del país: creo tener derecho a disponer de mi vejez."

En conocimiento de la nota, que es interpretada como ofrecimiento de renuncia, la CGT declara la huelga general hasta que Perón retire la nota y convoca al pueblo a la Plaza de Mayo.

Habla Perón al caer la tarde y dice, entre otras cosas:

"Hace poco esta Plaza de Mayo ha sido testigo de una infamia más de los enemigos del pueblo. Doscientos inocentes han pagado con su vida la satisfacción de esa infamia [...]. Después de producidos esos hechos, hemos ofrecido a los propios victimarios nuestra mano y nuestra paz [...]. ¿Cuál ha sido su respuesta? Hemos vivido dos meses en una tregua que ellos han roto con actos violentos, aunque esporádicos e inoperantes [...] no quieren la pacificación que les hemos ofrecido. De esto surge una conclusión bien clara: quedan solamente dos caminos: para el gobierno, una represión ajustada a los procedimientos subversivos, y para el pueblo, una acción y una lucha que condigan con la violencia a que quieren llevarlo.

"Por eso, yo contesto a esta presencia popular con las mismas palabras del 45: a la violencia la hemos de contestar con una violencia mayor. Con nuestra tolerancia exagerada nos hemos ganado el derecho de reprimirlos violentamente. Y desde ya estableceremos como una conducta permanente para nuestro movimiento: aquel que en cualquier lugar intente alterar el orden en contra de las autoridades constituidas, o en contra de la ley o de la constitución, puede ser muerto por cualquier argentino.

"Esta conducta que ha de seguir todo peronista no solamente va dirigida contra los que ejecuten, sino también contra los que conspiren o inciten. Hemos de restablecer la tranquilidad entre el gobierno, sus instituciones y el pueblo, por la acción del gobierno, de las instituciones y del pueblo mismo. La consigna para todo peronista, esté aislado o dentro de una organización, es contestar a una acción violenta con otra más violenta. Y cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de los de ellos.

"[...] el dilema es bien claro: o luchamos y vencemos para consolidar las conquistas alcanzadas, o la oligarquía las va a destrozar al final. Que cada uno de ustedes recuerde que ahora la palabra es la lucha y la lucha se la vamos a hacer en todas partes y en todo lugar. Y también que sepan que esta lucha que iniciamos no ha de terminar hasta que no los hayamos aniquilado y aplastado.

"Y ahora, compañeros, he de decir, por fin, que yo he de retirar la nota que he pasado [...] nuestra Nación necesita paz y tranquilidad [. .]. Y eso lo hemos de conseguir persuadiendo, y si no, a palos. Este es el último llamado y la última advertencia que hacemos a los enemigos del pueblo. Después de hoy, han de venir acciones y no palabras."

8 de setiembre. Se dicta orden de prisión contra el general Dalmiro Videla Balaguer, ultracatólico que ha sido denunciado como tratando de levantar a la guarnición militar de Río Cuarto, Córdoba. La CGT resuelve constituir milicias armadas en apoyo del ejército.

Se acentúan las versiones sobre inminentes levantamientos armados en distintos puntos del país.

16 de setiembre. A las 4 de la madrugada abren el fuego los cañones de la Escuela de Artillería de Córdoba, tomada por Arturo Ossorio Arana por cuenta del general retirado Eduardo Lonardi. En la capital federal son sofocados en el mismo momento intentos de toma de unidades por comandos cívico-militares. Se subleva la flota de mar y emprende viaje en son de guerra desde Puerto Madryn, en la Patagonia. Se extiende la rebelión a Curuzú Cuatiá, provincia de Corrientes, donde fracasa el general Pedro E. Aramburu.

17 de setiembre. La infantería de marina sale de Puerto Belgrano y toma la ciudad de Bahía Blanca. En Córdoba acude en ayuda de los insurgentes la guarnición de Cuyo al mando del general Lagos; cruenta lucha en Alta Córdoba. La base naval de Río Santiago es bombardeada por el ejército leal al gobierno.

18 de setiembre. Córdoba está en posesión del general Lonardi. El gobierno resiste en la ciudad de Buenos Aires.

19 de setiembre. La flota de mar al mando del contralmirante Francisco I. Rojas, tras bombardear los depósitos de petróleo de Mar del Plata, se sitúa a 7 kilómetros de la costa de Buenos Aires y lanza un ultimátum: si Perón no renuncia, bombardeará las destilerías de YPF en La Plata y otros objetivos militares en la propia capital federal.

20 de setiembre. Aunque Perón no ha hecho renuncia formal de su cargo, y ha encargado a la junta de generales formada al efecto "se hiciera cargo de la situación y del orden, para buscar la pacificación", aquélla, por boca del general Armando Manni, indica al ayudante de Perón, mayor Gustavo Renner, que debe notificar al presidente que ha aceptado su dimisión y que deberá abandonar el país.

Luego de una breve estancia en la embajada del Paraguay, y en compañía del mayor Ignacio Cialceta, Perón se asila en la cañonera **Paraguay**, nave insignia de la marina del vecino país, que se halla en reparaciones en el puerto de Buenos Aires por desperfectos en su equipo eléctrico. Se inician los trámites para su salida del país.

23 de setiembre. Arriba a Buenos Aires y habla desde la Casa Rosada el nuevo mandatario, general Lonardi. "Revolución Libertadora".

2 de octubre. Parte hacia Asunción, en un avión anfibio paraguayo, el ex presidente Perón. No retornará a su patria hasta el 17 de noviembre de 1972.

5 de octubre. El diario **El Día**, de Montevideo, publica una entrevista hecha por la United Press a Perón en Asunción, éste declara que las causas de su derrocamiento "fueron solamente políticas: el móvil fue la reacción oligarco-clerical para entronizar al conservadorismo caduco. El medio fue la fuerza movida por la ambición y el dinero. El contrato petrolero es un pretexto de los que trabajan de ultranacionalistas sui generis". Interrogado sobre sus posibilidades en caso de que la lucha hubiera seguido, responde: "Las probabilidades de éxito eran absolutas, pero para ello hubiera sido necesario [...] matar a mucha gente, destruir lo que tanto nos costó crear. Bastaría pensar en lo que habría ocurrido si hubiera entregado armas de los arsenales a los obreros decididos a empuñarlas". Por último, formula estas predicciones:

"El Partido Peronista tiene grandes dirigentes y una juventud pujante y emprendedora... Tengo profunda fe en su destino y deseo que ellos actúen. Ya tienen mayoría de edad. Han desensillado hasta que aclare. Les dejé una doctrina, una mística, una organización. Ellos esperarán su hora [...]. Cuando llegue la contienda de opinión, la fuerza bruta habrá muerto [...]. Si se nos niega el derecho a intervenir, habrán perdido la batalla definitivamente. Si actuamos, ganaremos siempre por el 70 por ciento de los votos."

LA NUEVA ARGENTINA

Por ISMAEL VIÑAS

El triunfo electoral del peronismo ha provocado las más dispares expectativas, tanto en su propio seno como en la diversa gama de partidos y corrientes que componen el espectro político argentino. Los choques públicos dentro del peronismo, a raíz de las declaraciones de Rodolfo Galimberti, dirigente institucional de su ala juvenil hasta el 28 de abril, no son más que una expresión de los muchos conflictos internos. Las contrapuestas declaraciones de los partidos que enfrentaron en las elecciones al Frente Justicialista de Liberación, conocidas por los diarios, no son tampoco más que una limitada muestra de las contradictorias opiniones que el peronismo provoca. Basta una muestra de aquellos conflictos y de esas opiniones, así como una superficial referencia a la inclinación de los votantes en la "doble vuelta" de marzo-abril en relación con los gobernantes electos, para hacerse una idea de lo que quiero decir.

ELECCIONES Y ELECTOS

El peronismo ganó por mayoría superior al 50% de los votos en la provincia de Buenos Aires, la más poblada, rica e industrializada del país. Allí decidió su triunfo el cinturón obrero que rodea a la ciudad de Buenos Aires, con una población de más de cinco millones de personas (el quinto del total del país). Triunfos aplastantes se produjeron en las llamadas provincias "pobres" del norte (Jujuy, Tucumán, Chaco, Formosa, Misiones, Corrientes) en las que predomina el proletariado y el semiproletariado rural, es decir, el obrero de los obrajes, del algodón, de la caña de azúcar, y el paupérrimo campesino que sobrevive sobre su parcela, obligado a trabajar parte del año como asalariado. Ése es un hecho aparentemente carente de toda ambigüedad: el triunfo del peronismo fue decidido por el proletariado (fundamentalmente el obrero productivo, no siendo tan claro el voto de los empleados), y por la pequeña burguesía pobre (especialmente la semiproletaria). Pero en todos esos casos, los gobernantes provinciales electos, y los hombres a los que expresan, pertenecen a las clases propietarias, y en algunos casos, incluso, forman parte del círculo de grandes propietarios. En alguno, como en Corrientes, el gobernador electo (Romero) es probablemente el capitalista más rico de la provincia (incluidos sus latifundios). En otros, como en Buenos Aires, el gobernador (Bidegain) pertenece a la burguesía rica provinciana; pero es acompañado por un dirigente sindical como vice (Calabró), miembro prominente de la alta burocracia de la Unión Obrera Metalúrgica, el gremio estrictamente obrero más poderoso. Tales datos meramente sociológicos no bastan, sin embargo: todos los gobernadores de las provincias mencionadas pertenecen a la derecha conservadora del peronismo, y Calabró a los equipos que heredaron el poder de Vandor, el caudillo metalúrgico asesinado, y, por lo tanto, al grupo peronista sindical de derecha, llamado en su momento "dialoguista", porque apoyó el golpe militar de 1966 y mantuvo una posición de negociación "dialogada" con Onganía.

Este panorama se repite casi sin variantes en otras provincias, en la dirección de la CGT (su secretario general, Rucci, también forma entre los herederos de Vandor), y en la misma fórmula presidencial: Cámpora es un antiguo político, peronista de la primera hora, pero de origen conservador, dentista de profesión pero dedicado con éxito a los negocios en las últimas décadas por lo menos. El "extrapartidario" Vicente Solano Lima, del Partido Conservador Popular, era ya dirigente en la época del fraude "patriótico", en la llamada "década infame", fue entonces ministro en la provincia de Buenos Aires, y su familia figura entre las que recibieron vastas extensiones de tierras a la caída de Rosas.

Otros funcionarios electos de origen extrapartidario tienen similares características, siendo quizás el más conocido el gobernador de Santa Fe (la provincia más importante, a la par de Córdoba, después de Buenos Aires). Silvestre Begnis, el más independiente de los caudillos frondicistas, gobernador durante el gobierno "desarrollista", es un prominente médico-empresario de la ciudad de Rosario, que disputa a Córdoba el segundo lugar después de la Capital Federal por el número de habitantes. El Sanatorio Británico, del que es copropietario Begnis, se precia de ser utilizado por la burguesía más exclusiva, aristocratizante y rica de la provincia. Ese panorama admite quizás una única excepción, la de Córdoba, en donde fueron electos un gobernador peronista de ciertos antecedentes izquierdizantes y un vice, López, secretario general de la CGT local, que accedió al cargo con el apoyo del peronismo combativo y en alianza con los gremios independientes liderados por Tosco, influidos por el Partido Comunista local y otras agrupaciones de izquierda.

Es decir, que si nos atenemos a los gobernantes que han triunfado por el peronismo nos encontraríamos más bien ante un partido de centro, típicamente burgués, con apoyo obrero, si nos ceñimos a las definiciones que podemos llamar "clásicas", utilizadas en los análisis europeos. El caso de López en Córdoba no modifica en realidad esta primera aproximación, ya que no se trata de un sindicalista de izquierda o revolucionario, sino de un moderado, cuyas alianzas sindicales se inscriben en su mayoría entre lo que suele llamarse izquierda reformista. Se dirá que la precedente descripción no significa demasiado, porque el tener dirigentes de origen burgués no basta para calificar a un partido o movimiento, ya que las direcciones de los partidos revolucionarios han salido mayoritariamente de la pequeña burguesía. Pero el argumento es poco sólido: esas direcciones revolucionarias estaban, en todo caso, formadas por hombres y mujeres que habían roto con su clase de origen, que no expresaban ni sus intereses ni sus objetivos y esperanzas, para integrarse con el proletariado. En cambio, los dirigentes electos por el peronismo están integrados a sectores de la burguesía, que se sienten representados por ellos, y que los apoyaron en la campaña electoral. Esto se extiende a la mayoría de los electos para cargos legislativos, donde, incluso, poseen una mayor representación los tres principales aliados del peronismo en el Frente: frondicistas, demócrata-cristianos y conservadores populares.

Sin embargo, entre los diputados electos para el Congreso Nacional y para las legislaturas provinciales existe un pequeño número de miembros de esa juventud cuyas actitudes dieron combatividad a la campaña electoral del Frente y cuyas declaraciones posteriores ocasionaron la renuncia de Galimberti. Entre ellos hay matices, pero en conjunto simpatizan con la guerrilla, se declaran "socialistas nacionales", anticapitalistas, consideran el triunfo electoral como un paso hacia la revolución, denuncian como traidora a la clase obrera a la burocracia sindical peronista y entienden que pueden asegurar sus objetivos arrancando las bases de bajo esas direcciones "traidoras" y presionando sobre el propio gobierno electo. Su influencia en la juventud peronista de clase media es mayoritaria, pero son francamente débiles en la clase obrera, y su peso en el aparato político del partido, en las organizaciones sindicales y en los cargos legislativos es absolutamente minoritario: en el Congreso Nacional, sobre las 120 bancas peronistas (y las 140 ó 150 del Frente) apenas cuenta con unas 20. En suma: con el mismo criterio clásico no pasarían de representar las típicas alas juveniles "radicalizadas" de los partidos reformistas, al modo de las juventudes social-demócratas europeas, y, también, de las que existen o han existido en el APRA del Perú, en Acción Democrática de Venezuela o en el social-cristiano chileno.

Necesarios para la movilización electoral y para frenar las posibles radicalizaciones de las clases explotadas, las alas juveniles carecen siempre de todo poder real. ¿Es, sin embargo, válido el símil? Formalmente, al menos, parece que sí: esa misma juventud peronista reconoce que sin una clase obrera revolucionaria todo proyecto de "liberación" es imposible, y la clase obrera, con el aval de las direcciones políticas del peronismo, permanece férreamente encuadrada por la burocracia sindical, tanto o más conservadora que esas direcciones. Todo intento de oposición de izquierda, peronista o no, es perseguido, y no sólo por medios administrativos (intervenciones, expulsiones, etcétera), sino también por la violencia física: un dato que no puede dejar de anotarse a esta altura es que la burocracia gremial peronista utiliza un "matonaje" numeroso y bien organizado para reprimir la oposición interna, además de denuncias a las patronales y a la policía, que colaboran gustosos (como es de imaginar) en to-

da tarea de "limpieza". El triunfo electoral no ha atemperado tales prácticas sino que, por el contrario, las ha estimulado (Rucci ha hecho públicas varias veces su promesa de liquidar gremialmente a Tosco, y sin éste el secretario general de la CGT de Córdoba y vicegobernador electo caería inevitablemente en manos del sector más claudicante del sindicalismo peronista de la provincia, actualmente en la oposición en esa regional). Pero no nos adelantemos.

LAS FUERZAS ECONÓMICAS Y POLÍTICAS

Desde el interior del peronismo es evidente que predominan tanto en el aparato sindical como en el político y en el elenco del gobierno sectores conservadores, que apuestan al mantenimiento del capitalismo local, con algunos simples reajustes de tipo reformista. Tal predominio se amplía si tenemos en cuenta las alianzas del peronismo formalizadas en el Frente Justicialista de Liberación (e, igualmente, si consideramos como futuros aliados a los disidentes del tipo de Sapag, que conquistó la gobernación del Neuquén y forma parte de un clan familiar que constituye quizás el grupo burgués más rico y poderoso de la provincia). ¿Cuál es el proyecto de esa conjunción conservadora? ¿Son, acaso, nacionalistas, antimperialistas, y, en ese sentido, al menos, constituyen un proyecto de cambio, aun dentro del mantenimiento de la Argentina como sociedad capitalista? Ya volveremos sobre esta cuestión, pero conviene adelantar algo: decididamente, no. Si tomamos en conjunto el Frente Justicialista, excluyendo el ala juvenil, y más allá de diferencias secundarias, el proyecto general podría sintetizarse en pocas líneas: hacia la derecha, nos encontramos con los frondicistas, que plantean su conocida tesis "desarrollista": apelación a las inversiones extranjeras, sin discriminación de nacionalidad y origen, sin discriminación entre capitales monopólicos, tratando de dirigirlos hacia los sectores claves en relación con el crecimiento de las fuerzas productivas (el petróleo y la energía en general, la siderurgia y la metalurgia de base, la petroquímica y la química básica). El impulso hacia esos sectores se lograría mediante privilegios acordados a los capitales que inviertan en los mismos.

De hecho, los únicos que pueden realizar las ingentes inversiones que exigen esos sectores (en donde el capital constante es relativamente enorme) son los monopolios o el estado. Y en el proyecto "desarrollista", allí donde no acudan los capitales privados el estado debe actuar sólo supletoria y complementariamente, y recurriendo al financiamiento internacional, o, en otras palabras, al proveniente de los mismos monopolios. Esta política de fondo sería la llamada a asegurar, más bien a largo plazo, la capacidad adquisitiva de los asalariados, como consecuencia del aumento de la productividad y de la producción masiva de bienes. Sin embargo, el desarrollismo está sin duda dispuesto a admitir algunos aumentos limitados del salario real actual, como necesidad inmediata para morigerar el descontento popular y también (¿por qué no?) para estimular un mercado interno duramente restringido por la pérdida de capacidad de consumo de las capas populares y medias. En aras de su proyecto, el desarrollismo no se muestra demasiado preocupado, tampoco, por la soberanía política. Aunque este grupo es el más definido y destacado en la propaganda de tal línea, junto a él o muy cerca se encuentran sectores peronistas: sin duda el equipo económico cuya cabeza visible es Cafiero (representante de poderosos intereses económicos, como el de la Ledesma Suggar, el monopolio cañero de Jujuy) y aun algunos sindicatos, como Luz y Fuerza, ligado a la central norteamericana AFI-CIO. A la izquierda del desarrollismo se ubica el pacto CGE-CGT, que han firmado un programa conjunto al que se atribuye suma influencia en el futuro gobierno. Tal programa pretende ser un plan completo en materia económica y social, dividido en medidas de "corto, mediano y largo plazo", pero sobre el problema social es (en lo conocido hasta ahora) bien escueto: un aumento sustancial de salarios, de más envergadura que el propuesto por el desarrollismo (hasta recuperar el "salario real" existente en 1955), planes de vivienda (que fueron ya adoptados por Lanusse), perfeccionamiento de las leyes laborales en el sentido vigente durante el gobierno de Perón, mantenimiento de la central única obrera y de los sindicatos nacionales por rama de la producción por imperio de la ley (es decir, retorno, también, al sistema vigente antes de 1955, que en realidad es aproximadamente el que existe ahora), co-gestión al modo de Alemania Occidental. En materia económica propone también lo que puede llamarse un "regreso" al 55; créditos para la industria; imposición por ley de la preferencia por las industrias locales en las adquisiciones del estado; régimen restrictivo a la radicación de capitales extranjeros, en base a dos elementos principales: "control nacional sobre los centros básicos de decisión" y sobre las reme-

sas de fondos al exterior. A esto se agrega el aliento a las exportaciones llamadas "tradicionales" (agropecuarias) y a las "no tradicionales" (manufacturas); la rebaja de los impuestos basados en el trabajo personal y al activo de las empresas; la imposición de un impuesto sobre la "renta potencial de la tierra" (es decir: sobre las tierras improductivas); la activa intervención del estado en las inversiones de base "en asociación con el capital privado local". Tal programa es en general calificado de "moderado" por los diarios, según expresión, por ejemplo, de *La Opinión*, en donde colaboran muchos frondicistas (como Juan José Real), ex-onganistas (como Rodolfo Terragno), y que ha apoyado a la dirección de la CGE (encabezada por el empresario Gelbard), en su lucha interna contra una de sus filiales, la Federación Económica de Buenos Aires, que responde a la línea desarrollista.

Acercándose en algunos aspectos al ala juvenil, nos encontramos con algunos diputados obreros que no responden a la dirección de la CGT, y formando con ellos una masa fluctuante que oscila entre los tres polos indicados, pero mucho más cerca de los nucleamientos CGE-CGT o del desarrollismo, tendencias de diverso origen que se reflejan en el parlamento: se trata en general de los representantes de provincias que tienen como primordial objetivo lograr el apoyo del gobierno federal para el "desarrollo" de sus respectivas patrias chicas.

Ese espectro del Frente debe ubicarse en el mapa de las opiniones externas al mismo. No estamos en 1945, en que ante la alianza que fue el peronismo (sindicatos, políticos de origen radical y conservador, la iglesia católica casi sin excepciones, la mayor parte del ejército) aparecía un bloque unificado de diversas tendencias (radicales, conservadores, socialistas, comunistas) y de las centrales empresarias (Unión Industrial, Sociedad Rural, Cámara de Comercio). Una buena parte de los empresarios, a través de la CGE, y más allá de sus diferencias internas, hemos visto que apoya al Frente. Pero ocurre que en la CGE no hay solamente peronistas y frondicistas. Muchos empresarios (estancieros, industriales, comerciantes) son de tendencia y aun de militancia radical: la Confederación General de la Industria, una de las ramas básicas de la CGE, es presidida por Alfredo Concepción, dirigente del radicalismo, ex alto funcionario de Illia, con quien colabora un equipo de otros ex-miembros de ese gobierno: Grinspun, Elizalde (que fue presidente del Banco Central), Roque Carranza, etc. La Unión Industrial Argentina (UIA), por su parte, ha modificado sus planteos desde aquellos tiempos en que aparecía como uno de los centros del antiperonismo: en la tradición argentina es conocida como la cámara de las grandes empresas (lo que es cierto), exclusivamente de capitales monopolistas (lo que no es tan cierto, pues figuran allí empresas del gran capital local, ligado al imperialismo pero no dominado por los monopolios), y obcecadamente "liberal", lo que no es cierto en absoluto: la UIA desarrolló antiguas campañas en pro del proteccionismo industrial, algunas de ellas de gran resonancia, como la llevada a cabo en la década del 30, aunque es verdad que siempre fue contraria al intervencionismo directo del estado en la economía, al capitalismo del estado y a la ingerencia de éste en las relaciones obrero-patronales.

Esto es lo que la puso en oposición al peronismo y lo que la diferencia de la CGE. Pero en los últimos tiempos ha modificado también su posición en estos últimos aspectos, y en una batalla interna triunfó el año pasado una nueva conducción, cuyas posiciones se acercan mucho a las del desarrollismo. En realidad, hoy podemos hablar de varias tendencias empresarias: una "liberal" a ultranza, minoritaria, que casi no tiene otra expresión que la oposición en la UIA, la Bolsa y la dirección de la Sociedad Rural; otra desarrollista, con expresión en la Federación Económica de Buenos Aires, la dirección de la UIA y la minoría de la Sociedad Rural, así como en algunas sociedades rurales del interior; otra intervencionista, aliada a la dirección de la CGT, que se expresa en la CGE, en las cooperativas agrarias y en tendencias de la Federación Agraria (dejo de lado a la pequeña burguesía, que carece de expresión orgánica, o recién se ha organizado en algunas zonas, apareciendo en las ligas agrarias, por ejemplo. En este último caso, existen lazos con la juventud peronista). Aquel esbozo de corrientes económicas provee algunos elementos para entender las coincidencias políticas que permiten al peronismo tender lazos hacia la Unión Cívica Radical, aunque esto debe verse en un marco mucho más amplio.

EL PERONISMO ¿ES REVOLUCIONARIO?

De todos modos, si nos atenemos a las fracciones internas del peronismo, a las tendencias del Frente de Liberación, y a los alia-

dos externos, es fácilmente visible que en él se inscriben tendencias y proyectos disímiles, que creen ver la posibilidad de alcanzar objetivos diferentes y aun contrapuestos entre sí. Podría ser, sin embargo, que lo que sostiene parte al menos de la izquierda peronista fuera sin embargo cierto: el peronismo sería una de las clásicas revoluciones democrático-burguesas que en los países coloniales y "atrasados" llevan desde la independencia nacional y la liquidación del atraso hacia el socialismo. En este caso, tal revolución contaría como elementos sociales componentes decisivos a la burguesía "nacional" y la clase obrera, con participación de sectores de las capas medias y de las fuerzas armadas, con hegemonía hasta ahora de la burguesía, pero en un movimiento dialéctico que llevaría al predominio paulatino del proletariado. Perón sería, en esos límites, un líder revolucionario, al modo del doctor Sun en la China de comienzos del siglo o de Nasser en la posguerra. Otros sectores de esa izquierda (con predominio hoy en la juventud) sostienen que Perón fue siempre un dirigente socialista, que su primer gobierno ya marchaba hacia el socialismo, y que hoy, si bien perdura un frente de clases, ya se ha impuesto la hegemonía proletaria.

Estas explicaciones, que dan cuenta, al menos en la forma, de las contradicciones que hemos señalado, dejan en pie, sin embargo, algunos interrogantes. ¿Cómo explicar, por ejemplo, el actual predominio en el interior del peronismo y del Frente, y en sus representaciones en el aparato del estado, de representantes de la burguesía, si se supone una profundización en el sentido socialista desde 1945? ¿Cómo explicar la presencia de tendencias que, como el desarrollismo, difícilmente pueden ser definidas como antimperialistas? ¿Cómo explicar el poder interno en el peronismo de multimillonarios como Romero o Jorge Antonio? ¿Cómo explicar la tranquilidad con que afrontan el cambio de gobierno empresas monopolistas, como las de fabricación de automotores (General Motors, Ford, Chrysler, Fiat, etc.) que han anunciado en todos los diarios que no piensan en modificación ni trastorno alguno en sus planes de producción? ¿Cómo explicar, en fin, la confianza de la CGE en el futuro gobierno? Dar respuesta a estos y otros interrogantes, con la mayor objetividad posible, exige analizar, así sea brevemente, lo que entendemos que es realmente el peronismo y la sociedad argentina de hoy. Esto nos llevará, entre otras cosas, a tratar de ver si propuestas como el programa de la CGE y la CGT son revolucionarios, o, al menos, tan nacionalistas como parecen; cuál es el papel de los monopolios en la Argentina de 1973; qué papel cumple la izquierda peronista; qué papel cumple Perón.

En 1943 la Argentina ya era un país capitalista, en el cual predominaba la producción industrial (manufacturera) sobre la agrícola ganadera, pero la infraestructura económica estaba notoriamente atrasada en relación con ese país que había surgido con tales características de la crisis del 30 y de la Segunda Guerra Mundial: su sistema de transporte se reducía prácticamente al ferrocarril, que no unificaba el país como un mercado interno sino como un mercado exportador-importador y que, por lo tanto, servía solo muy deficientemente a una industria que producía para ese mercado interior. La energía disponible era escasa, y no daba abasto para el creciente aparato industrial. Las manufacturas locales se reducían a la industria liviana dirigida al consumo; (alimentación, tejidos, vestido y calzado), y la misma afrontaba en bajas condiciones de productividad por su escasa inversión en capital constante (utilaje, tecnología) la previsible competencia del exterior. Se carecía de una industria de base: siderurgia, química, petroquímica, maquinarias y máquinas-herramientas. El transporte, para modificarse y adecuarse a la nueva situación, dependía de las importaciones de locomotoras, de automóviles y camiones. El campo, para tecnificarse (y aumentar su productividad) dependía igualmente de la importación de tractores, abonos, etc. La industria, para expandirse, dependía de la importación de maquinarias y materias primas semielaboradas. Los monopolios ingleses dominaban el transporte interno y la provisión de combustible. Los monopolios norteamericanos y alemanes, la producción de energía y las manufacturas. Dos monopolios europeos controlaban la exportación de cereales y los frigoríficos angloyanquis la de carnes. Enormes reservas en divisas acumuladas durante la guerra se contraponían a un endeudamiento igualmente enorme acumulado desde el empréstito Baring contraído a comienzos del siglo pasado. El país era, en fin, una colonia comercial en el sentido económico. Y en el aspecto social, la clase obrera carecía de los más elementales derechos, con excepción de algunos sectores relativamente privilegiados.

En otras palabras, la Argentina era un país dependiente, cuyo desarrollo estaba estrangulado por esa dependencia, que se traducía en

que la realización ampliada del capital se realizaba en el exterior (al adquirirse allí los bienes de producción), y en la enorme succión de capitales. Y su clase obrera estaba sometida a una dura explotación dado que predominaba la extracción de plusvalía directa, por el atraso productivo (la escasa inversión en capital constante). Pero esa dependencia económica no significaba que fuera una colonia o una semicolonia en el sentido político: el estado era el instrumento de la burguesía local, no de una potencia extranjera. Por lo tanto, no estaba planteado, como suele decirse, ese objetivo democrático que es la liberación nacional. Como subraya Lenin en *Sobre la caricatura del marxismo o el economicismo imperialista*, solo desde el punto de vista pequeño-burgués puede confundirse la dependencia económica con la anexión territorial, y la liberación nacional se plantea únicamente en el segundo caso. Era la Argentina ya capitalista, no quedaban sino restos insignificantes de precapitalismo. Su atraso era un atraso dentro del capitalismo, y ni él mismo ni la situación de la clase obrera planteaban tareas democráticas en este otro sentido, ya que las mismas solo pueden entenderse como liquidación del precapitalismo en el plano económico.

En ese marco, absolutamente objetivo, no puede creerse en la existencia de ningún sector burgués revolucionario, ni de ninguna revolución democrático-burguesa por realizar. Solo puede hablarse de sectores burgueses modernizadores, de sectores burgueses que necesitaban de proteccionismo y cambios económicos para competir con sus rivales externos. Solo puede hablarse de reformismo y no de revolución. La única revolución pendiente era ya entonces la liquidación del capitalismo y la instauración del socialismo. En ese marco, puede sí hablarse de defensa de la soberanía nacional, comprometida por la subordinación de la gran burguesía local a la política de los imperialismos. Y, por lo tanto, tampoco de revolución de liberación, sino de una política exterior independiente, o sea, de un cambio dentro de una política burguesa, como objetivo posible. Por eso, la tendencia hoy predominante en la juventud peronista (que advierte tales hechos) sostiene que Perón era socialista ya en 1945, porque se declaraba anticapitalista. Pero Perón, como lo prueban sus propios documentos, entiende el "anticapitalismo" como la liquidación del "capitalismo liberal". del mismo modo que lo han entendido y lo entienden otros dirigentes burgueses y pequeño-burgueses. Pues Perón no cree en la lucha de clases al modo socialista, sino al modo pequeño-burgués. De ahí que equipare su política, como anticapitalista, tanto con la leninista como con la hitlerista, la de Mussolini o la de las social-democracias de los países monárquicos del norte de Europa.

El peronismo de 1945 sólo se propuso lo que podía proponerse la burguesía local en esas condiciones: desarrollar la industria, modernizar el agro (y a eso se reducía su reforma agraria: hacer que la burguesía rural trabajara "su" tierra), paliar la lucha de clases, acrecentar el mercado interno, tener una política exterior más independiente, poner en manos de la burguesía local (a través del estado) algunos resortes básicos de la economía, rescatar la deuda externa (en estos dos últimos aspectos radicaba la posibilidad de cierta capacidad de decisión o "autonomía" económica). En algunos de esos objetivos tuvo éxito, en otros no, y en varios, sus éxitos fueron borrados por el proceso posterior. Logró, efectivamente, organizar a la clase obrera en sindicatos controlados por el estado, y ponerla bajo la hegemonía de la burguesía (como fue su intención explícita). Para eso, se practicó un reformismo en vasta escala, que mejoró efectivamente y de modo muy apreciable, la situación del proletariado. De paso, se acrecentó así el mercado interno. Colocó en manos del estado los que entonces eran sectores claves de la infraestructura: los ferrocarriles, el gas, parte de la producción de energía eléctrica. Rescató la deuda pública y puso en manos del estado parte del comercio exterior. Pero en todo lo demás fracasó, y algunos de esos logros fueron sólo parciales: su política exterior terminó con la firma y ratificación de los pactos de Río, aunque siempre mantuvo una actitud relativamente resistente frente al imperialismo, negociando cada concesión; diplomáticamente, sin embargo, apoyó a Estados Unidos en la "guerra fría". No nacionalizó ningún establecimiento o empresa norteamericana, y, al contrario, los créditos afluyeron en más del 50% a aumentar los fondos de los monopolios, como parte de la política del Banco Central y del Industrial. No nacionalizó la comercialización de la carne ni de las lanas. No tocó los más poderosos monopolios eléctricos (Cade e Italo). Los ferrocarriles no fueron modernizados, y no se intentó sino tardíamente lo que exigía el cambio modernizador: montar una industria automotriz y expandir la red vial; cuando se trató de hacerlo, luego de fracasar el estado, se recurrió a la inversión de capitales monopolistas (Kaiser y Mercedes-

Benz). No se logró montar una industria de base.

Los límites de esa política en lo económico, y la modificación del mercado internacional de productos agropecuarios (que redujo el valor de las exportaciones locales), llevaron al proyecto peronista a un callejón, del que sólo atinó a salir recurriendo a la ayuda del imperialismo: tramitó y obtuvo créditos en Estados Unidos, tramitó y logró inversiones industriales allí y en Europa, tramitó inversiones petroleras. Pero el prestamista y el inversor pueden imponer condiciones: en política internacional el gobierno peronista firmó primero y ratificó después el Pacto de Río, y comenzó a votar consecuentemente al lado de Estados Unidos en los organismos internacionales (por una desdichada razón alfabética fue el primer país que votó contra China Popular en las Naciones Unidas); asimismo, recibió con agasajos masivos a Milton Eisenhower, y, junto a EE.UU., olvidó la "guerra fría" para estrechar lazos de coexistencia con la Unión Soviética, mientras abandonaba a Guatemala en la OEA. En el orden económico, dejó de lado los controles sobre el capital extranjero para privilegiarlo en la llamada "Ley de radicación de capitales" y en el Segundo Plan Quinquenal. Al par, se impuso una política de restricción al consumo para aumentar los saldos exportables: por vez primera rigieron días de veda para la carne vacuna y el pan de mijo en reemplazo del de trigo. Tales sacrificios, que afectaron exclusivamente a las capas trabajadoras, fueron acompañados por la congelación de salarios, a partir de aumentos limitados calculados de antemano, y la aplicación de normas de incentivación a la productividad; es decir, se legalizó la extracción de más plusvalía de modo directo, por imposición de una burguesía industrial que no podía mejorar su aparato productivo, y que, por lo tanto, exigía acrecentar su ganancia mediante el aumento de la explotación en su forma más primitiva. Todas esas medidas no bastaron, sin embargo, y los mismos sectores de la burguesía que llevaron a Perón al poder fueron los que lo derribaron: el ejército, los católicos, los "nacionalistas".

El peronismo en su segunda etapa de gobierno, la que comienza hacia 1949, fue abandonando cada vez más explícitamente la euforia nacional-popular de sus comienzos. Y fracasó en sus planes de modernización acelerada del capitalismo local (las explicaciones peronistas, que atribuyen la crisis económica a la sequía de 1949, no toman en cuenta sino un aspecto limitado y parcial de sus problemas, y la explicación del golpe de junio-setiembre de 1955 basada en la conjuración "oligárquico-imperialista" dejan de lado que fue la nueva burguesía la que tuvo éxito en derribar a Perón). Pero esos fracasos no pueden ocultar dos hechos: la clase obrera, a pesar de sus retrocesos a partir de 1952, siguió gozando de un nivel de vida y de conquistas que no había conocido ni remotamente hasta 1943. Esto explica su fidelidad a Perón, apuntalada por todo lo que ocurrió desde 1955. Por otra parte, la Argentina era mucho más capitalista en 1955 que diez años antes: los monopolios establecidos con anterioridad reinvirtieron en vasta escala y diversificaron su producción (al ejemplo de Bunge y Born, ya citado, podemos agregar otros: Duperial, IBM, Olivetti, etc.) Algunos monopolios de servicios expropiados, como los de los ferrocarriles franceses, invirtieron en la industria (en este caso en la cerámica y los tejidos). Otros ingresaron levantando nuevas plantas (sobre todo en el automóvil y la química). Pero ello no ocurrió sólo con los monopolios extranjeros: también se expandieron Menéndez Behety, Fortabat (con su imperio del cemento), Di Tella. Y al par de ellos vastas capas de la burguesía mediana y menor. Según censos y estimaciones no demasiado confiables, pero válidos en líneas generales, los obreros urbanos (industriales, de servicios y de la construcción) llegaban a 2.600.000 en 1947 y a más de tres millones en 1957, mientras los obreros rurales, en cambio, habían permanecido estancados (pero el campo también había comenzado a capitalizarse a través de la fabricación local de tractores y de maquinaria agrícola: los primeros psaron de 29.000 en 1947 a 41.000 en 1952 y a 104.000 en 1960).

Este hecho, el del desarrollo capitalista debe ser bien remarcado, porque contradice las ideas en boga (tanto las de quienes hablan de estancamiento en la Argentina como las de quienes sostienen el carácter socialista del peronismo). Existe un estancamiento relativo, si se considera comparativamente la Argentina y otros países, y existe estancamiento si se habla de lentitud del desarrollo de las fuerzas productivas o de la agudización de las contradicciones en el desarrollo desigual del capitalismo local. Pero durante el peronismo se produce un desarrollo del capitalismo en cuanto aumento absoluto de las fuerzas productivas y avance de las relaciones capitalistas de producción y de la producción capitalista frente a formas capitalistas atrasadas y la pro-

ducción mercantil (basada en el trabajo personal, sin explotación de asalariados, del campesino y el artesano). Es ese desarrollo y la agudización de sus contradicciones lo que provoca la caída de Perón. Pero el hecho merece ser destacado aun más: con posterioridad a Perón, y sobre todo a partir de 1958, el desarrollo capitalista no sólo prosigue sino que se acelera (en el sentido que he señalado) y es la agudización de sus contradicciones lo que trae nuevamente a Perón al gobierno.

1955-1973: EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO ARGENTINO

En efecto, el capitalismo avanza aun más en los últimos 15 años: por una parte, al lado de los monopolios ya existentes ingresaron otros nuevos, de tal modo que se expandió la industria del automotor, del tractor y la maquinaria agrícola, de la química y la petroquímica casi totalmente en sus manos. El capital financiero (como ocurre en otros lados) ha pasado así de las industrias extractivas y los servicios según la división internacional del trabajo vigente hasta 1930, primero a la industria liviana de consumo inmediato (desde el 30 al 50), y luego a la industria mediana de consumo, a la industria de bienes intermedios y aun a la de base. Paralelamente, se ha continuado enriqueciendo una vasta capa de burguesía mediana y pequeña rica: hoy, debajo de los monopolios internacionales y locales (los ya mencionados y los "nuevos" como Ford, General Motors, Chrysler, Citroen, Fiat, Renault, Monsanto, Ferguson, Hitachi, etc.), existen empresas locales que toman rasgos monopólicos a escala regional, como Saénz Briones, Bonafide, Fiorito, el grupo Alsogaray, etc., que comprenden desde la crianza de pollos, las cadenas de mercados y el aceite hasta las líneas de aviación. A la par el estado ha desarrollado la infraestructura y la industria básica (acero, carbón, petróleo, energía eléctrica, red caminera). No es éste el lugar para un análisis estadístico, pero a simple efecto ilustrativo téngase en cuenta que: la primera colada de acero se realizó en 1962, y hoy se producen 2 millones de toneladas de acero crudo, 1 millón de arrabio y casi tres de laminados; la energía eléctrica pasó de 9 millones de quilovatios/hora en 1961 a 17 millones en 1970; el petróleo, de 13 millones de metros cúbicos a 23 entre las mismas fechas; los caminos pavimentados de 11.000 quilómetros a 27.000; los automotores de carga de 424.000 a 800.000; la producción petroquímica de 20 millones de dólares a 250 millones; etc. En el agro, junto a la mecanización creciente, el mismo desarrollo se refleja en la productividad, que, por ejemplo, pasó de 732 quilogramos por hectárea de trigo en 1940, a 1.335 quilogramos en 1960-70, mientras en el arroz se pasaba de 2.470 quilogramos a 3.652, en el girasol de 782 a 1.140 y en el algodón de 370 a 444.

El regreso del peronismo al gobierno se produce, entonces, en condiciones muy diferentes a las de 1944: el país se ha "modernizado" y hecho más capitalista, tanto bajo Perón como después (y después es que se ha desarrollado el sector de producción de bienes productivos y la infraestructura); monopolios internacionales y locales se han incrustado sólidamente en todo el aparato productivo; se han formado capas más extensas de burguesía rica y ha crecido el proletariado urbano (que llega a los cuatro millones), aunque no el rural. Pero, a la par, continúan, aunque en otro nivel, las mismas contradicciones económicas: el país se ha seguido endeudando y sus exportaciones (aunque han crecido) no alcanzan para importar los bienes de capital que exige el desarrollo capitalista; el sector 1 (de bienes productivos) sigue siendo insuficiente, pues el sector 2 (de bienes de consumo) se expande con mayor rapidez; el crecimiento de las fuerzas productivas y la capitalización siguen siendo lentas. Por otra parte, el proceso de expansión capitalista se ha hecho a costa del nivel de vida y el salario real de obreros y empleados; el desarrollo capitalista en el agro (a la prusiana, en base a latifundios) expulsa masas de mano de obra que la industria no puede absorber, y ha creado un ejército de desocupados y semiocupados que supera seguramente el millón de personas en edad activa; muchos sectores obreros y la masa de empleados percibe salarios de hambre (la mensualidad básica en empleados de comercio, en el magisterio y en obreros textiles es casi la mitad de la de los obreros siderúrgicos, químicos y de la electricidad), y capas extensas de la pequeña burguesía se han empobrecido agudamente, tanto en la ciudad como en el campo.

1973-1978: ¿MÁS CAPITALISMO?

El peronismo, en resumen, retorna al gobierno en una situación en la que las contradicciones capitalistas son mucho más agudas, más profundas y de mayor amplitud, y en peores condiciones para afrontarlas. Piensen lo

que piensen sus alas radicalizadas se propone tratar de resolverlas dentro del propio capitalismo, y a ese fin está montado todo su aparato político y sindical. El proyecto básico es el que puesto en marcha por Perón, que no difiere del de la segunda época de su gobierno: recurso a las inversiones y créditos exteriores y aumento de las exportaciones. Perón confía en obtener sustancial apoyo en Europa, y abrir esos mercados y los de los países socialistas. En ese marco, se mueven los dos proyectos de la burguesía a que he aludido: el de la gran burguesía (desarrollismo-frondicismo-UIA) y el de la burguesía mediana (CGE), apoyada por la burocracia sindical. Los dos son compatibles con aquella base, y tampoco son incompatibles entre sí. Voy a tratar de mostrar por qué:

El desarrollismo y la UIA no descartan cierto intervencionismo de estado, mientras CGE y CGT le exigen mayor actividad y mayor control sobre el capital inversor. Ambos son proteccionistas para las industrias ya instaladas y a instalarse. Respecto del "control nacional sobre las decisiones" y las limitaciones a la exportación de fondos, las discrepancias son más aparentes que reales: los monopolios ya instalados se han "nacionalizado", en el sentido de que se beneficiarán del crédito y del proteccionismo, pues forman parte de la economía interna; pero también se han "nacionalizado" en otro aspecto, pues en todas las empresas ocupan lugar prominente en los directorios miembros de la burguesía local (incluso, y abundantemente, de filiación peronista: basta para comprobarlo una ojeada a la Guía de Sociedades Anónimas). ¿Qué otro control va a exigirse que esa pertenencia de nativos a las direcciones, si se trata, justamente, de empresas de capital anónimo?

Por otra parte, es un mito que las empresas extranjeras no reinviertan: más del 60% de sus ganancias son reinvertidas, y seguramente los monopolios están dispuestos a admitir aquí la necesidad de reinvertir un porcentaje declarado mayor, como ocurre en otros países, tan dependientes como la Argentina. Sin embargo, no es en el plano ideológico donde importan las fricciones posibles, sino en el material, y allí sí van a aparecer conflictos entre la burguesía mediana y menor y la gran burguesía, pues si la parte básica del proyecto prospera (el aporte masivo de capital exterior) el amplio desarrollo del capitalismo va a traer un "desarrollo" aun mayor de la centralización y concentración de capitales, y si no es tan exitoso, aquel proceso también va a continuar. Lo que espera la CGE es, en realidad, una ola de inyecciones externas de capital que cree una etapa de prosperidad para todos, y que no sea acompañada de lo que se llama "vaciamiento" de empresas en la jerga de estos días. Esto es más bien ilusorio: la ley del capitalismo es la concentración de capitales, y la misma es tanto más acelerada cuanto mayor es la concentración ya existente y menores los mercados. Solamente en una etapa de relativo estancamiento como fue el primer período peronista puede detenerse algo el ritmo de absorciones, fusiones, liquidación de las empresas más débiles (y por lo general, menos productivas) que caracteriza la concentración capitalista, en un país que ya es "tan capitalista" como la Argentina. ¿O se espera que los monopolios externos y los ya instalados van a invertir sólo allí donde no choquen con la actividad existente de la burguesía menor? Téngase en cuenta, justamente, lo que he señalado antes: que en los últimos decenios se fueron desarrollando todas las ramas de la producción que en 1945 no existían, que ya no hay "espacios vacíos" como en 1930 o en 1955. Si el gran capital crece ahora va a ser a costa del estado o de la burguesía menor, y en una lucha entre sí por un mercado demasiado pequeño.

Lo anterior apunta a una contradicción secundaria de la sociedad, pero no desdeñable desde el punto de vista político, sino todo lo contrario. Es más: el ingreso de capital externo significa inevitablemente una mayor influencia del mismo sobre el estado. ¿Cómo compaginar esto con la independencia y el "control" que exige la burguesía más débil? Y aun más todavía: el desarrollo del agro en forma acelerada exige su capitalización a toda máquina (lo contrario de la reforma agraria por división de la tierra). Y tal capitalización implica la expulsión de mano de obra del campo, ya que allí rige la ley señalada por Marx de que el aumento del capital constante implica el descenso en términos absolutos del capital variable y otra ley aun más clásica que es el despojo del campesino (la "separación del trabajo y los medios de producción"). Por más que se colonicen las tierras marginales, no va a ser posible detener el éxodo rural. Y aquí nos encontramos ante la segunda contradicción secundaria, en uno de sus aspectos: el desarrollo capitalista acarrea la pauperización y proletarización de la pequeña burguesía (aunque crezca el número de pequeños burgueses en términos absolutos, y aun se enriquezcan algunos grupos). Esto

también tiene sus consecuencias políticas previsibles: ¿qué pasará con esas masas juveniles de clase media que tan fervorosamente esperan hoy el "milagro peronista", aunque lo expresen en términos de socialismo?

Y, finalmente, nos hemos ido acercando a la contradicción básica de nuestra sociedad, la que plantearemos en los términos más directos: ¿será posible al peronismo impulsar una ola de desarrollo que sea acompañada por una prosperidad de pleno empleo y de altos salarios reales? La idea es que sí, y a eso apuestan tanto Perón como el desarrollismo, la CGE, la CGT y aun los propios radicales. Creo que sus cálculos son ilusorios: la mano de obra hoy desocupada, la que se agrega año a año, y la que va a producir la capitalización del campo, no va a ser absorbida por las ramas de la producción que es necesario desarrollar para lograr un crecimiento acelerado. Tales ramas son, justamente, las del sector 1 (bienes de capital) y éste, hoy, se caracteriza por lo que se llama capitalismo "intensivo" (alto capital constante, bajo capital variable). Solamente algunas obras de infraestructura (como los caminos) ocupan alta cantidad de mano de obra, pero, por cierto, no la suficiente para absorber un ejército de reserva que ha sido creado por el propio desarrollo capitalista. Esto por una parte. Por la otra, es improbable que el salario real crezca al mismo ritmo en todas las ramas, de un modo que palie el descontento social existente (lo que no quiere decir que ciertos grupos obreros relativamente privilegiados no crezcan, y que la mayor productividad no de por resultado un mayor salario real en algunos segmentos de los asalariados). En otros términos: no creo que sea posible un crecimiento extensivo, del tipo que caracterizó el desarrollo capitalista del siglo pasado en la Argentina o similar al que se produjo entre 1935 y 1948 Hoy, en las condiciones actuales del capitalismo local (y, justamente, por su madurez) el "desarrollo" va a ser acompañado por la consolidación del ejército de desocupados, los desniveles entre los ingresos, etc. Si se reflexiona un momento, se recordará que en los países capitalistas más avanzados ha sido el tributo cobrado a la periferia lo que permitió el reformismo en gran escala, y el crecimiento de gastos parasitarios (entre ellos, la guerra) lo que palia las crisis. ¿Qué se propone, entonces? ¿La expansión de la Argentina como imperialismo secundario, afirmando la tendencia ya existente? Algo de eso hay en todos nuestros proyectos burgueses, pero difícilmente creo que tal imperialismo de segundo nivel solucione los problemas del capitalismo local.

¿Y AHORA?

Voy a decir una perogrullada: lo que no va a desaparecer es la lucha de clases, y en el terreno económico veo pocas posibilidades al peronismo para paliarla. Si esto es cierto (y creo que lo es), lo que se abre es la posibilidad de una lucha política para ganar las masas para el socialismo y la revolución, en competencia con una burguesía que tratará de mantenerlas controladas con algunas concesiones materiales y una activa propaganda, apoyándose en el enorme prestigio de Perón. Para esto, existen bases que no había hace diez años, a partir de la radicalización de algunos sectores obreros alcanzada en los combates producidos desde 1969 sobre todo. A esto apuesta, aunque no lo diga así, la juventud peronista. A esto apuesta también el ERP. Pero no creo que sus propuestas sean viables, por razones políticas ahora. El progreso de la revolución no puede producirse dentro del peronismo, maquinaria burguesa que frena ya desde hace mucho, el avance del proletariado. Más: cualquier avance real, cualquier posibilidad que no sea poner la combatividad de las masas al servicio de uno u otro sector de la burguesía, implica la ruptura del peronismo. La juventud del partido espera lograr eso desde adentro, y con Perón. Creo que el camino se encuentra en una política, quizás más difícil, menos aparentemente exitosa a corto plazo, menos oportunista, para usar la palabra adecuada. Y esa política no consiste en otra cosa que en ayudar a la clase obrera a liberarse de sus tutores, de la hegemonía que hoy ejerce (aún) sobre ella la burguesía. En otras palabras: en ayudar a la clase obrera a construir su independencia en todos los planos, armándola para enfrentar a la burguesía. Y eso sólo puede conseguirse desmistificando no cultivando los mitos, desnudando al sistema en todos sus aspectos, y no ocultando las trampas con las que vela su grosera realidad. Respecto al ERP y otros núcleos guerrilleros, lo que ocurre es que confunden los términos: la revolución no nace en la "punta de los fusiles"; florece en éstos, culmina con éstos. Pero esto cuando es la masa la que los empuña, pues ella es la que engendra y decide realmente la revolución. Y esto exige una política de masas, hecha por las masas, para las masas. Porque la guerra (armada) es la continuación de la política (de la guerra social traducida en política de clase), y no al revés.

Creo, por lo tanto, que se abren dos posibilidades: o la continuación de la situación existente, que llevará inevitablemente a la progresiva putrefacción, y puede desembocar en un momento fascista (al modo brasileño u otro similar), o la aparición de una política revolucionaria socialista, que lleve al plano político la lucha de clases, apoyándose en la embrionaria radicalización de las masas que se ha producido en los últimos años. Como consecuencia de la opresión y de la creciente explotación, las masas se lanzaron a combates cuyos puntos más altos fueron los cordobazos. A su calor nacieron y crecieron dirigentes sindicales no peronistas (Tosco, el núcleo de Sitrae-Sitram, cientos de otros en todo el país); se dividió el Partido Comunista, pero volviendo luego a crecer; nació y creció su escisión más importante (P. C. Revolucionario); aparecieron los grupos políticos chinoístas; creció la guerrilla urbana; creció el ala juvenil, de izquierda, peronista; nacieron los grupos socialistas o comunistas de izquierda; crecieron varias tendencias trotzquistas. Pero todo eso (una realidad más extendida de lo que se puede apreciar en las últimas elecciones) no constituye aún la vanguardia revolucionaria. Existe exceso de reformismo, de confusión teórica y política, de espontaneísmo, de oportunismo. Las esperanzas brotadas el 11 de marzo no son sino ilusiones que la burguesía trata de aprovechar, estimulando el "pacto social" logrado en las urnas, que aprovecha para tratar de limar las contradicciones interburguesas y frenar el proceso de radicalización que comienza en 1969. No en vano, frente a los cordobazos, se inició la política de conciliación entre las diversas fracciones de la burguesía bajo el signo del "Gran Acuerdo". Éste fracasó en su concepción lanussista en términos estrictamente políticos, y no podía ser de otra manera. Pero prosperó bajo otro signo: el del Frente, que tiende lazos, manos amistosas y complicidades a la oposición. Sólo con una política proletaria podrá romperse el pacto interburgués para caminar hacia la revolución. Eso es lo que aún no existe.

■

PERONISMO Y CLASE OBRERA *

Por MILCIADES PEÑA

* *Tomado del capítulo III, "El gobierno bonapartista de los estancieros y el imperialismo inglés: junio 1943-1946", pp. 70/73 del libro MASAS, CAUDILLOS Y ELITES. LA DEPENDENCIA ARGENTINA DE IRIGOYEN A PERÓN, Ediciones Fichas, Buenos Aires, 1973.*

En fin, un porcentaje siempre creciente del proletariado carecía de toda experiencia sindical y política por tratarse de masas del interior recién ingresadas a las fábricas. Perón supo aprovechar esta situación. Concediendo mejoras a la clase obrera se ganó su confianza, y en ella encontró un respaldo cada vez más sólido y entusiasta contra la burguesía argentina y el imperialismo norteamericano.

Pronto la burguesía acusó a Perón de "agitar artificialmente la lucha de clases" e incitar a los obreros en su contra, pero la acusación carecía de sentido. En realidad, Perón hizo abortar, canalizando por vía estatal, las demandas obreras, el ascenso combativo del proletariado argentino, que se hubiera producido probablemente al término de la guerra. Porque es evidente que si Perón no hubiera concedido mejoras, el proletariado hubiera luchado para conseguirlas. La plena ocupación y la creciente demanda de obreros hacía económicamente inevitable que mejorase la situación de los trabajadores. El bonapartismo del gobierno militar preservó, pues, al orden burgués, alejando a la clase obrera de la lucha autónoma, privándola de conciencia de clase, sumergiéndola en la ideología del acatamiento a la propiedad privada capitalista. Desde el punto de vista de los intereses históricos de la clase obrera, también en la Argentina fue cierto que el gobierno bonapartista, "sirviendo en realidad a los capitalistas engaña más que ningún otro a los obreros, a fuerza de promesas y pequeñas limosnas" (Lenin). La organización que el estado construyó para la clase obrera, la CGT, era como una gigantesca trampa. Mientras las superganancias del capital alcanzaron para formar el cebo y otorgar mejoras a la clase obrera, la trampa permaneció abierta: en su seno el proletariado obtenía mejora tras mejora. Cuando las superganancias terminaran y hubiera que disminuir el nivel de vida de los obreros a fin de mantener las ganancias normales, la trampa habría de cerrarse sobre el proletariado para paralizarlo. La explicación dada por Perón acerca de los propósitos que guiaron la estatización del movimiento obrero argentino era clara y definitoria:

"Las masas obreras que no han sido organizadas presentan un panorama peligroso, porque la masa más peligrosa sin duda es la inorgánica. ¿Cuál es el problema que a la República Argentina debe preocuparle sobre todas las cosas? Un cataclismo social en la República Argentina haría inútil cualquier posesión de bien, porque sabemos —y la experiencia de España es bien concluyente y gráfica a este respecto— que con ese cataclismo social los valores se pierden totalmente. Es indudable que siendo la tranquilidad social la base sobre la cual ha de dilucidarse cualquier problema, un objetivo inmediato del gobierno ha de ser asegurar la tranquilidad social del país, evitando por todos los medios un posible cataclismo de esta naturaleza, ya que si se produjera de nada valdrían las riquezas acumuladas, los bienes poseídos, los campos ni los ganados.

"Dentro de este objetivo fundamental e inmediato que la Secretaría de Trabajo y Previsión persigue, radica la posibilidad de evitar el cataclismo social que es probable, no imposible. El capitalismo en el mundo ha sufrido durante esta guerra un golpe decisivo. El resultado de la guerra 1914-1918 fue la desaparición de un gran país europeo como capitalista: Rusia. En esta guerra, el país capitalista por excelencia quedará como un país deudor en el mundo, probablemente, mientras que toda la Europa entrará dentro del anticapitalismo panruso. En América quedarán países capitalistas, pero en lo que concierne a la República Argentina sería necesario echar una mirada de circunvalación para darse cuenta de que su peri-

rería presenta las mismas condiciones que tenía nuestro país. Chile es un país que ya tiene un comunismo de acción desde hace varios años; en Bolivia, a los indios de las minas parece que les ha prendido el comunismo como viruela, según dicen los bolivianos; Paraguay no es una garantía en sentido contrario; Brasil, con su enorme riqueza, me temo que al terminar la guerra puede caer en lo mismo.

"Creo que no se necesita ser muy perspicaz para darse cuenta de cuáles pueden ser las proyecciones y de cuáles pueden ser las situaciones que tengamos todavía que enfrentar en un futuro muy próximo. Por lo tanto, presento un solo ejemplo para que nos demos cuenta en forma más o menos gráfica de cuál es la situación de la República Argentina en ese sentido. Yo he estado en España poco después de la guerra civil y conozco mi país después de haber hecho muchos viajes por su territorio. Los obreros españoles, inmediatamente antes de la guerra civil ganaban salarios superiores, en su término medio general, a los que se perciben actualmente en la Argentina: no hay que olvidarse de que en nuestro territorio hay hombres que ganaban 20 centavos diarios; no pocos que ganaban doce pesos por mes; y no pocos también que no pasaban de treinta pesos por mes, mientras los industriales o productores españoles ganaban el 30 ó 40%. Nosotros tenemos en este momento —¡Dios sea loado, que ello ocurra por muchos años!— industriales que pueden ganar hasta el 1.000%. En España se explicó la guerra civil. ¿Qué no se explicaría aquí si nuestras masas de criollos no fuesen todo lo buenas, obedientes y sufridas que son?

"Se ha dicho, señores, que soy enemigo de los capitales, y si ustedes observan lo que les acabo de decir no encontrarán ningún defensor, diríamos, más decidido que yo porque sé que la defensa de los intereses de los hombres de negocios, de los industriales, de los comerciantes, es la defensa misma del estado. Yo estoy hecho en la disciplina. Hace treinta y cinco años que ejercito y hago ejercitar la disciplina y durante ellos he aprendido que la disciplina tiene una base fundamental: la justicia. Y que nadie conserva ni impone disciplina si no ha impuesto primero la justicia. Por eso creo que si yo fuera dueño de una fábrica, no me costaría ganarme el afecto de mis obreros con una obra social realizada con inteligencia. Muchas veces ello se logra con el médico que va a la casa de un obrero que tiene un hijo enfermo, con un pequeño regalo en un día particular; el patrón que pasa y palmea amablemente a sus hombres y les habla de cuando en cuando, así como nosotros lo hacemos con nuestros soldados. Para que los soldados sean más eficaces han de ser manejados con el corazón. También los obreros pueden ser dirigidos así. Sólo es necesario que los hombres que tienen obreros a sus órdenes lleguen hasta ellos por esas vías, para dominarlos, para hacerlos verdaderos colaboradores y cooperadores.

"Con nosotros funcionará la Confederación General del Trabajo y no tendremos ningún inconveniente, cuando queramos que los gremios equis o zeta procedan bien, a darles nuestro consejo, nosotros se lo trasmitiremos por su comando natural: le diremos a la Confederación Nacional: hay que hacer tal cosa por tal gremio, y ellos se encargarán de hacerlo. Les garantizo que son disciplinados y tienen buena voluntad para hacer las cosas."

LA DEMOCRACIA DE MASAS *

por JUAN JOSÉ HERNÁNDEZ ARREGUI

* *Fragmento tomado del estudio* Nacionalismo y liberación. Metrópolis y colonias en la era del imperialismo *(Ediciones Hachea, Buenos Aires, 1969). Ideólogo del nivel de Cooke, Hernández Arregui ejerce gran influencia sobre las promociones jóvenes.*

La Constitución de 1853, puramente formal, era una escandalosa mentira en los hechos.

El poder político estaba en manos de una minoría económica ligada a Europa. Las masas criollas del interior, los hacheros del norte, los obreros de la zafra, de los yerbatales, de las estancias, de los obrajes, prácticamente eran siervos de la tierra. Valían lo que un voto. Y un voto, en una economía de penuria se cotizaba bajo. Los partidos llamados obreros no mantenían ningún contacto con esas masas desprotegidas, pero loaban a la Constitución, al parlamentarismo, a la alfabetización, en un connubio innoble de intereses políticos portuarios con la clase dirigente. Perón, se dirigió especialmente a esas masas. No sólo fue oído. Fue seguido.

El 17 de octubre de 1945 la clase obrera, sin conciencia aún de su poder político, se volcó en las calles de Buenos Aires, rescató al líder encarcelado por el propio Ejército presionado por la oligarquía. los partidos coloniales y los capitales y la diplomacia extranjeros. Ese día no se borrará de la historia argentina. Por eso es abominado por la antinación. Todos esos partidos tradicionales, incluída la izquierda que se decía obrerista. se soliviantaron en una vocinglería horrorizada y crápula frente a las muchedumbres desconocidas. Se las estigmatizó de fascistas, de turbamultas fecales. Así se vilipendió a ese proletariado que marchaba hacia el porvenir. En ese clima avinagrado de enconos clasistas creado por la oligarquía y los partidos de la clase media contra el nuevo régimen que se respaldaba en las masas taciturnas de la Argentina Británica, se inició el gobierno de Perón. No cabe aquí relatar la honda transformación económica y política que tal período significó. La colonia inglesa anterior a 1943 fue recuperada para los argentinos. Contribuyó a ello, sin duda, las reservas en oro y divisas acumuladas por el país durante la guerra. Una de las denostaciones de la oposición ha consistido en afirmar que tales reservas fueron despilfarradas en propaganda y en obras públicas improductivas y demagógicas. Ninguna trapisonda más intencionada. Esas reservas, como correspondía a una política anticolonialista, se invirtieron en la recuperación del patrimonio nacional, vale decir, para montar una *política propia*. En primer lugar, se dio un paso inicial de trascendencia histórica: la repatriación de la deuda externa que, como se ha dicho, insumía el 40% de nuestras exportaciones y que llegaba a la astronómica suma de 3.000 millones de dólares. Los servicios anuales de la deuda pasaron a capitalizar al país no a las metrópolis. Otra medida, que fue un golpe mortal para los imperialismos, y provocó la airada protesta de Gran Bretaña y el bloqueo económico a nuestro país de parte de EE.UU. fue la nacionalización de importantes sectores de nuestra economía. Se transfirió la comercialización de la riqueza agropecuaria, hasta entonces en manos de pulpos internacionales privados, a un organismo estatal, el I.A.P.I., institución de patriótica inspiración, hasta hoy calumniada por los monopolios internacionales y los "librempresistas" que han vuelto a apropiarse de los negocios públicos y privados. De inmediato, con esa riqueza que quedaba en el país, se puso en ejecución una política estatal de créditos de fomento a la industria. Hasta entonces, los créditos eran acordados

por los bancos de capital privado en beneficio de los propietarios de estancias y regulados por la banca británica. Como remate político, se unificó y organizó a los trabajadores en la Confederación General del Trabajo que agremió a 5 millones de afiliados, y en medio de la potente inyección a la economía nacional con la incentivación de los salarios, o sea, con la capacidad de compra de millones de argentinos hambreados, se revolucionó el mercado interno de consumo, se estimuló a la pequeña y mediana industria y se logró la plena ocupación. Se ha dicho, en otra crítica inconsulta que la inflación fue el resultado de esa política y que, por tanto, la gran prosperidad del decenio fue artificial. Es otra falacia. En diez años el costo de la vida aumentó sólo 7 veces, y ya en 1954, la moderada onda inflacionista estaba contenida. Es decir, en forma desigual, haciendo las cosas sobre la marcha, la Argentina entraba en un equilibrio preestructural y en la solución vital del programa energético. Un año antes de la caída de Perón, en 1954, la renta nacional, magüer dos malas cosechas, sin antecedentes en la historia de este siglo, aumentó en un 55% con relación a 1943. El número de establecimientos industriales se incrementó en un 110%. Se alcanzó —y no hay ejemplo en ningún país capitalista del mundo— la plena ocupación. El 98,3% de los trabajadores argentinos estaban ocupados. En 1954 había en la Argentina 181.773 establecimientos industriales. El valor de la producción industrial pasó decididamente adelante de la agropecuaria. Fueron nacionalizados los ferrocarriles en una operación brillante, no ruinosa como lo han pretendido los enemigos del país, en la cual, el gobierno argentino, como corresponde a una nación soberana, aprovechando las dificultades de postguerra de Inglaterra, adquirió con el irrisorio valor de dos cosechas, dada la magnitud de la operación, todo el sistema ferroviario de capital británico, incluidas las valiosas tierras laterales a las vías, y que como escribiese Scalabrini Ortiz, no fue comprar hierro viejo sino soberanía nacional. Con la duplicación de la producción industrial se revolucionó el mercado interno de consumo, y el alto poder adquisitivo de las masas refluyó y redundó a su vez, sobre el mercado interno. Las cifras no mienten. La distribución de la riqueza nacional, comparativamente a la Argentina agropecuaria, se invirtió. Respecto al ingreso nacional al sector del trabajo le correspondió el 60 y el 40 por ciento al empresario.

Exactamente la proporción contraria a las épocas anteriores inmediatas a 1943, en las que el 40% correspondía al sector asalariado y el 60% al empresario. Hoy esa proporción se ha deteriorado aun más: 34,3 para el trabajo, 65,7 para el empresario.

En 1954 estaban puestas las bases de la industria pesada. Plantas siderúrgicas, de energía eléctrica, acerías —San Nicolás, Nihuil, Altos Hornos de Zapla, etcétera—. Todo este potencial hoy está controlado o asfixiado, dentro del modelo colonial restituido, por EE.UU. e Inglaterra. El II Plan Quinquenal destinaba la considerable suma de $ 35.000 millones, en moneda de entonces, en gran parte destinada a la industria pesada. Fue en esa coyuntura, y no casualmente, cuando cayó Perón. La industria pesada significaba la pérdida definitiva de la antigua colonia y del poder político de la oligarquía, que en un gran error histórico, y por la misma base contradictoria del movimiento, no fue tocada por el régimen de Perón. En la confabulación sombría entraron fuerzas bastardeadas, pero en cada caso, representantes de las tradiciones eclipsadas del viejo país, con la Iglesia, que hizo de imán polarizante, y una base de masas, la clase media, universitaria, profesional y comercial, como siempre utilizada y al final maltratada en los países coloniales por las fuerzas experimentadas y tenaces de la antinación.

Esta política nacional no pudo haberse ensayado, dada la aguerrida oposición que la cercó desde el primer momento, sin el sostén de la clase obrera. El órgano sindical y político de ese apoyo fue la Central Única de Trabajadores. A través de ella, la clase asalariada, por primera vez en la historia argentina, participó del poder político; vigiló las empresas; tuvo representaciones mayoritarias en las cámaras legislativas; la política del gobierno se combinó con la de los sindicatos; y fue esta creciente intervención del proletariado nacional lo que en definitiva determinó la caída de Perón, con la complicidad, es necesario decirlo, de los equipos no obreros del propio partido, que no veían con simpatía el ascendente poder de la C.G.T. En la supresión de esta contradicción, aun no resuelta, consistente en la conducción política no obrera y la base de masas proletaria del peronismo, radica la sobrevivencia misma del Movimiento Nacional Peronista. Pero cualesquiera sea el destino político inmediato del mismo, el hecho irrecusable es que las masas trabajadoras son el factor condicionante de toda la política nacional, y por tanto, jugarán un papel decisivo en las próximas etapas históricas de la Argentina.

AUTOCRITICA DE UN DIRIGENTE GREMIAL PERONISTA *

por MIGUEL GAZZERA

* *Selección del libro PERONISMO, AUTOCRITICA Y PERSPECTIVAS, por Miguel Gazzera y Norberto Ceresole (Editorial Descartes, Buenos Aires, 1970, pp. 43-57).*

PERONISMO U OFICIALISMO

Ya hemos señalado que la conducción socialista en nuestro país tenía una notoria vocación oficialista. Los dirigentes sindicales que adhirieron a Perón, luego del 17 de octubre de 1945, con la visión dantesca del pueblo en Plaza de Mayo atomizando los planes de la reacción, se sintieron invencibles. El poder estaba en sus manos y a su disposición todo lo que él irradia y significa. Era el sueño convertido en realidad. La utopía que de pronto adquiría formas concretas. Si eso ocurrió en aquellos hombres experimentados, fácil es de imaginar el efecto que produjo en los militantes que poco tiempo después se convertirían en dirigentes de primera línea. Pero además Perón creó los cursos para agregados obreros en el servicio diplomático, de manera tal que los dirigentes, luego, habrían de cumplir funciones en las embajadas argentinas en el exterior.

Era el delirio, la exaltación de los sueños, porque realmente esto no lo habían ni siquiera imaginado y les llovía del cielo, como un regalo bendito por tantos desvelos, padecimientos, persecuciones y cárceles que habían padecido durante años.

Perón continuaba cumpliendo con sus planes revolucionarios, creando nuevas y sólidas posibilidades para el movimiento obrero y de la misma manera que había constituido los directorios de las empresas estatales y de las Cajas de Previsión Social con representantes obreros, después constituyó la Comisión Nacional de Precios y Salarios. A medida que vamos haciendo mención, aunque muy rápidamente y tomando sólo hechos salientes, de las medidas que Perón determinó desde su gobierno en favor de la clase trabajadora, fácil es advertir la decisión y eficiencia que puso al servicio del proceso truncado en 1955. Lo daba todo y todo lo que daba pasaba a ser patrimonio de los trabajadores y de sus organizaciones. El resto dependía de los dirigentes sindicales, nosotros debíamos acrecentar esos hechos para darle volumen y gravitación. A los dirigentes obreros peronistas, únicamente a nosotros, incumbía profundizar los hitos revolucionarios que el líder producía. El éxito y la perduración dependían de la capacidad que la conducción sindical pusiera al servicio del cambio y para ello tenía todo a sus disposición. ¿Qué más podíamos pedir? ¿Qué otra cosa necesitábamos para cumplir con la responsabilidad que nos concernía?

Cuando en los actos del 17 de octubre y del 1º de mayo miles de gargantas vivaban a la CGT y al líder, los dirigentes que estaban a su lado consideraban que nada ni nadie podría alterar ya en el futuro el poder concedido a la clase trabajadora. Grave error. Primero, comenzamos por subestimar al enemigo, luego creímos que los intereses de los trabajadores estaban a salvo con la sola presencia de Perón en el gobierno y finalmente, en lugar de practicar peronismo, nos dedicamos a ejercitar un furibundo y claudicante oficialismo, no sólo desde la conducción sindical sino también desde los puestos públicos y desde las bancas nacionales, provinciales y municipales. El certamen adquirió tal magnitud que un día, harto ya de tanto oficia-

lismo, el general Perón exclamó: "Estoy rodeado de alcahuetes y adulones".

Hay una explicación humana para comprender los actos de reconocimiento que sistemáticamente se llevaban a cabo para agradecer al general Perón todo cuanto posibilitaba a los trabajadores, pero lo que no puede explicarse de ninguna manera es que esa prueba de gratitud desplazara definitivamente el deber de profundizar y prolongar la revolución peronista. Por otra parte, a Perón poco le importaban los agasajos, a él le interesaba la suerte del pueblo y el destino del país, con quienes había ligado su vida. No podríamos dejar de señalar que tal decisión importa la valentía como soldado y el valor civil que no había demostrado ningún otro presidente argentino. Quienes después de setiembre de 1955 lo consideraron cobarde porque no asumió la represión (y entre ellos un buen número de dirigentes "peronistas"), no tuvieron en cuenta dos cosas: 1º) Que le hubiera resultado fácil aplastar a los insurrectos, pero el proceso posterior indicaba a Perón que nos llevaría a la guerra civil, por cuanto, nosotros, habíamos permitido la recomposición de la fuerza enemiga; 2º) Que Perón había vivido los horrores de la guerra civil española y sus consecuencias posteriores, por lo tanto no estaba dispuesto a responsabilizarse de un hecho similar. Además a quienes incumbía la defensa de la revolución era a los dirigentes del pueblo, especialmente los sindicales. Pero ni los políticos, ni el movimiento obrero tenían jefes con suficientes agallas. Nos fuimos reblandeciendo de tanto oficialismo y de pronto el poder del cual habíamos gozado generosamente se convirtió en un compromiso que ardía como un clavo candente en la palma de la mano. Nos habíamos enronquecido gritando "la vida por Perón", pero como dicen los italianos: "Una cosa es hablar de morir y otra es morir".

Los dirigentes peronistas nos habíamos limitado a resguardar los actos de reivindicación y los derechos que Perón consagraba a favor del pueblo sin comprender que la única manera de ponerlos a salvo era profundizando la revolución y extendiendo su signo ideológico fuera del país. Nos convertimos en elite y procedimos como tal, adquiriendo una jerarquía que nos hizo omitir que una revolución primero se realiza, luego se consolida y finalmente se institucionaliza. Nosotros ni siquiera asumimos el papel protagónico de la primera etapa. Fuimos fanáticos partidarios de los actos que Perón producía, aplaudiéndolo y coreando entusiastamente su nombre. Producimos generosamente ese reconocimiento, pero no cumplimos la tarea práctica que la revolución nos exigía y así terminamos por ubicarnos fuera de ella, como meros simpatizantes que aplauden la exitosa labor de su equipo favorito.

Era necesario que asumiéramos la vanguardia del proceso imponiéndole ritmo y las condiciones precisas para que los actos que producía Perón constituyeran el vehículo que con nuestra fuerza gremial nos transportara hacia las metas de la transformación definitiva; pero no procedimos así. Como expresión de mayoría y como pivote en torno del cual debía desarrollarse el cambio, no estuvimos ni remotamente próximos al papel protagónico que el peronismo nos asignó.

Nuestro líder, que conocía lo que ocurría en la CGT, se esforzaba por hacernos comprender la importancia del vacío que estábamos dejando y por el cual se filtraba la oportunidad histórica para que la clase trabajadora argentina produjera la primera revolución social en el continente. Perón repetía machaconamente advertencias y nos aleccionaba para que tomáramos el rumbo que nos condujera a hacernos cargo del timón; pero era inútil, posiblemente la naturaleza no nos había dotado de las aptitudes con que distingue a los jefes revolucionarios. Fueron demasiadas las cosas que no llegamos a entender durante el gobierno peronista y sobre otras dimos una interpretación errónea que nos haría arrepentir después. En primer lugar, sólo nos preocupaba Perón; en segundo término, nunca comprendimos que un gobierno popular debe accionar en base del equipo ideológico, y tercer error, fuimos produciendo una simbiosis entre la suerte del gobierno y el destino de los trabajadores. No diferenciamos que el gobierno es sólo la circunstancia, la herramienta para producir la revolución, mientras que el pueblo constituye el principio y su fin: su destinatario invariable y permanente. Nosotros nos atamos a la suerte del gobierno y no tuvimos en cuenta que también el peronismo era el medio encaminado a lograr el cambio. Debimos comprender que nuestro deber era apoyarnos en los hechos que producía Perón para propulsarnos trascendentemente hacia el futuro, afianzando las conquistas y la relación de fuerzas a favor de los sectores populares; nunca nos preocupó, o lo que es peor no advertimos, que el enemigo se reorganizaba delante de nuestras narices. Lo distinguíamos con medallas a la lealtad peronista. Sólo nos preocupaba practicar oficialismo en los sindicatos, en las cámaras, en cualquier lugar, en todas partes ejercitábamos peronismo fanático basado nada más que en nuestro reconocimiento a Perón. Nos despreocupamos de proyectar la revolución más allá del límite donde

el enemigo podía truncarla, no supervisábamos los actos del gobierno, ni siquiera fiscalizábamos la conducta de los dirigentes en función pública. Cada uno hacía lo que mejor le parecía y a ninguno se le ocurría cosa mejor que homenajear a cada rato a Perón y a los miembros del gobierno. En ningún momento pensamos que la constante histórica por la cual se desarrolla la lucha de los trabajadores nos obligaba ir más allá del oficialismo y, sobre todo, saturar al gobierno de la tónica revolucionaria para que no se aquietara en la periferia de sus actos iniciales.

Perón nos había dado el poder y nosotros debíamos ejercitarlo en plenitud modificando las condiciones existentes para lo cual se hacía necesario adoptar las medidas que condujeran a que la minoría privilegiada redituara todo lo que había usufructuado esquilmando al pueblo. Era imprescindible también que la burguesía prepotente sometiera sus intereses a las exigencias del cambio y ello dependía de la decisión que el movimiento obrero pusiera en la tarea. Perón no podía hacerlo porque estaba bajo la lente de las Fuerzas Armadas, pero nosotros no teníamos alternativa: lo ejecutábamos entonces o perdíamos la gran oportunidad. Perdimos la oportunidad.

En las cámaras ocurría exactamente lo mismo. Salvo algunas honrosas excepciones, la representación obrera, como así también la mayoría de los políticos peronistas, tenían más preocupación por la bancada opositora que por la tarea que había que realizar. De las iniciativas de los representantes obreros, debían nacer las normas que conformaran definitivamente el nuevo régimen, que pusiera todo el potencial de la nación al servicio de la revolución social y para ello era necesario construir, previamente, el andamiaje legal, de la misma manera que la oligarquía lo había determinado por la Constitución de 1853 y la maraña de leyes consecuentes con el destino de sus intereses. Pero era suficiente que la Unión Industrial o la Sociedad Rural soltara sus perros, para que los "muchachos peronistas" se fueran a baraja. Le faltó nivel a la actividad parlamentaria desarrollada por la bancada obrera que ni siquiera promulgó un código laboral que resumiera la dispersa y contradictoria legislación vigente, como tampoco produjo un Código de Previsión y Asistencia Social a nivel revolucionario que diera satisfacción al desempleo, maternidad, jubilaciones, pensiones a la vejez, medicina, medicamentos, accidentes, períodos de inactividad forzosos, etcétera. Con tales limitaciones ¿cómo iba la conducción sindical a propiciar la modificación del destino de los medios de producción, del Código de Comercio y otras normas que continuaban sin cambio manteniendo así el poder financiero en manos de los enemigos del pueblo? A lo sumo fueron buenos pintores que dieron una hermosa mano de pintura oficialista a la fachada del Congreso Nacional. Pero nada más que eso, de revolucionarios ni el menor indicio, a pesar de la experiencia que traían los socialistas incorporados al peronismo, que evidenciaron ideas más claras durante el régimen liberal que cuando tuvieron oportunidad de hacer valer sus supuestas aptitudes durante el peronismo. Procedimos de tal manera como si hubiéramos medido la revolución nada más que por el cambio que el peronismo había producido en nuestras existencias. Estúpidos y soberbios actuamos con la torpeza que engendra la ignorancia y la fatuidad. A la reacción le preocupaba más el tiempo que tardaba en reorganizarse ella, que nuestra posición "clasista y revolucionaria"...

Es en tales condiciones que el general Perón se desgañitaba reclamando que abandonáramos nuestro oficialismo y asumiéramos el timón del cambio. Fue inútil, a pesar de aquello de que "sólo el pueblo salvará al pueblo", "seamos artífices del destino común" y "nadie hará por los trabajadores nada que luego tengan que agradecerle"...

Tampoco entendimos este otro concepto de Perón: "Primero la patria, luego las instituciones y últimos los hombres". No sólo rehuímos la vanguardia del proceso, luego pasamos a constituirnos en elementos retardatarios y finalmente ya éramos un lastre. Evita en vida nos acuciaba, presionaba sobre nosotros y no pocas veces nos adjudicaba los gruesos calificativos que nos merecíamos. Muerta Evita, su cuerpo en la CGT, era la imagen justa de la lenta agonía de una conducción sindical aburguesada y saturada de fatuidad que se negaba definitivamente a acceder a la responsabilidad de una revolución que Perón ofrecía sin riesgos ni sacrificios, para los dirigentes obreros.

El 17 de octubre de 1952 cerró un ciclo en la Confederación General del Trabajo. Ese día, su secretario general, en el acto realizado en Plaza de Mayo, fue abucheado y silbado estruendosamente. No se pudo escuchar una sola palabra de su discurso. El general Perón le había advertido, con anterioridad al acto, que estaba informado sobre la posibilidad de que el hecho se produjera y le aconsejó que no hablara. Pero la soberbia, que dosificaba buena parte de nuestros actos, le impulsó a una actitud de machismo (?) e intentó hacerse escuchar. Debo confesar que aquella silbatina me pareció un

himno de ángeles, porque la clase trabajadora expresaba su adhesión al líder pero repudiaba a quienes ya no la representaban. El día sábado 18 se realizó una seleccionada reunión de dirigentes sindicales donde, analizada la repulsa, se pretendió llegar a la conclusión de que se trataba de un accidente de los tantos que acontecen en la dura lucha sindical. Pero la reunión terminó con una discusión donde los gritos y las amenazas de retribuirnos con sillas a la cabeza fue digno corolario a la silbatina de la víspera. Es que algunos, que para entonces apenas tartamudeábamos sindicalismo, habíamos arribado a la misma y exacta conclusión que produjo la repulsa en Plaza de Mayo. El martes 21 se reunió el Comité Central Confederal de la CGT, que pasó a cuarto intermedio, luego de una sesión tempestuosa, amenizada con un concierto cuya letra era "que se vayan... que se vayan" a cargo de los muchachos de la Alianza, ordenadamente resguardados por la policía... seguíamos ciegos y sordos. El jueves 23 se realizó una reunión en la residencia de Olivos y el propio general Perón confirmó el accidente donde perdió la cabeza la conducción cegetista.

En oportunidad de realizarse el recordado Congreso "Las Flores - Luján" (donde el candidato a la vicegobernación de la Provincia de Buenos Aires, en las elecciones de marzo de 1962, se creyó dueño de los votos que sepultaron las ilusiones de Frondizi) el ex secretario de la CGT del período a que nos hemos referido, estaba allí presente... y no gritando como entonces, precisamente, "La vida por Perón".

Entre los múltiples actos tendientes a cambiar el uso del poder que produjo Perón se encuentra la expropiación del diario "La Prensa" que luego entregó a la Confederación General del Trabajo. Si no hubiera sido por el público conocimiento de este hecho, de la sola lectura del diario hubiera sido dificultoso advertir el cambio de dueño. Con un poquito más de flexibilidad política, Gainza Paz lo hubiera hecho mejor, porque "los muchachos peronistas" decían que no había que hacer "olas" y procedían con el diario de manera que armonizara los intereses en pugna... Nos estaban serruchando el piso debajo de los pies y nosotros creíamos que la gentil oligarquía nos había obsequiado un pájaro carpintero.

Nuestra obligación era identificar al enemigo, denunciarlo y combatirlo hasta el final, pero no queríamos molestarlo porque entonces considerábamos que habíamos logrado dormir al monstruo con la música de los "muchachos peronistas", en consecuencia todo consistía en no despertarlo mientras nosotros desarrollábamos gratuitamente la revolución. Eva Perón había actuado de manera muy distinta, de la única forma que correspondía, denunciando y gritando a viva voz su condenación contra las fuerzas que operaban en la oposición haciendo peligrar al gobierno popular.

A nosotros las brumas del poder y la embriaguez oficialista nos habían hecho perder el tino. A contrapelo nuestro, Evita nada pedía para sí, toda ella, su propia vida, la consideró nada más que un medio al servicio de la revolución. Sus principios y su valentía atestiguaban su calidad de abanderada peronista. Rechazó los oropeles con que la sociedad hipócrita y corrompida trató de fascinarla y se burló de todos aquellos que hincaban la rodilla brindándole falsa pleitesía. Despreció públicamente a la oligarquía y a sus personeros, como así también a los funcionarios y dirigentes "adulones y alcahuetes". Es que para la revolución no hay alternativas en la elección de los valores humanos. Lo contrario sería suponer que el pueblo ruso tenía que optar por Lenin o Kerenski, o los chinos entre Mao Tse Tung o Chiank Kaischek. Los primeros eran los revolucionarios, los segundos los reformistas, que terminan por ser devorados por el enemigo. No tengo duda de que nosotros fuimos los Kerenskis del peronismo.

Producido el cambio en la C.G.T., el ciclo posterior, con Evita muerta, sirvió para acrecentar nuestros errores hasta desalentar al general Perón, cada vez más sumido en la soledad para proseguir internándose en el duro y sacrificado laberinto de la revolución. Luego las fuerzas reaccionarias que cada día se iban consolidando, gracias a nuestra ineficacia, fueron progresivamente modificando la relación de fuerzas y presionando sobre el gobierno, de cuyos integrantes, la mayoría, al igual que nosotros, se distinguían por sus limitaciones políticas y por su carencia de conciencia ideológica. Nuestra conducta en la dirección de la C.G.T., comenzó también a producir sus efectos en las filas obreras. Las reivindicaciones y los derechos que Perón nos concedió sólo exigieron el 17 de Octubre de 1945. Luego todo llegó a nuestras vidas sin lucha, sin los sacrificios y los riesgos que habían precedido a la etapa que cerró el 4 de junio de 1943. Nos fuimos reblandeciendo, comíamos sólo en las mesas donde hubiera mantel, servilleta, buen vino y mejor menú. En lugar de ensanchar el proceso revolucionario esa tarea la dedicábamos a nuestro abdómen, hasta fuimos adquiriendo los rasgos burgueses en nuestros rostros. Por supuesto que el camino de la revolución no está sembrado de flores, pero nosotros procedimos como si

fuera así. ¿Qué el peronismo inexorablemente debía pagar tributo a su condición de vanguardia en latinoamérica? Pues entonces nosotros estafamos al fisco porque negamos nuestra contribución. ¿Qué la realidad social del país impone una consideración particular en relación al resto del continente? De acuerdo, pero creo que tuvimos una excesiva consideración con los intereses que frustran el cambio, a tal punto que no logramos expulsar de la estructura económica al liberalismo.

En lugar de proceder como el alpinista que se afianza en la zona alcanzada para seguir avanzando, nosotros actuamos como excelentes patinadores haciendo hermosos arabescos sobre la superficie del proceso peronista. Nada más que en la superficie. No estábamos capacitados para asumir la vanguardia de la revolución y los socialistas que venían de una larga experiencia saciaron su hambre y sed de oficialismo. De peronismo, muy poco, fuimos los capataces, los intermediarios en la construcción del nuevo orden. Pero vamos a dejar bien claro una cosa: nadie tiene derecho a juzgar la conducta de los dirigentes sindicales peronistas a excepción de Perón y de los trabajadores mismos, porque al fin de cuentas, con todas nuestras taras, nadie hizo más. Como Perón no nos juzgaría jamás, hagámoslo nosotros, en función de autocrítica, como un aporte a los cuadros medios de hoy, a la militancia que se esfuerza y se expone; hagámoslo para que los jóvenes que habrán de reemplazarnos no cometan los mismos errores en que nosotros incurrimos.

No todos los dirigentes que actuaron durante el ciclo analizado merecen igual juicio. Los hubo capaces, honestos y claros exponentes de las experiencias con que se ofrendaron al peronismo. Por ejemplo: Rafael Ginocchio (fideero) miembro de la Comisión Nacional de Post-guerra; delegado organizador del Partido Laborista; miembro del Consejo Directivo de la C.G.T., miembro integrante de la Comisión Nacional de Precios y Salarios, como así también de otros organismos de importancia, puso al servicio del movimiento obrero y del peronismo una infatigable actividad y una permanente honestidad que lo mantienen hoy aún liderando a los trabajadores que representa. Cosme Jgivoje (marítimo): su trabajo lo llevó a conocer el mundo. Excelente compañero, capaz y humilde prestó importantes servicios en la C.G.T. Alfredo López (municipal) una mentalidad intelectual lúcida y de valor incuestionable unida a la honradez y sencillez de sus actos prestigiaba al movimiento obrero. Bruno Cristiano (calzado) también de cualidades dignas de mencionar ofreció su aporte al peronismo y al movimiento sindical. Armando Cabo (metalúrgico), un gran amigo, solidario y honesto a carta cabal, actuó en momentos difíciles para el peronismo y representó con calidad de dirigente a la C.G.T. dentro y fuera del país. Es decir, hemos realizado la autocrítica tomando en cuenta el nivel de la conducción sindical sin que ello signifique juzgar a todos por igual. Las condiciones humanas, sus relatividades y defectos se expresan en su conjunto dejando el saldo pero ello no significa que todos tengan la misma responsabilidad. Estos compañeros, como ejemplo, son suficientemente válidos como para demostrar que las excepciones fueron tan meritorias como el aporte que ellos brindaron.

Es muy poco probable que la actual conducción sindical acepte las conclusiones señaladas porque, precisamente, nos encontramos hoy en la misma situación en que estuvimos ayer. Sólo la minoría que no ha aceptado los compromisos y no ha caído en la claudicación en que se encuentra inmersa la mayoría sindical, seguramente habrá de apreciar la experiencia.

Por supuesto que se dirá que el análisis ha partido de principios rígidos y de una ortodoxia que puede no resistir a la realidad argentina. Es así, de otra manera, por vía de la aceptación de la relatividad humana, de la debilidad y otras miserias, llegaríamos a justificar la traición y el vicio. Si todo análisis no parte de los principios que conducen a la revolución, cualquier otro camino repetirá el fracaso; consecuentemente, no tendría explicación el truncamiento de la revolución justicialista en setiembre de 1955.

Cuando se trata de la tarea de aportar luz para desentrañar las frustraciones de la clase obrera, toda consideración debe tener como base una ortodoxia, de otra manera se procedería a través de las concesiones que con sus deformaciones nos llevarían a suponer que Argentina ha alcanzado el punto óptimo de su nivel económico-social.

Si la realidad argentina nos muestra a una clase dirigente en crisis, a nivel generacional, es porque precisamente se ha hecho abandono de la práctica de principios elementales, que es necesario reinstaurar; de otra forma el proceso habrá de agravarse hasta lo imprevisible. De allí que el humilde aporte que pretende ofrecer el autor, está destinado a que la militancia sindical, los cuadros medios y los delegados de los trabajadores aprecien con claridad los diversos ciclos que ha cumplido la conducción

gremial, como así también que comprendan que el sindicato, acomodado dentro de la burocracia estatal, se niega como instrumento útil para el cambio de estructuras. En las actuales condiciones la C.G.T. está amenazada de convertirse en un apéndice en el esquema liberal.

No es precisamente grato enjuiciar a dirigentes con quienes hemos estado no pocas veces unidos en la lucha y en riesgos decididamente ciertos, pero nada de ello, ni siquiera la amistad, puede justificar que se silencie el estado de degradación política en que se encuentra buena parte de la conducción obrera. La lucha exige que cada uno deposite su contribución y en este momento, sin una serena y reflexiva autocrítica, la conducción sindical no estará en condiciones de modificar los gravísimos errores cometidos en los últimos años.

Además, toda alianza o reunificación, debe partir de un apoyo crítico, constructivo, vigorizante. Unirse nada más que para hacer frente a las justas iras de los trabajadores, sería tan absurdo como inútil. Peor será que esa alianza se realice al solo efecto de poder negociar mejor con el gobierno o simplemente tratar de sobrevivir cuanto tiempo sea posible al fracaso, o a la usurpación.

EL PERONISMO ES LA PRIMERA VICTORIA DEL PUEBLO SOBRE LA OLIGARQUIA *

* *Al inaugurarse los cursos de la Escuela Superior Peronista, el 1º de marzo de 1951, Eva Perón fue designada profesora extraordinaria. En tal carácter dictó seis conferencias, que se publicaron en libro con el título de HISTORIA DEL PERONISMO (Escuela Superior Peronista, Buenos Aires, 1951). Los presentes fragmentos pertenecen a la tercera clase, dictada el 5 de abril de 1951.*

La oligarquía del 17 de octubre, la que derrotamos ese día, para mí, está muerta. Por eso es que le tengo más miedo a la oligarquía que pueda estar dentro de nosotros que a esa que vencimos el 17 de octubre, porque aquélla ya la combatimos, la arrollamos y la vencimos. En tanto que ésta puede nacer cada día entre nosotros. Por eso los peronistas debemos tratar de ser soldados para matar y aplastar a esa oligarquía donde quiera que nazca.

Nosotros decimos, con Perón, que no queremos ni reconocemos más que una sola clase de hombre: la de los que trabajan. Esto quiere decir que para nosotros no existe más que una sola clase de argentinos, la que constituye el pueblo, y el pueblo auténticamente trabajador.

¿Qué diferencia hay entre esta nueva clase y la clase oligárquica que gobernó hasta 1943? Es muy fácil explicarla.

La oligarquía era una clase cerrada. o sea, como lo dije anteriormente, una casta. Nadie podía entrar en ella. El gobierno les pertenecía, como si nadie más que la oligarquía pudiese gobernar el país. En realidad, como que a ellos los dominaba el espíritu de oligarquía, que es egoísta, orgulloso, soberbio y vanidoso, todos estos defectos y malas cualidades los llevaron poco a poco a los peores extremos y terminaron vendiéndolo todo, hasta la patria, con tal de seguir aparentando riqueza y poder.

Cuando vemos a un político que no quiere que nadie más que sus amigos entren en el círculo, pensamos que también él es un oligarca. Ése también se quiere preparar otra casta para él, pero se olvida que hay muchos soldados y servidores del general que lo interpretamos, que lo seguimos honradamente, que tendremos el privilegio de ser los eternos vigías de la revolución.

Por lo tanto, estaremos en guardia permanente para destrozarlos y aplastarlos a esos señores que ustedes conocen, como dije anteriormente.

El peronismo es un movimiento abierto a todo el mundo. Ustedes ven que cualquiera que llega a mí, sea un dirigente de esto o de lo otro, siempre le digo que él, para mí, no es más que un dirigente de Perón. Cuando me dicen que Fulano es un dirigente que responde a Mengano o a Zutano, pienso que no es un dirigente, sino un sinvergüenza, porque bajo el lema Justicialista, el pueblo y la patria toda constituyen una gran familia, en la que todos somos iguales, felices y contentos, respondiendo sólo a Perón.

Dentro de nuestro movimiento no se necesita tener títulos universitarios, ser intelectual, ni tener cuatro apellidos para integrar el gobierno de Perón. Al lado de él hay hombres de todas las condiciones sociales: médicos, abogados, obreros, ricos y pobres, de todas las clases, pero sin ese espíritu oligarca que es la negación de nuestro movimiento. Por lo menos aspiramos a eso. En ese sentido, tenemos una ardua y larga tarea que realizar. Cualquier peronista puede llegar a ocupar los más altos cargos dentro de nuestro movimiento. Si trabaja honradamente, puede aspirar a cualquiera, y en este sentido debemos tener en cuenta una frase del general Perón que se debería grabar en el corazón de todos los peronistas: "Sean todos artífices del destino común, pero ninguno instrumento de la ambición de nadie"

No sean tontos, aquí no necesitan padrinos; aquí lo único que los valoriza es el sacrificio, la eficacia y el trabajo. Yo siempre he sentido alergia por los recomendados. Siempre los he atendido muy bien y les he solucionado el asunto, pero siempre me ha dado profunda pena que esas personas no sepan que no necesitan de la recomendación. En nuestro movimiento no hay más recomendación que la de ser peronista. Es por eso que cualquier peronista, por humilde que sea, puede aspirar, como ya lo he dicho, a los más altos cargos, con sólo tratar de interpretar las inquietudes del general Perón. Esto es fundamental para que nosotros podamos formar un movimiento permanente, consolidado en el espacio y en el tiempo. Nuestro movimiento es el más profundo y maravilloso de todos, porque tiene una doctrina perfecta y un conductor genial como el general Perón.

Yo, que he tenido la debilidad de estudiar profundamente a todos los grandes de la historia, y ustedes, que lo habrán hecho tanto como yo, sabemos que en todos los grandes hombres hay errores y defectos, que se les perdonan porque son genios, y a los genios se les perdona todo. Pero —a veces a los argentinos nos parece mentira— Perón es un genio que no tiene defectos, y si tuviera sería uno sólo: tener demasiado corazón, que sería el más sublime de todos los defectos, ya que Cristo perdonó a quienes lo crucificaron. Nosotros debemos pensar en eso, en la grandeza, en las virtudes y en las condiciones morales del general Perón y, sobre todo, en su humildad, que es lo que lo hace más grande. Deberíamos nosotros elevar todos los días nuestra mirada y nuestro recuerdo hacia la figura patricia del general Perón; seríamos entonces cada días más buenos. Y al acostarnos, deberíamos realizar un balance de lo que hemos hecho, y ver si hemos tratado bien a un compañero, si hemos servido honradamente al pueblo, si hemos cumplido con humildad, con desinterés y con sacrificio nuestra labor. Entonces, nos podremos acostar tranquilos, porque hemos cumplido con la patria, con Perón y con el pueblo.

Yo he pretendido que mi despacho sea lo más popular y lo más descamisado; no en sus paredes —porque nosotros no nos vestimos con harapos para recibir al pueblo, sino que nos vestimos de gala para recibirlo con los mejores honores, como se merece— pero sí descamisado por el cariño, el corazón, la humildad y el espíritu de sacrificio y de renunciamiento. A veces me parece que éstos no son suficientemente grandes como para merecer yo ser la esposa del general Perón; pero pienso que no puedo asemejarme al general, porque Perón hay uno solo, pero trato por lo menos de merecer el cariño y la consideración del general y de los peronistas, trabajando con un gran espíritu de desinterés, de sacrificio, de renunciamiento y de amor. Y es por eso que cuando llegan a mi despacho los ministros, yo me alegro, porque los veo mezclados con los obreros, es decir, con nuestro auténtico pueblo. Y yo creo que así, viéndome trabajar a mí confundida con el pueblo, y viendo lo maravilloso que nuestro pueblo es, no se harán oligarcas.

Eso significa que nosotros queremos una sola clase de argentinos. No quiere decir que querramos que no haya ricos, o que no haya intelectuales ni hombres superiores. Todo lo contrario: lo grande del peronismo es que todos los argentinos puedan llegar a ser lo que quieran, incluso hasta presidente de la república. Prueba de que el peronismo quiere eso, es que tenemos un ministro obrero, agregamos obreros en las embajadas, obreros en las cámaras, obreros en todas partes; y también en el aspecto cultural tenemos el teatro obrero y salones de arte obrero, aunque en este aspecto tenemos mucho, mucho que hacer, para cumplir con los deseos y con las inquietudes del general Perón.

Gracias al general Perón, nosotros hemos logrado tener las universidades abiertas a todo el pueblo argentino. Eso nos demuestra la preocupación del gobierno argentino por elevar la cultura del pueblo y porque nuestro pueblo pueda llegar a las universidades, que ya no están reservadas a unos pocos privilegiados. Ahora los humildes pueden ser abogados o médicos, según sean sus inclinaciones. Ellos, con su sentido de pueblo serán más humanos y las futuras generaciones podrán agradecernos que los hayamos comprendido y apoyado.

Ser peronista, para hacer la síntesis de todo lo que he hablado, requiere tener los tres amores a que yo hice mención al principió: el pueblo, Perón y la patria. El peronismo es la primera victoria del pueblo sobre la oligarquía; por eso hay que cuidarlo y no desvirtuarlo jamás. El peronismo sólo se puede desvirtuar por el espíritu oligarca que pueda infiltrarse en el alma de los peronistas, y perdonen, chicas y muchachos, que les repita tanto esto, pero si así lo hago es porque quisiera que lo llevaran siempre profundamente grabado en su corazón. Es fundamental para nuestro movimiento.

Para evitar que se desvirtúe el peronismo, hay que combatir los vicios de la oligarquía con las virtudes del pueblo. Los vicios de la oli-

garquía son: en primer término, el egoísmo. Podríamos tomar como ejemplo el de las damas de beneficencia. Hacían caridad, pero una caridad denigrante. Para dar, hay que hacerse perdonar el tener que dar. Es más lindo recibir que dar, cuando se sabe dar, pero las damas trataban siempre de humillar al que ayudaban. Tras la desgracia de tener que pedir, lo humillaban en el momento de darle la limosna, con la que ni siquiera le solucionaban el problema. En segundo lugar, está la vanidad. La vanidad trae consigo la mentira y la simulación, y cuando entra en la mentira y en la simulación, el hombre deja de ser constructivo dentro de la sociedad. En último término, tenemos la ambición y el orgullo con los cuales se completan los cuatro vicios de la oligarquía: egoísmo, vanidad, ambición y orgullo.

Las virtudes del pueblo son: en primer término, generosidad. Todos ustedes habrán advertido el espíritu de solidaridad que hay entre los descamisados. Cuando un compañero de fábrica cae en desgracia, en seguida se hace una colecta para ayudarlo, cosa que no ocurre en otros ambientes. Lo mismo el caso de los obreros y la Fundación. Ellos vieron que la Fundación iba directamente al pueblo, a diferencia de las damas de beneficencia que se guardaban ochenta y daban el veinte de cada cien que recibían, con lo que el pueblo había perdido la esperanza y la fe. ¿Cómo iba a tener prestigio una cosa en la que el pueblo no creía?

CAPITALISMO Y COMUNISMO DOS PELIGROS PARA LA HUMANIDAD *

* *Fragmento de la sexta clase, dictada el 10 de mayo de 1951, sobre HISTORIA DEL PERONISMO.*

El 17 de octubre es una revolución tal que en el mundo no ha habido otra igual. No puede compararse a ninguna otra revolución que la humanidad haya realizado. La revolución del 4 de junio no tiene de peronista nada más que la proclama, porque para nosotros, lo quiero dejar bien aclarado, la verdadera revolución es el 17 de octubre.

Cuando el general Perón quiso hacerse cargo del Departamento Nacional del Trabajo, le hizo llegar ese pedido al señor presidente de la república. En ese momento muchos se rieron de aquella aspiración que consideraron una ocurrencia peregrina; pero como era la primera vez que el coronel Perón pedía algo, por eso lo nombraron. No tanto porque era la primera vez, sino porque pedía algo que ellos creían que era un puesto mediocre, sin importancia y que era cosa de locos pedir el Departamento Nacional del Trabajo. Ellos opinaban así porque no pensaban realizar una revolución integral, sino un cambio de hombres; no pensaban como el general Perón.

El entonces coronel Perón siguió siendo ministro de Guerra por inspiración de sus compañeros, mejor dicho por imposición de los mismos, tal como lo relata el mismo general en sus memorias que transcriben también la distinta forma de actuar de Perón en la revolución del 4 de junio con respecto a la forma como actuaban los demás. Esto nos permite deducir que para Perón las causas de la revolución no eran las misma que para los demás. Tan distintas eran las causas que por dos veces consecutivas Perón tuvo que jugárselo todo y exigir la destitución del presidente de la república. Yo no puedo menos que decir esta verdad que nadie podrá discutir y es que para salvar la revolución y el movimiento, el coronel Perón tuvo que exigir, junto con un grupo de compañeros, el reemplazo del presidente de la república.

Porque Perón había realizado la revolución por causas que no son las que perseguían otros compañeros suyos. Los demás creían que las causas de la revolución eran el fraude y la inmoralidad en la administración pública, y los círculos políticos que no se ocupaban del país, sino de seguir en el gobierno a cualquier precio y a cualquier costa. Perón veía más allá. Si todo hubiese consistido solamente en eso, la revolución hubiese cumplido con el pueblo en muy poco tiempo. Con una simple reforma política se arreglaría todo; pero era mirar el problema muy superficialmente. Si bien era un problema fundamental el fraude con que se había engañado al pueblo por tanto tiempo; si bien era un problema serio para los gobiernos anteriores la inmoralidad administrativa, el problema más serio —y aun el más agraviante para el pueblo— era la explotación del hombre por el hombre y,

por otra parte, la entrega constante de la patria a la potencia extranjera que pagara más. Pero, para desgracia de los argentinos, no sólo se vendía la patria; se rendía pleitesía a las potencias con el solo fin de tener amigos importantes en el extranjero. Eso era más fundamental.

El objeto principal era pues establecer la justicia social, que debía realizarse a pasos agigantados en nuestro país, que estaba atrasadísimo en legislación social. Era necesario dignificar al pueblo argentino y consolidar además la soberanía nacional, que era declamada, pero que no se practicaba ni se realizaba de la manera como la soñaban todos los argentinos de bien. Eso era lo que más preocupaba al general Perón.

Pero el general Perón veía mucho más lejos. Comprendió que la guerra terminaba; que posteriormente a la guerra contra los totalitarismos fascistas, comenzaría en el mundo una nueva lucha entre el capitalismo y el comunismo. Eso advirtió entonces: que el capitalismo era un simple sistema de explotación del hombre, que estaba destinado a ser vencido en el mundo precisamente por eso, y además, por ser imperialismo. Y advirtió también que el único sistema que podía vencer al capitalismo en ese momento era el comunismo, también sistema de explotación del hombre, también imperialismo. Es decir, el capitalismo y el comunismo representaban dos peligros para la humanidad.

Perón había comprobado también que en nuestra patria ambos imperialismos tenían ya sus puntas de lanza. El imperialismo capitalista estaba representado aquí por nuestra oligarquía, las organizaciones económicas, los monopolios internacionales, la prensa, los representantes de los imperialismos capitalistas y los partidos oligárquicos. El comunismo estaba representado por el Partido Comunista, agentes infiltrados en la dirección de todos los demás partidos y algunos dirigentes sindicales, mercenarios unos y engañados otros. También se plegaban al imperialismo comunista muchos obreros a quienes la desesperación echaba en sus brazos.

Y Perón llegó a la siguiente conclusión. Si la revolución quiere salvar realmente al pueblo argentino, no deberá realizar simplemente la reforma política; deberá también llevar a cabo la reforma social que anule la acción del comunismo y la reforma económica que rompa el dominio capitalista. Esto era de vital importancia para la patria. Pueden ustedes ver claramente que, si quisiéramos distinguir las causas del peronismo de las causas de la revolución de junio, deberíamos decir: las causas de la revolución de junio fueron simplemente políticas; las causas del peronismo fueron también políticas, pero fundamentalmente económicas, sociales y patrióticas.

Ya hemos visto cómo actuó el capitalismo en su carácter de causa del peronismo; ahora veremos cómo actuó el comunismo. Es decir, hemos tratado la causa "capitalismo" sintéticamente en la clase anterior, exigidos por el escaso tiempo, pero estoy segura de que todos ustedes conocen bien el punto y saben bien cuáles son las armas poderosísimas, económicas, políticas o periodísticas, que utilizó el capitalismo para destruir el justicialismo, al que consideró casi más peligroso que al comunismo, porque sabe que el justicialismo es el único sistema que llevará la felicidad a los pueblos. De allí que para los capitalistas el justicialismo sea enemigo poderoso, pues si se difundiera en el mundo significaría su derrota definitiva.

El comunismo en el mundo. La historia del comunismo nos permitirá comprender mejor la historia del peronismo. El peronismo y el comunismo se encontraron por primera vez el día que Perón decidió que debía realizarse en el país la reforma social, estableciendo al mismo tiempo que la reforma social no podía realizarse según la forma comunista.

Piensen ustedes que si para hacer la reforma económica Perón tenía que mutilar el imperialismo capitalista, haciendo la reforma social quitaría al comunismo, y a su correspondiente imperialismo algo que ellos consideraban presa muy codiciada: las masas obreras.

Para anular al capitalismo, concibió Perón la independencia económica, y la realizó, porque lo grande de Perón es que no es un teórico, sino un maestro realizador. Para anular la acción comunista concibió la justicia social y también la realizó. Eso es lo grande de Perón. Ha salvado al país de dos fuerzas poderosísimas que oprimían a las naciones y explotaban al hombre. Eso es lo que más le agradecerán las generaciones venideras y nosotros, tal vez por tener el privilegio de estar viviendo en la época de Perón, si es cierto que lo comprendemos, si es cierto que lo seguimos, que lo queremos y lo apoyamos, no lo apreciamos en todo su valor, porque lo tenemos demasiado cerca y Perón es demasiado grande. Perón, con el tiempo y la distancia, se agrandará más aún, si es posible, y las generaciones venideras no terminarán de bendecirlo por haber hecho una obra tan gigantesca, no sólo en bien de la clase trabajadora, sino también de todos los argentinos; y a nosotros nos queda la responsabilidad histórica de consolidar la justicia social o de avalarla, como así también la independencia económica y la soberanía nacional.

Muchas veces ha dicho el general Perón que el capitalismo es la causa del comunismo. Eso no todo el mundo lo comprende bien; sobre todo los capitalistas, pero eso es indudable. Una prueba de ello es que las primeras reacciones obreras de carácter comunista aparecieron en Inglaterra, cuna del capitalismo. Decir que el comunismo nació con Marx, no es una verdad absoluta. Marx solamente interpretó con una doctrina la rebeldía de los obreros explotados. Antes que él ya existía en el mundo el sentimiento de rebeldía comunista y mucho antes que Marx publicara **El Manifiesto Comunista** y **El Capital**, ya existían en Inglaterra sociedades secretas de trabajadores que ya habían realizado las primeras revueltas obreras contra la explotación capitalista, mucho antes que viviera Marx.

En 1817, una sublevación de los obreros algodoneros, en Manchester, había sido sofocada por escuadrones de caballería. En 1824, los obreros ingleses realizaron en todas las ciudades una campaña de agitación; y asómbrense ustedes, para conseguir que se acordase el derecho de votar a todos los hombres mayores de edad, pensando ingenuamente que así lograrían imponerse en la Cámara de los Comunes, y que se redujese la jornada de trabajo de 14 a 10 horas.

Largo sería analizar toda la historia del movimiento obrero mundial antes de Marx y del comunismo, pero esto es para aclarar que antes de Marx ya los obreros habían levantado su grito en contra del capitalismo.

El comunismo fue una forma de la rebeldía proletaria, y por eso tuvo éxito. Los obreros del mundo no entendían las obras de Marx, pero seguían el grito de Marx: "proletarios del mundo, uníos", porque se daban cuenta de que sólo unidos se salvarían de la opresión capitalista. El mismo Marx, ante la crítica de que hacían objeto a su obra, **El Capital**, que era de difícil comprensión y que se la hacían los propios trabajadores, decía: "No hay en la ciencia caminos anchos y sólo pueden alcanzar las cumbres luminosas los que no caigan por la fatiga en los caminos estrechos". Esto está en una carta escrita por Marx a su editor de **El Capital**.

El gran éxito de Marx reside no tanto en haber escrito **El Capital** y el célebre **Manifiesto Comunista**, sino en haber visto que frente al capitalismo, fuerza internacional, sólo podía oponérsele la unión de todos los obreros del mundo. Marx, que vivió muchos años en Inglaterra, en una extrema pobreza, vió que muchos de los obreros ingleses unidos desistían de oponerse a los capitalistas ingleses, exigiéndoles mejores salarios y jornadas de 10 horas, ya que éstos iban a buscar obreros a Polonia y a Alemania. Esto le hizo comprender que el movimiento obrero debía ser internacional y, en 1866, fundó en Londres La Internacional; y Marx personalmente le infundió el sello de sus ideas. En 1866 se realizó el Primer Congreso Internacional Comunista con sesenta delegados. Marx murió en 1883, en Londres, a los 65 años; y en el mismo día Engels escribió: "La mejor cabeza del siglo XIX ha dejado de pensar". Desde entonces millones de hombres y de mujeres han visto en Marx una bandera, e invocando su nombre los obreros han luchado durante un siglo contra el capitalismo. ¡Claro, porque estaban desesperados!

Yo les voy a decir porqué pasaba todo eso; porque frente a Marx, no ha habido términos medios. Solamente nosotros, que no somos capitalistas ni comunistas, que no tenemos porqué odiarlo, porque no estamos en el sector de sus enemigos, no tenemos porqué quererlo ni hacerlo semi Dios, porque no estamos con él ni él es nuestra bandera. Podemos analizar su obra y su figura con serena frialdad, y tal vez, por primera vez, después de su muerte, con una gran imparcialidad.

En el movimiento comunista del mundo debemos distinguir tres cosas: primero, la figura de Marx y su doctrina; segundo, el movimiento obrero; tercero, el imperialismo comunista. Sobre estos tres puntos deseo dar mi opinión porque así podré ubicar mejor el movimiento peronista en la historia.

La figura de Marx y su doctrina. Para nosotros Marx es un propulsor, ya he dicho que vemos en él a un jefe de ruta que equivocó el camino, pero jefe al fin. En él hay dos aspectos fundamentales: primero, el organizador o conductor del movimiento obrero internacional; y, segundo, el creador de una doctrina. Como conductor del movimiento obrero internacional, los pueblos del mundo le deben que les haya hecho entender que deben los trabajadores unirse. Recuerden ustedes que eso mismo repite y repetirá siempre el general Perón a sus trabajadores. Unidos, dice Perón, los trabajadores son invencibles.

Si Marx hubiese hecho solamente eso y si se hubiese dedicado a esa teoría, uniendo a todos los trabajadores del mundo en procura de soluciones justas a sus problemas, su gloria sería indiscutible. Pero lo discutible de él es y seguirá siendo siempre su doctrina; estaba destinada al pueblo y muy pocos hombres del pueblo la abrazaron conscientemente, muchos tal vez incons-

cientemente, sin saber con exactitud de qué se trataba, **más bien como un gesto de rebeldía que como una solución.** Y aquí quiero hacer presente un recuerdo de Italia. Recuerdo que en ese país le decía Togliatti al padre Benítez: [1] "Nosotros no tenemos todavía un plan definitivo para seguir; nuestro gran objetivo es destruir dos siglos de capitalismo; luego vendrá quien construya". La doctrina de Marx es, por otra parte, contraria a los sentimientos del pueblo, sentimientos profundamente humanos. Niega el sentimiento religioso y la existencia de Dios. Podrá el clericalismo ser impopular, pero nada es más popular que el sentimiento religioso y la idea de Dios. El marxismo es además materialista y esto también lo hace impopular. El marxismo es extraordinariamente materialista. Además es impopular porque suprime el derecho de propiedad tan profundamente humano. Pero por sobre todo es interesante destacar que Marx, como conductor de las primeras organizaciones obreras, interpretó el sentir de las masas, y por este hecho lo debemos considerar como un precursor en el mundo. Pero su doctrina, en cambio, es totalmente contraria al sentimiento popular. Solamente por desesperación o desconocimiento de la doctrina marxista pudo el comunismo difundirse tanto en el mundo; **se difundió más por lo que iba a destruir que por lo que prometía construir.** Ustedes pueden comprobar a cada momento que los comunistas no son hombres constructivos; son personas que todo lo niegan: son extraordinariamente demagógicos, porque no tienen responsabilidad y porque jamás piensan en cumplir con sus promesas; prometen y prometen sólo para destruir. "Luego vendrán quienes construyan".

1) Alude al sacerdote **Hernán Benítez,** su confesor, escritor y filósofo.

POR QUE BRADEN PUBLICO EL LIBRO AZUL *

por Juan D. Perón

* *Fragmento del LIBRO AZUL Y BLANCO (Buenos Aires, 1946), publicado en respuesta al BLUE BOOK ON ARGENTINA, difundido por el Departamento de Estado de los Estados Unidos para influir en favor de la Unión Democrática, en vísperas de las elecciones del 24 de febrero de 1946.*

Nadie ignora en la Argentina que la llamada Unión Democrática está respaldada por los órganos representativos de la oligarquía financiera y terrateniente que sostuvieron a los gobiernos fraudulentos y fascistas de Justo y Castillo. Nadie ignora tampoco la vinculación de sus dirigentes con la embajada norteamericana, ni el origen interesado del auspicio que le presta la prensa comercial a sus candidatos. Los nombres que integran la fórmula presidencial pertenecen a personajes del viejo "antipersonalismo" notoriamente vinculado con dichos círculos. Este elenco de políticos gastados en el servicio de intereses antinacionales y de clase, vitalizado por su alianza efímera con el comunismo, es el equipo al que alienta el señor Braden en su empresa de instalar un gobierno que le entregue el manejo incondicional de la Argentina. Por si no fueran suficientes las pruebas de la vinculación estrecha de los dirigentes de la U.D. con el ex-embajador y de las consecuencias que traería para el país su triunfo, bástenos expresar que la plataforma actual del radicalismo del doctor Tamborini ha suprimido la cláusula de "defensa de la soberanía" que subsistía hasta 1937. ¡No era cosa de crear conflictos con los generosos patrones!

Contra esa empresa oligárquica y entreguista, se alza la auténtica tradición democrática argentina, rota por el derrocamiento de Irigoyen, sofocada durante el período del fraude y la anulación de los derechos cívicos y restablecida por la Revolución que desalojó a la oligarquía del poder.

Esta tradición, inseparable del culto por la independencia y la soberanía de la nación, es la que alienta en el gran movimiento cívico que acompaña al líder revolucionario, constituido por los radicales que permanecen fieles a la conducta y al espíritu heredados, por las multitudes trabajadoras de la C.G.T. y el laborismo y por la gran masa de la opinión independiente que determina su posición por motivos patrióticos. La fuerza de este movimiento se puso ya de manifiesto en las jornadas de octubre al desbaratar la maniobra reaccionaria inspirada por el señor Braden. Se impondrá definitivamente en los comicios del 24 de febrero de 1946.

Esta realidad argentina, este enfoque verdadero de nuestro panorama político ha sido ocultado por el señor Braden en sus informes al gobierno norteamericano, violando sus deberes de funcionario. De esa falsedad deliberada ha surgido el "Libro Azul". Movido por su despecho, el señor Braden ha pretendido denunciar la situación argentina como una lucha de la democracia contra una tiranía de tipo "nazi", cuando lo que existe, en realidad, no es otra cosa que una revolución esencialmente democrática contra una oligarquía expoliadora y antinacional, en la que el discrecionalismo gubernativo, que deja margen de libertad amplísimo y el pleno goce de todos los derechos humanos constituye una nueva circunstancia inherente al origen revolucionario del poder.

Ello lo lleva a calificar de "democracias" a las fuerzas sociales y económicas que nos impusieron tres lustros de eclipse de la soberanía popular y de lucha por la libertad, las tentativas de dichas fuerzas para recuperar el perdido predominio, con ayuda de un elenco de políticos dóciles. Para sostener esta posición imposible (que implica la alianza oculta y el auspicio del ex-embajador a las fuerzas fascistas de la Argentina) ha urdido el consabido novelón, fundado en el testimonio, eminentemente tachable, de un encargado de negocios que procedía sin control alguno y que estaba evidentemente interesado en impresionar al gobierno alemán con noticias auspiciosas sobre su propia actuación y la extensión de su influencia y sus vinculaciones. Las constancias del documento han sido ampliamente desmentidas por el gobierno y los particulares afectados. No está de más expresar, sin embargo, que en lo que atañe a los funcionarios argentinos nombrados, la mayor parte de los cargos, de ser ciertos, sólo revelarían un afán encomiable de obtener, por cualquier medio, armamentos y materiales críticos que el país necesitaba entonces con urgencia.

SITUACION POLITICA ANTERIOR AL 4 DE JUNIO DE 1943 *

* *Artículo periodístico publicado con la firma del entonces presidente de la nación, el 13 de junio de 1948. Está tomado de la publicación oficial SEIS ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS DE PERÓN, Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación, Buenos Aires, 1948, pp. 11/20.*

Quien quiera tratar las cuestiones políticas despojándolas de hipocresía, habrá de reconocer que todo el sistema democrático se hallaba asentado en una oquedad, porque lo que en verdad interesaba —y esto ya lo he dicho en otras ocasiones— no era la realidad del régimen sino su apariencia externa. Y lo que es todavía más grave, se quería utilizar la democracia como elemento de coacción de las clases poderosas frente a las clases humildes. Todo el sistema se basaba en la igualdad de derechos individuales; pero como las situaciones económicas son muy dispares, tal igualdad de derechos no pasaba de la categoría de un argumento. Así lo prueba el hecho de que a través del siglo XIX y gran parte del siglo XX, el poder político ha estado en las manos de quienes tenían también la fuerza económica. En la vida pública, la masa proletaria, fuera de los esporádicos movimientos de rebeldía, no ha empezado a pesar en las esferas gubernamentales hasta hace relativamente pocos años y ello de manera bastante débil.

Ciertamente que todos los ciudadanos tenían derechos electorales; pero es igualmente cierto que las clases trabajadoras humildes no los podían ejercer porque su falta de independencia económica les sometía a la voluntad patronal, con lo cual venía a resultar que el patrono, para defender sus intereses frente a los del proletario, contaba con su voto duplicado, triplicado, cuadruplicado o centuplicado según el número de asalariados que tuviese a su servicio. Y todavía, cuando la coacción del hombre no era suficiente a sus propósitos, podía permitirse el lujo de emplear en su provecho y en perjuicio de los trabajadores toda la organización del estado, porque era él quien disponía de ella.

En la Argentina, quizás por la violencia de pasiones de los pueblos jóvenes, ese vicio había alcanzado caracteres bochornosos. El fraude electoral constituía el procedimiento normal de practicar el sufragio. Modestos trabajadores de edad avanzada no habían podido nunca, hasta las elecciones de 1946, emitir su voto porque, llegado el momento, a la fuerza pública se la utilizaba, desvirtuando y deshonrando su función tutelar, para retirar a los obreros y campesinos la libreta de enrolamiento, documento indispensable para votar. Bien se comprende la desilusión de esas masas por el ejercicio de sus derechos políticos. Mas no era esta sola la triste realidad sino que ocurría algo igualmente deplorable. En la Argentina hasta las últimas elecciones ni siquiera pesaba, o pesaba muy poco, la opinión de los partidos políticos. El problema consistía para cada uno de ellos en lograr apoderarse del gobierno. Una vez logrado, la permanencia indefinida en él era bien sencilla, porque a disposición del partido gobernante estaba toda la maquinaria del estado; bastaba apretar un botón para que se pusiese en marcha la organización del fraude electoral, con tal descaro que la institución de la media palabra del presidente saliente había tomado carta de naturaleza en nuestro país, y servía para ungir como sucesor a la persona que el presidente señalaba, porque como él presidía las elecciones, podía manejar a su antojo los resortes del éxito.

También el derecho a la libertad de pensamiento representó en el mundo una conquista de la democracia; pero los usufructuarios del poder tuvieron siempre buen cuidado de mantener a las masas obreras en situación tan mezquina que no les quedase tiempo ni ganas para pensar. Tal era la realidad mundial, y con referencia concreta a la Argentina puedo re-

cordar, para que nadie crea que me complazco en recargar las tintas arbitrariamente, que más de medio siglo después de dictarse nuestra Constitución liberal, se veían los bochornosos casos de los yerbatales chaqueños donde los obreros estaban sometidos a normas peores que la esclavitud, porque el esclavo representaba un bien económico que al dueño interesaba conservar, como hoy le importa conservar una vaca o un caballo, mientras que el asalariado no tiene valor ninguno desde el momento en que se puede sustituir gratuitamente por otro. Si viniendo a años más recientes quisiésemos probar que esa vergüenza subsistió hasta hace muy poco, nos bastaría aludir a la situación de los hacheros en los obrajes y de los trabajadores de la caña y del azúcar en los ingenios.

Bien se comprende que esta realidad no era exclusiva de la Argentina ni de América, porque otra muy similar se podría señalar en plena era democrática aún en aquellos países que más se jactan de serlo. Puede decirse que los métodos de libertad y de democracia, no han sido incompatibles con la explotación del hombre por el hombre. La circunstancia de que el desarrollo del maquinismo y la consiguiente expansión industrial coincidió con el auge de la democracia, ha hecho que sea precisamente en ese período cuando más crueles manifestaciones haya tenido el trabajo de mujeres y niños, así como las condiciones de duración, salubridad, retribución, etcétera, etcétera. Si malo era el espectáculo de nuestros yerbatales no era mejor el de las tejedurías inglesas o el de las minas belgas.

No es de extrañar que siendo ésa la situación política argentina, las masas trabajadoras no mostrasen un entusiasmo decidido en la defensa de unas instituciones que, pese a su democratismo aparente, no servían para llenar sus necesidades económicas y sociales. En verdad tampoco llenaban ninguna otra necesidad, porque ni el Poder Ejecutivo realizaba obra ninguna, ni el Congreso actuaba seriamente, ni la justicia procedía con eficacia. Todo era un juego de pasiones sin grandeza y de intereses minúsculos. Ni ideas nobles —aunque fuesen equivocadas— ni aspiraciones elevadas. Régimen colonial en lo económico y de vasallaje en lo cultural. Ni siquiera conciencia de una posición internacional argentina.

Así, por ejemplo, cuando ahora se quiere zaherir al actual gobierno argentino, se le acusa caprichosamente de totalitario y de germanofilia; pero para ello tienen que olvidar los impugnadores estas dos cosas: que ha sido precisamente mi gobierno el que ha definido su posición internacional al lado de las Naciones Unidas; y que fueron los gobiernos anteriores a 1943 los que, sin abandonar el rótulo democrático, apoyaron a las naciones totalitarias e hicieron posible que en nuestro territorio se asentasen las organizaciones de ese tipo. La ficticia democracia servía para encubrir la mercancía totalitaria. Me sería fácil aducir casos concretos corroboradores de mi aserto.

Nuestro régimen se desmoronaba rápidamente y había de caer sin pena ni gloria al mínimo empuje de cualquier fuerza organizada, militar o civil. Circunstancias cuyo examen no importa en estos momentos, hicieron que el instrumento de la demolición fuese el movimiento militar del 4 de junio de 1943. Ya veremos cuál era su contenido, por lo menos en mi pensamiento y en mi actuación. Mas pese a que en la proclama del 4 de junio se limitaban sus autores a señalar la necesidad de terminar con las corruptelas de la administración y de defender las auténticas libertades argentinas, es lo cierto que toda la opinión pública, quizás salvo muy contadas excepciones, acogió el movimiento con calor y simpatía, sin preocuparse demasiado de su contenido democrático o antidemocrático. Repase quien quiera lo que se dijo en los periódicos y lo que se calló individualmente y se podrá advertir cómo en un primer momento se tuvo la sensación de liberación, que no en todos era desinteresada. ¿A qué obedeció dicha cooperación tácita? De una parte a convencimiento unánime de que la situación existente tenía que terminar; y de otra a que cada grupo político se juzgó un poco beneficiario de la sucesión.

Adueñados del poder por el fraude los conservadores (no importa que el penúltimo Presidente se titulase radical) [1] y, próxima una nueva elección, nadie dudaba de cuál sería su resultado. Ahora es muy fácil, al amparo de una amnesia intencionada, hacer la crítica encarnizada de los sucesos, pero en aquellos momentos los radicales y los socialistas vieron en la revolución el instrumento que ponía fin al conservadorismo asentado en el poder y creyeron fácil unirse a los triunfadores de una rápida sustitución. El sentimiento ideológico no pesó en ellos para nada. Sólo se acordaron de la constitución que decían vulnerada y de las instituciones suspendidas en su funcionamiento, cuando se dieron cuenta de que la sucesión no era rápida y de que podía no producirse a su favor. Así, se ha dado la curiosa paradoja de que los denodados paladines de la democracia avasallada, en las elecciones del año 1946 lo que les ha dolido ha sido su pureza porque las

fuentes del fraude, tan a gusto manejadas por ellos, habían sido cegadas.

Por si todo ello no fuese bastante, los entonces partidarios y luego opositores se encontraron con algo que no les podía gustar, porque en materia social radicales y conservadores venían a ser lo mismo. De ahí que si yo no hubiese creado la Secretaría de Trabajo y Previsión y no hubiese iniciado la política de apoyo a las reivindicaciones de los trabajadores, el 90% de la oligarquía opositora habría seguido apoyando a la revolución y colaboraría con el actual gobierno constitucional.

Puedo asegurar que yo no he visto nunca el movimiento del 4 de junio como un medio de saciar apetitos sacando del poder a un partido para poner a otro, sino como el único procedimiento de restablecer el imperio de nuestra constitución violada por los gobernantes anteriores a dicha fecha, y de implantar sobre las ruinas de una democracia mentida, los cimientos de una democracia auténtica. Ya se comprende que desde 1943 a 1946 he sido reiteradamente tentado para adueñarme del poder y ejercer una dictadura y lo he rechazado incluso cuando el 17 de octubre me vi aclamado por las muchedumbres enfervorecidas. ¿Son muchos los políticos argentinos que pueden decir otro tanto y atribuirse una tan limpia ejecutoria democrática?

En el aspecto político, la revolución del 4 de junio cumplió debidamente su misión al terminar con un sistema y con unas normas que ya no se podían sostener sin grave daño del interés nacional. Actuó de barredera para dejar libre y expedito el camino del retorno a la constitución sin falseamientos y sin privilegios de clase. Sólo con eso se hace acreedora a la gratitud del pueblo.

Si luego en el aspecto constructivo durante el período de gobierno de facto no todo marchó fácilmente y aun surgieron serios tropiezos, fue debido al hecho inevitable, a que he aludido al principio, de que la interpretación y los fines de la revolución no son homogéneos ni siquiera entre los revolucionarios. Puedo hablar de esto porque aparte de otras manifestaciones de conocimiento público, esas diferencias dieron lugar incluso a mi separación del gobierno y a mi detención en la isla de Martín García.

Pero la revolución fue útil también para despertar la conciencia de las masas merced a la labor de la Secretaría de Trabajo y Previsión, obra de la que me enorgullezco, porque ella sirvió, en el aspecto social, para llevar a los trabajadores la confianza en su porvenir y la fe en la justicia; y en el aspecto político para hacer ver a esos mismos trabajadores que la reivindicación de sus derechos podía obtenerse sin necesidad de acudir a ideologías extremistas que la inmensa mayoría del pueblo argentino repudia abiertamente.

Por último, la revolución cierra sus actividades con un broche glorioso, porque por primera vez en la Argentina se celebran unas elecciones libres y sinceras a las que acuden entusiastamente todos los ciudadanos, sin exclusión de los más modestos. Si un hombre público puede sentirse satisfecho por la adhesión popular, pocos habrán sentido esa satisfacción tan hondamente como yo.

---

1. Alude a Roberto M. Ortiz, radical "antipersonalista", o sea del sector "alvearista" que se prestó al derrocamiento de Irigoyen.

SITUACION SOCIAL ANTERIOR AL 4 DE JUNIO DE 1943 *

* *Publicado el 14 y 15 de junio de 1948. Tomado de SEIS ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS DE PERÓN, Subsecretaría de Información de la Presidencia de la Nación. Buenos Aires, 1948, pp. 21/41.*

En la Argentina apenas existía una conciencia obrera ni un sentimiento sindical bien arraigado. El trabajador argentino, por razones de formación y de procedencia, era fuertemente individualista, y la agremiación, salvo para contados oficios, carecía de eficacia y casi de realidad. Ese desamparo de los trabajadores se encontraba acentuado por el hecho de que todos los partidos políticos, incluso el socialista, y aun principalmente el socialista, eran de tipo burgués y rechazaban abiertamente toda relación con los organismos sindicales.

Únicamente así se explica que, contrariamente a lo que sucedía en Europa, el Partido

Socialista no tuviese su apoyo en las masas obreras, hecho que queda corroborado en las últimas elecciones, ya que la masa obrera del campo y de las ciudades se vuelca íntegramente en el Partido Laborista, y el socialismo tiene que ir a buscar los suyos en las clases capitalistas mediante la alianza o, mejor dicho, el contubernio con los elementos patronales y capitalistas.

Si a esto se añade el bajo nivel de vida que tenían los trabajadores y su desesperanza por alcanzar las condiciones que en justicia le eran debidas, se advertirá a qué obedece su entusiasmo por la Secretaría de Trabajo y Previsión.

Cuando mis opositores se refieren a estos problemas, sacan a relucir la obra que sus partidos han realizado en materia social. Como no me ciega la pasión, he de reconocer que, en efecto, en la Argentina, existían leyes similares a las de otros países en materia de reparación de accidentes, de protección al trabajo de mujeres y niños, de duración de la jornada, etcétera. Es decir, los trabajadores contaban con un sistema de leyes protectoras hechas, en cierto modo, contemplando los intereses capitalistas. No digo con esto que fuesen malas, limitándome a señalar que eran insuficientes y que no se ajustaban al panorama que la conmoción mundial hacía vislumbrar. No se trata ya de proteger a los obreros, sino de reconocerles el derecho a una vida digna, así como a la igualdad, a la verdadera igualdad, en las relaciones del trabajo. Posiblemente fue ésta la mejor obra que he impulsado. Así, mientras en los organismos anteriores a la creación de la Secretaría los trabajadores tenían en los organismos oficiales del trabajo una posición incómoda, la Secretaría de Trabajo y Previsión les abrió las puertas de par en par y logró que en los conflictos del trabajo la paridad dejase de ser una palabra para convertirse en una realidad.

Esto es lo que la oligarquía desplazada no me ha perdonado nunca y en tanto ella esgrimía como único argumento de combate mi supuesta demagogia, las masas obreras seguían su camino al amparo del apoyo encontrado en los organismos del estado. Todo esto explica que el 17 de octubre, cuando el elemento trabajador me creyó víctima de una injusticia, se lanzase a la calle y restableciese con empuje formidable la situación política a su lugar adecuado. Y explica asimismo que en las elecciones del 24 de febrero, toda la población trabajadora votase mi candidatura.

....

El alcance y, principalmente, el significado de la reforma social que se está operando en la Argentina, podrán apreciarse más fácilmente si se tienen en cuenta unos cuantos antecedentes de universal conocimiento.

La Argentina vino a dar en nación independiente recién comenzado el siglo XIX. Sus mejores hombres dedicáronse a la tarea de estructurar políticamente la nueva nación que surgía a la faz de la tierra. El pueblo se entregó con pasión a tan noble afán.

Mientras esto ocurría dentro de nuestras fronteras incipientes, otros países supieron, o pudieron conciliar el ejercicio de dos actividades bien dispares: la lucha política y el progreso industrial. Conocido es el provechoso resultado obtenido por los capitalistas de gran número de países. Pero las artimañas de los capitalistas de otros países fueron aprendidas por quienes explotaban nuestras industrias rurales. Cayó entonces sobre el trabajador criollo, nuestro abnegado "peón de campo", y hasta muy entrado el siglo actual, el rigor de las organizaciones capitalistas internacionales. El "peón de campo" ha estado sujeto a la omnímoda voluntad del dueño del establecimiento. El "patrón" supo reeditar todos los privilegios del feudalismo medieval, pero tuvo la habilidad de eludir los compromisos que el "señor" estaba obligado a guardar con sus "mesnadas". La "técnica industrial" enseñó a nuestros feudales del siglo XX que podían servirse a su antojo del "peón y su familia" con sólo pagarle un "salario" al término de la quincena o a fin de mes. No importaba la cuantía del salario con tal que alcanzara el límite mínimo que les impidiese morir de hambre. ¿Qué hay excepciones? ¡Naturalmente! Pero lo que aquí se expone es un estado social.

En 1914 comienza en la Argentina el proceso de industrialización. Entre 1923 y 1930 se acentúa su ritmo; recupera su valor ascensional poco después y, por último, marcha decididamente hacia adelante merced a las necesidades impuestas por la guerra que estalla en 1939. A medida que surgían problemas industriales, y concretamente, conflictos de trabajo o discordias entre patronos y obreros, se siguieron, por comodidad y rutina, las huellas marcadas por otros países que nos habían precedido en las etapas de gestación y desarrollo del maquinismo y consiguiente evolución de los magnos conceptos que informan la estructura, los engranajes y los procedimientos funcionales del complicado mecanismo económico de los estados modernos.

Es decir, que en el preciso momento en que iban entrando nuevas ideologías sociales, nuevas formas de vida, nuevos sistemas jurídicos para regular los servicios del capital financie-

ro, nuevos métodos para imponer individual o colectivamente la voluntad de los trabajadores, nuevas intentonas para provocar la lucha de clases con ulteriores finalidades de predominio político por parte de los partidos proletarios protegidos o inspirados por las organizaciones internacionales de lucha, es cuando la Argentina, teniendo en sus manos la posibilidad de ser el país que tomara la orientación rectora de la tradición humanística, base insustituíble y raíz imperecedera de su soberanía política y de su libertad económica, se limita a traducir algunas disposiciones legales del tipo social. En el país de origen, quizá hayan producido excelentes resultados tales medidas, pero injertados sus preceptos a nuestras modalidades peculiares, en vez de mejorar las condiciones de trabajo y de vida de los trabajadores, extendieron la proletarización a capas cada vez más extensas. La política de mimetismo seguida por todos los poderes del estado, tomando leyes de cualquier país para resolver al azar un problema nacional, nos dio, además de unos textos plagados de galicismos, anglicismos y otros muchos barbarismos, una falsa conciencia social, un descreimiento absoluto en el imperio de la justicia distributiva y un lamentable desvío hacia las formas más extravagantes de conducir hombres y gobernar pueblos.

Negado el derecho a una retribución mejor o a una reparación equitativa en caso de accidente de trabajo o enfermedad profesional; desconocido el derecho a las indemnizaciones por ruptura arbitraria del contrato de trabajo, a una jubilación que permitiera siquiera subsistir, a unas pensiones que asegurasen un decoroso pasar a los familiares o a poder habitar casas higiénicas y a precio moderado, ¿qué camino quedaba a nuestros obreros?

La casi totalidad de patronos de todas clases, industriales y rurales, argentinos o extranjeros radicados en nuestra patria, afirmaban (¡y aún algunos siguen diciendo!) que **pretender tales "absurdos" equivale a proclamar las más atroces monstruosidades de la anarquía y fomentar la más espantosa subversión social.** Y también es dable escuchar, aún en nuestros días, que raya en espantosa demagogia y en la más cruel tiranía el gobernante que implanta un régimen jurídico que llevando a los trabajadores por cauces pacíficos les conduzca al disfrute de tan elementales derechos.

Se comprende, pues, que el estado, en uso del deber irrenunciable de propender al bienestar general, haya tenido que salir a la defensa de los que carezcan de todo, incluso del derecho a que se les escuchara en sus demandas, pues ningún organismo ni oficina del estado atendía sus reclamaciones. Y no se incurra en el sarcasmo de aducir que esa función la cumplía el extinguido Departamento Nacional de Trabajo porque, aparte de ser su jurisdicción local para la ciudad de Buenos Aires exclusivamente (lo que equivale decir que las tres cuartas partes de los habitantes del país quedaban al margen de su actuación), cabe afirmar que sus autoridades se veían constreñidas a sujetar su acción a las orientaciones restrictivas emanadas del ministerio político, siempre dócil a las sugestiones, insinuaciones e indicaciones de los grandes consorcios capitalistas. ¡¡¡Ésta es la absoluta verdad!!!

Comencé, tan pronto tuve la posibilidad de hacerlo, por crear la Secretaría de Trabajo y Previsión, animándola de una ilusión: realizar el bien al mayor número de trabajadores, dotándola de una consigna: trabajar noche y día hasta lograr el anhelo acariciado; señalándole una misión trascendental a cumplir concretada en los tres postulados siguientes: dignificar el trabajo, humanizar el capital, elevar la cultura ciudadana; dándole los medios necesarios para su desenvolvimiento; incorporándole el calor de las masas trabajadoras que siempre había sido despreciado cuando no temido por el estado y sus burócratas; marcándole un programa de realizaciones concretas de ejecución posible; exigiendo a funcionarios y empleados una lealtad a toda prueba y, por último, infundiendo a las masas trabajadoras una fe y una confianza en que sus deseos se verían colmados.

Y así empezó a trabajar la auténtica "Casa del Trabajador". La labor realizada en cuatro años no ha sido escasa. Los objetivos y finalidades a alcanzar que, al formularse en 1943 pareció que excedían las posibilidades de la Secretaría de Trabajo y Previsión, integraron luego el Plan de Gobierno que, ya en funciones de presidente de la nación, sometía al Honorable Congreso el día 21 de octubre de 1946. La mayor parte de las previsiones, principalmente aquellas que no requieren la aprobación de una ley especial para ser llevadas a la práctica, han sido puestas en ejecución.

¿Y cuáles son las mejoras reales obtenidas por los obreros? Haciendo a un lado detalles que corresponden a un determinado gremio o a cierta zona económica especial, los beneficios reales obtenidos por los obreros argentinos pueden concretarse así:

1. — Aumento efectivo del salario con respecto al promedio del año 1943 .... 73,1%

2 — Proporción que sobre el nivel actual de salarios representa el aporte patronal para pagar:

a) —Aguinaldo 8,33%
b) —Ampliación ley de despido 5,83%
c) —Jubilaciones .... 11,—%
d) —Vacaciones pagadas .. 5,—%
e) —Régimen de aprendizaje .... 1,—%
f) —Fiestas nacionales pagadas 1,67%

Traducido a un lenguaje más comprensible puede decirse que por cada 100 pesos que en 1943 ingresaban a la economía obrera, hoy día ingresan 229 pesos con ochenta centavos.

Estos beneficios son los que tienen un carácter general determinado casi siempre por preceptos legales. Pero existen otras ventajas derivadas de los convenios colectivos que rigen la mayor parte de los establecimientos, como son:

a) —Salario familiar.
b) —Medio salario complementario en caso de accidente.
c) —Salario por enfermedad común.
d) —Indemnización por días de huelga.

Todos estos conceptos se estiman en más del 4%, quedando subsistente la indemnización doble por despido que representa un plus de más del 5%.

Si hiciese falta otra prueba de la mejor situación actual de la clase obrera podría encontrarse incluso en un dato negativo, cual es, que la producción media por obrero ha descendido del nivel de 100 en 1943 al nivel 89,2 que se registra en la actualidad. El factor principal (puesto que existen otros de tipo político) en esa merma del rendimiento de trabajo, está representado por los crecidos salarios que permiten al trabajador disminuir el ritmo de su producción sin que se resientan sus posibilidades de vida. Cuando señalamos esa realidad como prueba del bienestar económico del proletariado, no dejamos de advertir la necesidad de poner un correctivo a la situación como medio de proteger el interés colectivo de la nación.

No debo olvidar tampoco la "Declaración de Derechos del Trabajador" hecha en acto público ante desbordante asamblea que sintetiza los fundamentos doctrinales y prácticos de la reforma social argentina, no limitada a la simple relación contractual entre patronos y trabajadores sino extendida a los amplios campos de la higiene, de la medicina, de la cultura, del aprendizaje y formación profesional, del descanso y turismo al alcance del pueblo, de la asistencia social, del transporte barato, protección familiar y otros medios que tienden a hacer lo más felices posible a los argentinos en los órdenes espiritual y material.

De cuanto antecede es fácil colegir que cuando las masas obreras se percataron de que sus derechos eran reconocidos, sus reclamaciones atendidas, sus aspiraciones satisfechas, se volcaron definitivamente al movimiento salvador. Ahí hay que buscar la explicación del porqué me he visto no sólo acompañado por los hombres de trabajo sino que entre la "**masa sufriente y sudorosa**" y yo se hayan tendido los estrechos lazos de cariño que nos unen por encima de las contingencias políticas. Pero esto, que tanto me halaga y que hace rebosar de gratitud mi corazón, por mucho que signifique en el terreno de los afectos no bastaba para impulsar y sostener las reivindicaciones obreras.

Era preciso dar a este movimiento reparador de tantas injusticias el cauce legal que también había sido negado, o, por lo menos, regateado a los trabajadores; el derecho sindical, el derecho de agremiarse libremente. De esta manera se encauzaba el movimiento dotándole de la organicidad necesaria dejando a salvo la libertad individual de asociarse o no, según la espontánea determinación de su conciencia. Porque en este terreno de la conciencia ni yo ni nadie de mi gobierno ha entrado ni permitiré que nadie entre jamás. Con igual respeto que los convencionales del año 1853, creemos nosotros que las acciones privadas de los hombres que de ningún modo ofenden al orden y a la moral pública están sólo reservadas a Dios. Pero igualmente creo, como dice la constitución nacional en su artículo 19, conviene que no perjudiquen a un tercero. Si ello ocurre, corresponde al estado intervenir para reparar el agravio y restablecer el imperio de la ley.

Cuando en octubre de 1945 fue promulgado el decreto que estableció el régimen sindical, alcanzó gran boga la falsa imputación de que tenía un alcance totalitario Nada más inexacto.

El régimen sindical de tipo totalitario se caracteriza esencialmente por la prohibición de que existan asociaciones profesionales que no estén autorizadas e intervenidas por el estado. No cabe, en consecuencia, dentro de tal régimen la libertad de asociación. En cambio, el Decreto 23.842/45, no sólo no hizo eso, sino que estableció un régimen de asociación profesional libre, lo que no es incompatible, ni siquiera nuevo en la Argentina, con la concesión de determinadas ventajas, a las agrupaciones que reúnan determinados requisitos. Precisamente,

el artículo 1º ya determina que la **asociación profesional puede constituirse libremente y sin necesidad de autorización previa**, siempre que su objeto no sea contrario a la moral, a las leyes y a las instituciones fundamentales de la nación. Este tipo de asociación profesional, que ni siquiera autorización previa necesita para su constitución, **puede actuar libremente en el cumplimiento de sus fines con la sola condición de inscribirse en un registro especial** a cargo de la Secretaría de Trabajo y Previsión.

Esa inscripción no representa ninguna norma de absorción de los sindicatos por el estado, sino una precaución de orden elemental, como lo prueba el hecho de que igual requisito ha sido establecido con carácter obligatorio por la legislación de casi todos los países democráticos.

Ahora bien, en la legislación argentina las asociaciones profesionales que obtengan la personería gremial otorgada por la Secretaría de Trabajo y Previsión, disfrutan de ciertas prerrogativas, como son el derecho a reunirse en local cerrado sin recabar permiso previo y, sustancialmente, la defensa y representación ante el estado de los intereses colectivos e individuales de los asociados, la colaboración con el estado como órganos técnicos y consultivos en el estudio y solución de los problemas concernientes a la profesión y el establecimiento de convenios colectivos de trabajo. Esta diferencia de trato entre unas y otras asociaciones es lógica y se deriva del hecho de tener o no personería. En el orden civil ocurre exactamente igual, porque la asociación que tiene reconocida personería jurídica puede actuar en forma vedada a las asociaciones civiles que carezcan de tal personería, y tampoco cabe señalar que la norma totalitaria derive de una concesión de exclusividad en la personería gremial a favor de un sindicato determinado, porque conforme a lo dispuesto en el artículo 9º cualquier asociación puede obtener la personería gremial, aun cuando otra la esté disfrutando, con sólo probar que tiene mayor número de afiliados.

Bien se comprende que esta norma va encaminada a favorecer las grandes asociaciones que defienden mucho mejor los intereses profesionales y a evitar que pequeños grupos, muchas veces en connivencia con la parte patronal, puedan entorpecer la marcha y la actuación de los verdaderos sindicatos. Para que se vea hasta qué punto la imputación en ese aspecto sería carente de razón, bastará exponer un ejemplo aleccionador. En España, durante cierto tiempo, las masas obreras de tendencia izquierdista lucharon por la sindicación obligatoria **única** frente a la sindicación **libre**, sin que a nadie se le ocurriese sostener que era aquélla la norma totalitaria. Trátase de conceptos distintos, cada uno de los cuales ofrece su pro y su contra, pero que no significan una posición política determinada, mucho menos cuando no sostiene ya nadie con sentido común que los problemas sociales y económicos se pueden resolver en base a conceptos de una libertad fisiocrática. El intervencionismo del estado en tales cuestiones se aplica cada día más dentro de los regímenes democráticos.

Para la mejor comprensión de cuanto antecede, juzgo oportuno sintetizar en unas pocas palabras la esencia de mis más íntimos pensamientos y sentimientos sobre las cuestiones sociales, para que quien analice la reforma social argentina de buena fe y con ánimo de comprenderla vea cuán lejana está de toda teoría que esté o haya podido estar de moda en cualquier país del mundo. Si hay coincidencia de palabras, díganlo los gramáticos; y, si hay coincidencia de aspiraciones no habré de renegar de ellas porque un señor o un sistema político también las haya sostenido antes que yo. Para proseguir su defensa me basta el convencimiento de que su realización beneficia a los trabajadores de mi patria y es favorable al progresivo ascenso nacional. Lo demás son suspicacias que pueden entretener los ocios de quienes la voluntad popular ha desalojado de las posiciones que no supieron aprovechar para beneficio de la comunidad argentina. Ni yo ni los hombres que componen mi gobierno entendemos de maquiavelismos ni torcidas intenciones. Queremos la felicidad de nuestros conciudadanos y procuraremos dárselo prescindiendo de las interpretaciones más o menos capciosas que quiera darse a nuestras palabras y a nuestras obras.

La reforma social argentina se basa en los principios constitucionales de libertad dentro de la ley y del orden, supeditando la libre determinación de los hombres a las normas éticas y jurídicas que garanticen una sana convivencia. En este orden de ideas se respeta la propiedad privada al paso que se estimula al hombre que trabaja a mejorar su situación, con el fin de extender la riqueza hacia capas más densas y hasta hoy alejadas del más mínimo bienestar. El estado ha de ejercer su función tutelar sobre todos los habitantes, dedicando atención preferente a las clases menos protegidas y capacitadas. Y por encima de todo ello, considero misión esencialísima del gobernante procurar por todos los medios el exterminio del odio en los corazones y de la violencia en la acción.

Mis lectores dirán si con estas ideas el pueblo argentino orienta su rumbo hacia la paz, la fraternidad y el progreso, o se dirige a las simas de oscurantismo y de la tiranía

PLAN MARSHALL, AZOTE DE LA ECONOMIA LATINOANERICANA*

por "DESCARTES"

* *Durante su presidencia Perón dio a conocer su pensamiento en materia política, económica y social en relación con Estados Unidos y viceversa, mediante artículos periodísticos breves publicados en el diario* Democracia, *firmados por "Descartes" un seudónimo cuyo origen no fue misterio desde el primer momento. La totalidad de ellos fue compilada luego. La presente crónica, de 19 de abril de 1951, está extraída de esa compilación, titulada* Política y Estrategia (No ataco, critico), *pp. 69/71. No tiene pie de imprenta reconocida, pero fue indudablemente una publicación oficial.*

La economía no puede circunscribirse al despojo de los demás por el sistema colonial o el régimen capitalista. Ambos conducen al comunismo, como que son su causa.

Los imperialismos han obrado con habilidad, pero no con inteligencia. El capitalismo, a su influjo, obró con crudeza, pero no con habilidad.

Los imperialismos han hecho su política con la economía, o bien su economía con la política. Por eso el imperialismo económico termina dominando políticamente a los países que sojuzga, formando su imperio de amenaza, coacción y "castigo económico". El imperialismo político lleva su dominio integral al despojo económico en beneficio de la metrópoli. Ambos sistemas combinados han sido el camino del coloniaje moderno.

Por eso, cuando nosotros declaramos la independencia económica, estamos desmembrando un imperio, aun cuando no nos demos cuenta de ello.

Se atribuye a Disraeli la afirmación: "No existen enemigos ni amigos permanentes; existen intereses permanentes". Si el imperialismo, en vez de saquear a las naciones y explotar a los pueblos y a los hombres, los hubiera desarrollado y ligado a sus intereses, la atcualidad sería otra. Llevados por la avaricia y el egoísmo, sacaron el provecho inmediato del despojo y no pensaron en las conveniencias de un futuro mediato. Hoy los pueblos expoliados y escarnecidos no quieren reaccionar ante un peligro anunciado, porque más temen al dolor y sufrimiento presentes. La ruina de la metrópoli, para muchos de ellos, lejos de representar un peligro, puede significar una liberación. No están ligados a su destino, y sus objetivos no son comunes, como no es común su suerte.

Parecería inútil insistir en que la codicia despiadada del imperialismo para sojuzgar naciones y la avaricia del régimen capitalista en la explotación inhumana de los pueblos y de los hombres han sido las causas de todos los males que azotan al siglo xx, incluso el comunismo.

Norteamérica ha rehusado sistemáticamente colaborar con Latinoamérica en un plan orgánico de explotación e industrialización de sus recursos. Impidió la realización de la Conferencia Económica de Buenos Aires, impuesta como condición para efectuar la de Río de Janeiro. Su llamada colaboración económica fue siempre esporádica y circunstancial en provecho de sus directos intereses económicos y políticos.

El Plan Marshall fue un verdadero azote para la economía latinoamericana. Cerró toda posibilidad de colocación de sus excedentes, ante un verdadero "dumping" hecho por Estados Unidos. Esto constituyó, para países como el nuestro, con extensión o sin ella, una verdadera agresión a su economía, que provocó grandes dificultades en 1948.

Ahora que las papas queman se requiere la solidaridad de la economía latinoamericana, como ocurrió en Chapultepec, Río de Janeiro, Bogotá y en la última reunión de cancilleres. Hasta ahora se han recibido sólo expresiones de buena voluntad; pero, pasado el momento crítico, todo queda en la nada, aunque sí cubierto el interés político y económico de Norteamérica.

Ni los sistemas ni los hechos permiten forjarse ilusiones. La dura escuela de la experiencia nos aconseja confiar sólo en nuestra propia ayuda. En esta emergencia no somos precisamente nosotros quienes necesitamos ayuda.

Tenemos lo que otros precisan. Necesitamos lo que otros tienen. Si nos ayudan, ayudaremos.

La cooperación nunca ha sido cuestión de palabras, sino de hechos.

LOS PASOS PREVIOS -Y SIGUIENTES- DE LA REVOLUCION DEL 4 DE JUNIO DE 1943 *

* *Tomado de declaraciones formuladas al periodista Tomás Eloy Martínez. Se publicaron en el semanario PANORAMA (Año VII, nº 155, 14 de abril de 1970, pp. 24/25, Buenos Aires). El trozo seleccionado parte del regreso de Perón a la Argentina desde Italia, en 1942, adonde había sido enviado en misión militar en vísperas del estallido de la segunda Guerra Mundial; finaliza en el trámite previo a las elecciones del 24 de febrero de 1946, que lo consagrarán presidente de la nación.*

AÑOS DE REALIZACIÓN

A mi regreso, en una reunión socreta, informé lo que había visto. El ministro me encontró razón; pero los otros generales cavernícolas, que pretendían convertir al ejército en una guardia pretoriana, me acusaron de comunista. Se resolvió sacarme de circulación: fui a parar a Mendoza, como director del Centro de Instrucción de Montaña. Allí pasé ocho meses, hasta que me nombraron en la Inspección de Tropas de Montaña. Fue entonces cuando se presentaron ante mí ocho o diez coroneles jóvenes, que habían escuchado mi conferencia secreta y me ofrecían su adhesión. "No hemos perdido el tiempo", me dijeron. "Hemos organizado en el ejército una fuerza con la cual podemos tomar el poder en 24 horas." Era el GOU, Grupo de Oficiales Unidos. En aquel momento estaba por elegirse a Robustiano Patrón Costas como presidente, en uno de esos "fraudes patrióticos" que preparaban los conservadores en nuestro país.

Los coroneles me dieron un susto de la madonna: era el destino el que se me ponía por delante. Les dije: "Muchachos, espérense. Tomar el gobierno es algo demasiado serio. Con eso no se puede jugar. Denme diez días para pensarlo." Ellos querían que, luego de tomado el poder, yo me ocupara del aspecto político; lo administrativo iba a correr por su cuenta.

Me concedieron, al fin, los diez días de plazo. Lo primero que hice fue llamar a Patrón Costas, con quien teníamos amigos comunes. Lo invité a pasar por casa: allí se quedó cinco horas hablando conmigo. Era un hombre inteligente. Comprendió mis explicaciones sobre el nuevo giro que tomaban las cosas en el mundo con gran penetración y rapidez. Le dije que no aceptara la candidatura presidencial porque no llegaría a la elección, o, en el caso de que llegara, lo iban a sacar del puesto en seguida. Tan convencido quedó el hombre luego de hablar conmigo, que hasta me dio la impresión de que quería acompañarme. Algunos de sus amigos lo hicieron: don Ramón Cárcano, por ejemplo, se mandaba en Trabajo y Previsión unos discursos más incendiarios que los míos; también nos sorprendió don Joaquín de Anchorena, que trabajó con nosotros. Casi toda el ala juvenil del Partido Conservador se puso de mi lado. Entonces me dije: si éstos, que son los duros, me comprenden, hay que intentar con los demás.

Llamé entonces a los radicales; se presentaron los miembros de la Junta Renovadora, que eran la juventud del partido. Los viejos carcamanes no se interesaron. Tomé también contacto con los socialistas: hablé con el doctor Enrique Dickmann, un hombre extraordinario; él me mandó a todos los muchachos que le respondían: al hijo de Mario Bravo, a Puiggrós, a la gente joven.

El peronismo se fue formando, así, con hombres de distintas extracciones. En la fase preparatoria de la revolución contamos con conservadores como Solano Lima o Jerónimo Remorino, que había sido secretario de Julio Roca en Córdoba; otros, socialistas-marxistas como Bramuglia y Borlenghi; anarco-sindicalistas como Santín. Cuando vi que el apoyo era grande, llamé al grupo de coroneles y les dije que, en efecto, algo se podía hacer. Toda revolución implica dos hechos: el primero es la preparación humana, el segundo la preparación técnica. De la preparación humana se encargan un realizador y cien mil predicadores. Para la otra hay que formar un organismo de estudio que fijará los objetivos ideológicos y políticos de la revolución y preparará los planes para realizarla.

Luego de esta explicación, los muchachos dijeron: "Está bien. Tomaremos el gobierno." Eligieron tres generales, por una cuestión de deformación profesional (en el ejército siempre queremos llevar un general al frente). Los tres

(Arturo Rawson, Pedro Pablo Ramírez, Edelmiro J. Farrell) eran cabestreadores, buena gente, pero a medida que fracasaban tuvieron que irlos sacando: así tuvieron que dejar finalmente al general Farrell, que era ministro de Guerra. Su ascenso dejó acéfalo el ministerio: entonces me obligaron a aceptar el cargo, diciéndome que no podían entregárselo a cualquiera. Yo exigí que, simultáneamente, me nombraran presidente del Departamento Nacional de Trabajo, un organismo oscuro e intrascendente del que nadie se acordaba. Pero ésa era la palanca que yo necesitaba para la preparación humana de la revolución. Lo convertí en Secretaría de Trabajo, lo instalé en el antiguo Concejo Deliberante de Buenos Aires y me puse a trabajar. Comencé a formar predicadores: llegaban mil, y les hablaba; llegaban diez mil, y les hablaba; llegaban tres, y lo mismo. Eso fue penetrando. En poco tiempo, el país entero estaba movilizado a base de predicadores que actuaban en los estamentos donde podíamos entrar. El más permeable fue el estamento sindical, que estaba tan dejado de la mano de Dios.

A fines de junio del 44 convoqué a los que dirigían la predicación, y les dije: "Vamos a ver si lo que hemos hecho en estos seis meses, desde Trabajo y Previsión, ha tenido algún resultado. Háganme una concentración aquí, en el monumento del viejito Sáenz Peña, de Diagonal y Florida, y si me reúnen cien mil personas podemos darnos por satisfechos." Me reunieron trescientos cincuenta mil. Cuando estuve ahí, empezaron a gritarme "¡Presidente, presidente!", y me asusté más de lo que ya estaba. En aquel tiempo, yo estaba trabajando para otros.

Las revoluciones tienen cuatro etapas: la filosófica-doctrinaria, la toma del poder, la dogmática y la institucional. Yo aspiraba a ser el Lenin de esta revolución: Lenin preparó el triunfo del movimiento ruso, pero no disfrutó casi nada del poder. Les dije entonces a los muchachos: "Lo nuestro ya ha entrado en el pueblo. Sigan ahora ustedes con el trabajo." Creé el Consejo Nacional de Posguerra, cuya misión era estudiar cómo haríamos para que no nos robaran, como había sucedido en 1918 —cuando los vencedores no nos pagaron un centavo por los productos con que los habíamos abastecido—; luego, también, formé un cuerpo de concepción de la revolución, que inicialmente estuvo integrado por cien personas. Con ellos estuve durante cuatro o cinco meses, reuniéndome para discutir los problemas casi todos los días. Allí conocí a las grandes cabezas que iban a acompañarme más tarde —cabezas útiles, porque cabezas hay muchas, pero suelen ser incapaces para estas cosas—; entre otros me encontré con Miguel Miranda. El primer día que hablé con él casi terminamos a los sillazos: los dos éramos calientes. Me di cuenta en el acto, sin embargo, de que ese hombre valía mucho. Después de la discusión, lo llamé y le dije: "Dejesé de embromar, che. Vamos a tomar un cafecito y a charlar. A usted lo necesito." Entró en seguida, porque era inteligente, capaz y de buena voluntad.

Así fui eligiendo: de los cien me habré quedado con cincuenta. Con ellos trabajé en la fase ideológica de la revolución, dentro de un Organismo de Concepción que fijaba las grandes líneas; eso se perfeccionaba luego en un organismo técnico, que era el elemento activo. El proceso de concepción culminó en una gran asamblea, en las que se redactaron algunas ideas con las que no estuvimos de acuerdo; me recomendaron entonces a mí que escribiera un documento. Es el mismo que, perfeccionado y con un contenido más específico, presenté luego al Congreso Internacional de Filosofía, en Mendoza. Finalmente, lo publiqué en forma de libro, con el título de **La comunidad organizada**.

Ese trabajo fijaba veinte grandes líneas, en distintos órdenes, que fueron las bases para un estudio integral sobre la situación del país. Emprendimos un análisis estadístico: para eso nombré secretario al doctor José Figuerola, el mejor estadígrafo con que cuenta el país. Hizo un estudio serio con los datos que había, y cuando terminó me dijo: "Vea, esto es todo mentira", como generalmente pasa con las estadísticas. Hubo que reemplazar ese material por otro que fuera más real: se hicieron 15 mil encuestas. A partir de ahí, se realizaron monografías para establecer los grandes objetivos en cada línea de la actividad nacional. Así, tuvimos un plan. Pero la obra de arte no es concebir un plan, sino llevarlo adelante. Para cada uno de los compartimientos de ese plan, integramos un equipo de ejecución con gente joven, capaz y honesta.

Entonces empezamos a funcionar colateralmente con el gobierno de Farrell: muchos de los decretos-leyes de Farrell fueron preparados por nuestro organismo, que tenía sus ramas perfectamente armadas en todos los ministerios. Era una manera de cogobernar. Llamé a los coroneles y les dije: "Muchachos, este asunto ya está terminado. Hemos estudiado todo lo que puede preverse. Tenemos un metro y medio de carpetas, y equipos de hombres que son mejores y más importantes que las carpetas. Ahora hay que llamar a elecciones. Ya le hemos dicho al pueblo lo que queremos. La Unión Democrática ha dicho, a su vez, lo que quiere. Que el pueblo

decida. Si nos eligen a nosotros, llevamos un mandato implícito para cumplir con lo que la revolución viene proclamando. Si eligen a la Unión Democrática, allá el pueblo. Él tiene derecho a ahorcarse y a buscar el árbol en que se ha de ahorcar."

LA DIPLOMACIA AHORA ES EL COMERCIO *

* *Fragmento del folleto CONVERSA EL GENERAL PERÓN CON DIRIGENTES GREMIALES. Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación, Buenos Aires, 1948, pp. 14/18.*

¿Cómo se combate a la economía social y a la independencia económica? En primer lugar, sitiando económicamente al país; no comprándonos para obligarnos a capitular. Esto es de gran actualidad. Hay países a quienes nosotros le compramos todo, y ellos no nos adquieren nada. Y de muchas maneras más; se hace un arreglo internacional, por ejemplo, y la Argentina no es incluida; se establece que se va a dar algo, y a la Argentina se la hace a un lado.

Nosotros no necesitamos nada de nadie, pero tenemos que aclarar nuestra situación para no seguir prestándonos a maniobras de exclusión. Venderemos a quien nos compra; y si no tiene divisas quien nos compra, le cambiaremos nuestro trigo por máquinas o por lo que sea. No haremos guerra económica; no somos hombres de guerra, pero debemos tomar algunas medidas.

En esto, señores, hemos hablado siempre claro. Los negocios internacionales para nosotros son importantes; ya he dado instrucciones bien claras a este respecto. La diplomacia argentina de ahora en adelante es el comercio argentino. Terminaremos ya con declaraciones y banquetes.

Junto con esta guerra concreta nos llevan una guerra de rumores de todo orden, para influir sicológicamente en nuestra población o en la de los países que negocian con nosotros. Dicen: "Si quitaran aquí las restricciones que se ponen a los capitales, este país se llenaría de capitales". Vean, les contesté: a nosotros no nos hacen falta capitales sino máquinas que creen trabajo; capital tenemos nosotros. Antes que dar preferencia al capital que viene aquí a alzarse con el santo y la limosna, prefiero dársela a los capitales argentinos que producen acá, que reditúan y se quedan en el país.

El capital más noble y más efectivo es el trabajo, porque es el que produce la riqueza; el otro, es una suerte de malabarismo que con dos o tres pases de mano, le saca a uno la amortización, el interés y la mitad de la renta si se descuida.

Nosotros queremos crear trabajo para nuestros hombres y no traer capitales de explotación, y menos aún capital en forma de perfumes, "whisky" u otras cosas por el estilo. Nosotros queremos maquinarias, para no seguir exportando nuestro trabajo.

De ahora en adelante recibirán aceite en vez de semilla de lino, y dentro de poco pintura; después, tendrán que traer sus casas para que se las pintemos nosotros. El trabajo argentino lo vamos a defender; nunca he concebido cómo era posible que se manden millones de toneladas de lino mientras nuestros obreros no tenían trabajo en este país.

A esa campaña de desprestigio se agrega en el asunto cambios, para que hagamos un empréstito. Pero no hemos de hacer empréstitos; cuando no tengamos plata en esa divisa no compraremos. No tendremos "frigidaire", radio, televisión, pero comeremos y trabajaremos; lo que interesa es que el pueblo argentino viva bien. ¿Qué vale la libertad política que nos dejaban cuando nos tenían zamarreando por el estómago mediante los empréstitos? Mientras esté yo en el gobierno no volverán a hacerse empréstitos.

ORGANIZAR LA INDUSTRIA Y PORVENIR

En lo que respecta a reducción de precios, yo ya he de reunir a los patrones para conversar con ellos, pero antes he querido hablar con ustedes pues los trabajadores pueden hacer mucho de esto.

Yo he dicho que había que producir, producir y producir, pero en esto no hemos progresado gran cosa. Tenemos que producir más. Yo sé que en esto está también el factor patronal, pero eso lo voy a encauzar yo para que ellos produzcan más. El rendimiento hora por

obrero no va adelante. Haciendo un índice de 100 para 1939, está en 106 habiendo casi duplicado el número de empleados y de obreros en la industria. Quiere decir que esto no anda muy bien; el rendimiento hora-operario no ha aumentado. Debemos decirles a nuestros muchachos que deben aumentar la producción.

Si se rinde más por obrero-hora, yo puedo solucionar el problema, pues voy a exigir el aumento de salarios y sueldos. Mientras eso no se solucione, es más difícil exigirlos. Lo mismo ocurre con el ausentismo. No tengo los datos precisos aquí, pero la verdad es que el ausentismo ha aumentado muchó más en las fábricas. Esto también tenemos que decírselo a nuestra gente, que hay que tratar de hacer bajar el ausentismo en forma escalonada. Nosotros tenemos que hacer una campaña contra estas cosas, porque es claro que esto da motivo para que después los demás digan que no producimos por esto y por aquello.

En cuanto a la desorganización de la empresa y, algunas veces el sabotaje contra la producción, nosotros esto lo vamos a vigilar de una manera muy simple. Al que tenga mal organizada su industria no le daremos créditos; al que no produzca le restringiremos el crédito en los bancos, ya que él no tiene derecho de disfrutar de los dinéros que el estado, por intermedio de los bancos, pone a disposición de la industria y el comercio.

Hay que oponerse al sabotaje. Saben bien los obreros que me sería duro tener que reaccionar, y prefiero que sean los mismos obreros quienes en la fábrica reaccionen contra el sabotaje, que cuiden que no se produzca. En cuanto al sabotaje patronal, de eso me encargaré yo.

Vale decir que todos los problemas de orden estatal van siendo resueltos paulatinamente. Para eso tenemos nosotros un consejo de planificación y ejecutamos un plan de conjunto. Sobre lo que no puedo actuar yo es sobre la falta de producción, porque eso está en manos de los sindicatos o de los industriales.

En este último sentido, yo me limito a pedirles a ustedes que ayuden para que los compañeros falten lo menos posible y para que produzcan. En cuanto a los patrones, los voy a hacer producir aunque no quieran.

SI YO NO ME HUBIERA DADO CUENTA DE LA TRAICION...*

* *Carta al dirigente John William Cooke, ex-director del semanario peronista de izquierda* De Frente, *donde le da cuenta, poco después de los trágicos sucesos del 9/10 de junio de 1956, del poco respeto que le merecen los militares de su propio bando: "[...] ellos preferían que vencieran los revolucionarios (sus camaradas) antes que el pueblo impusiera el orden que ellos eran incapaces de guardar [...]". Alude, claro está, a la rebelión del 16/20 de setiembre de 1955.*

12 de junio de 1956

Mi querido compañero y amigo:

Contestando su carta del 20 de mayo próximo pasado le adjunto una comunicación con mis puntos de vista sobre la actual situación, como asimismo sobre la conducta que debemos seguir según mi manera de apreciar las actuales circunstancias.

El golpe militar frustrado el 10 de junio es una consecuencia lógica de la falta de prudencia que caracteriza a los militares. Ellos están apurados, nosotros no tenemos por qué estarlo. Esos mismos militares que hoy se sienten azotados por la injusticia y la arbitrariedad de la canalla dictatorial, no tenían la misma decisión el día 16 de setiembre, cuando los vi titubear ante toda orden y toda medida de represión a sus camaradas que hoy los pasan por las armas.

Yo no he querido decir la verdad de por qué no se accionó decididamente contra los rebeldes de Córdoba y de Bahía Blanca. Tanto Lucero como Sosa Molina se opusieron terminantemente a que se les entregaran armas a los obreros; sus generales y sus jefes defeccionaron miserablemente, si no en la misma medida que en la Marina y en la Aviación, por lo menos en forma de darme la sensación que ellos preferían que vencieran los revolucionarios (sus camaradas) antes que el pueblo impusiera el orden que ellos eran incapaces de guardar e impotentes de establecer. El propio jefe de operaciones de Lucero era un traidor que estaba saboteando la conducción de la represión. Los revolucionarios lo nombraron después jefe de las tropas blindadas.

Qué fe puedo tener yo en la acción de esos militares que no supieron cumplir antes con su deber de jurado. Si ellos hacen ahora algo es

porque están enconados con sus ex-camaradas que los expulsaron del ejército, cosa que ellos no esperaban. Si yo no me hubiera dado cuenta de la traición y hubiera permanecido en Buenos Aires, ellos mismos me habrían asesinado, aunque sólo fuera para hacer méritos con los vencedores.

Algún día yo podré hablar con claridad sobre estos puntos que deliberadamente he dejado para después, en forma de que, enfriado, no pueda cometer alguna injusticia en mi opinión. Pero de muchos, ya tengo firme opinión formada como traidores, como cobardes y como felones, aparte de otros que, como Sosa Molina, han sido incapaces de comprender lo que estábamos realizando para el pueblo y consideraron en los momentos decisivos que valía más el buen nombre de un ejército (que hoy está demostrando que es inmerecedor de ese honor) que el destino de nuestro pueblo que estaba en peligro. Todos ellos han sido sancionados por los hechos de manera que no puedan olvidarlo nunca más. Lástima que ya no les servirá de nada.

Ni yo he renunciado a luchar, ni he sido tan débil como algunos creen. He sido traicionado o por la mala fe de algunos o por la estúpida ingenuidad de otros. Yo no acuso de traidores a mis ministros que fueron fieles, pero sí los acuso de haberme impedido de usar al pueblo para la defensa, con el tonto concepto de que lo harían las fuerzas militares que, en la prueba, demostraron que no valían nada o no querían defender al pueblo. Ésa es la verdad, dura pero la verdad. Yo debía haberlos destituido, pero desgraciadamente ya era tarde.

Ahora, sus camaradas, hasta tengo entendido que los han castigado corporalmente y que es difícil que sobrevivan a esta prueba: eso les ocurre por creer en un honor que no se realiza. A nuestros años, el que no ha aprendido que el honor es muy relativo en las personas, es un "pajarito en polenta". El 16 de setiembre, todos los juramentos y todas las palabras de honor se quebrantaron por lo menos en los hechos. No había con quien hacer frente a cuatro locos revolucionarios. Las tropas que marcharon a reprimir no llegaron nunca y después he sabido que estaban vivaqueando a pocos quilómetros del enemigo y sus comandos escondidos para que no los encontraran, como pasó con el general Moschini que venía del Norte y el general Morelo que dijo que le era indiferente pelear por los revolucionarios o el gobierno y se quedó durmiendo debajo de un árbol.

Usted imaginará querido amigo cuánta amargura hay en todos mis recuerdos. Esos picos, que se hacen llamar camaradas, son cualquier cosa menos eso. Yo no tengo más camaradas que los hombres del pueblo que están dispuestos a todo sacrificio por servirlo. Mis camaradas son ustedes. Si algún día el ejército quisiera devolverme el grado que estos canallas me han quitado, después de cuarenta y cinco años de servicios continuados, les arrojaría a la cara el nombramiento, porque yo no quisiera pertenecer más a una institución deshonrada y envilecida por sus propios generales, que demostraron ser cualquier cosa menos hombres de guerra y de deber.

Yo he estado un poco enfermo estos últimos días pero creo que sea sólo una gripe pasajera que aquí, suele dar con violencia inusitada, debido a este clima terrorífico. El ánimo va todo lo bien que puede ir en las circunstancias que vivimos. Mi fortuna más grande es sin duda mi sistema nervioso que me ha permitido en todas las ocasiones sobreponerme a las cosas y a los hechos.

Es indudable que estoy un poco viejo y eso me hace pensar que ustedes deben irse preparando para tomar la manija. Hombres como usted, que han sido moldeados por todas las pruebas, son los que el Movimiento necesita en esta nueva etapa de su desenvolvimiento, que ha de ser cruenta y difícil. Pero lo peor ya ha pasado. No se apuren y vayan despacito, si quieren llegar lejos. Está bien que los viejos se apuren porque la visión de la tumba les perturba la calma, pero, los muchachos jóvenes tienen una vida por delante. No olvide mi consejo: no se apure. Los políticos apresurados son políticos fracasados.

Me llena de satisfacción lo que usted me dice de los muchachos dirigentes que, a pesar del rigor de la canalla dictatorial, se mantienen firmes y decididos. Ellos, como usted, son la esperanza de nuestro Movimiento. Nosotros, quemados en la etapa inicial, sólo quedaremos para formar las bases tradicionales del Movimiento. Ustedes, los jóvenes, que hayan demostrado poseer suficiente "óleo sagrado de Samuel", serán los triunfadores y gozarán de la gloria, después de haber sufrido las heridas de la lucha.

Yo me siento feliz de poder entregar a ustedes todo lo que he hecho que subsistirá a pesar de la canalla dictatorial y sus persecuciones. Yo lo he perdido todo, pero nunca luché por nada mío. Hoy, que poseo sólo lo que llevo conmigo, me siento más libre y más feliz. Sólo me interesa lo que ha perdido el pueblo que hay que reconquistarlo de cualquier manera con el pueblo mismo: ése es el objetivo de nuestra lucha y, no teniendo nada nuestro, lo podremos defender mejor y con más decisión.

Le ruego que haga llegar mi abrazo más afec-

tuoso a los compañeros que allí, con usted, comparten el honor del sacrificio por el pueblo. La canalla dictatorial podrá mentir cuanto quiera, pero nunca sus mentiras podrán tapar la verdad. Nosotros seremos siempre los defensores del pueblo y ellos serán sus tiranos; nosotros somos los que luchamos por la justicia social y ellos los que han vuelto a la explotación de los trabajadores; nosotros hemos sido los que arrojamos a los imperialistas y ellos los que los han introducido de nuevo; nosotros representamos el gobierno legal del pueblo, ellos son los usurpadores, asesinos y ladrones.

Acepte un abrazo muy afectuoso.

LUCHA CONTRA LOS PUEBLOS

● *Primera mención localizada del concepto "la hora de los pueblos", en boca de Perón. Aparece en su escrito de fecha 31 de julio de 1952, y la presente reproducción está tomada de POLÍTICA Y ESTRATEGIA, op. cit., pp. 417-421. Como en todos sus artículos, "Descartes" alterna los ataques a los "imperialismos", frente a los que formula su "tercera posición".*

Generalmente los dirigentes políticos piensan que ellos son quienes dirigen y encauzan la evolución de los pueblos, aunque a menudo se ven defraudados por su pensamiento. Ello sucede porque se apartan del pueblo.

Es así que las transformaciones político-sociales se encauzan por los grandes movimientos populares que llevan a **la hora de los pueblos**. En la evolución de la humanidad esa hora llega muy de tanto en tanto y caracteriza a las grandes revoluciones. El interregno entre dos de ellas suele ser de calma y evolución. En las revoluciones, los hombres son el instrumento del pueblo y las oligarquías se destruyen o desaparecen. En las épocas de calma, los pueblos suelen ser instrumentos de los hombres y las oligarquías proliferan, se fortalecen y dominan.

Por eso la historia del mundo ha sido la lucha del pueblo con la oligarquía. Grecia, Roma, la Edad Media, no son sino largas etapas de esa lucha. La Revolución Francesa y la Revolución Rusa son dos fases violentas que la patentizan. Los imperialismos actuales son otras etapas de los pueblos en lucha contra la esclavitud interna e internacional.

Hoy, como en todas las épocas de la historia universal, deben vencer los pueblos.

Muchos han despreciado el ingenio y el poder del pueblo, pero, a largo plazo, han pagado caro su error. Los pueblos siguen la táctica del agua; las oligarquías, la de los diques que la contienen, encauzan y explotan. El agua aprisionada se agita, acumula caudal y presión, pugna por desbordar; si no lo consigue, trabaja lentamente sobre la fundación, minándola y buscando filtrarse por debajo; si puede, rodea. Si nada de esto logra, termina en el tiempo por romper el dique y lanzarse en torrente. Son los aluviones. Pero el agua pasa siempre; torrencial y tumultuosamente, cuando la compuerta es impotente para regularla.

Con los pueblos pasa lo mismo; los dos, torrente o pueblo, son fuerzas de la dinámica universal y actúan con leyes y mecánica semejantes.

Los viejos diques del imperialismo, las oligarquías y las plutocracias comienzan a ceder, esta vez en el mundo, como cedieron en Francia en 1789 y en Rusia en 1918 ante el impulso incontenible y avasallador de los pueblos.

Los hombres superficiales suponen al mundo regido por las estrechas reglas de sus estados. Piensan que todo se reduce a sojuzgarlo por el dinero o a dominarlo mediante una política impulsada por la fuerza o la amenaza.

La reunión de capital y poder político, a través de las guerras mundiales, ha llevado a una doble dominación: del hombre en lo interno, y de los pueblos en las colonias o en las naciones, en lo internacional. En consecuencia, dentro de cada pueblo hay dos procesos en marcha que coinciden en sus propósitos, si bien pueden diferir en sus objetivos inmediatos o en las formas de ejecución.

En el mundo actual, con ideologías o sin ellas, en cada pueblo está latente el germen de la rebelión política y social. Contra los imperialismos, en las colonias o en los países independientes pero dominados; contra el capitalismo o el comunismo, en los pueblos explotados por cualesquiera de estas dos formas de expoliación. En cada lugar de la tierra se levantan los puños amenazadores del pueblo, y lo peor es que se levantan con razón en demanda de la justicia y la libertad, siempre ofrecidas pero jamás alcanzadas.

Las oligarquías, obedientes a los imperialismos, luchan por detener lo que ellas llaman comunismo, capitalismo, nacionalismo, etcétera. Es el anuncio que llega la hora de los pueblos, que hoy padecen sumisión y explotación, frente a los cuales no podrán resistir.

De un tiempo a esta parte se nos ha hecho

un honor inmerecido: cuando los movimientos populares se manifiestan, son acusados de "peronismo".

Cuando Getúlio Vargas fue postulado para la presidencia del Brasil, los diarios imperialistas lo acusaron de ser un instrumento peronista financiado desde Buenos Aires. Otro tanto se dijo de Chávez en el Paraguay. Velasco Ibarra, en Ecuador, ha sido acusado de lo mismo. La revolución boliviana que llevó a Paz Estenssoro al gobierno, según el imperialismo y sus secuaces, fue obra del peronismo argentino. En Chile está ocurriendo igual cosa con el general Ibáñez. ¿Cómo no se les ocurrirá pensar que son los pueblos?

El error de la política imperialista estriba precisamente en el hecho de engañarse a sí misma, atribuyendo sus fracasos a factores que nada tienen que ver con sus propios errores e incapacidades. Por eso pasan su tiempo "peleando con la sombra" mientras los pueblos imponen paulatinamente sus designios.

La lucha de los imperialismos por meter a los pueblos detrás de la "cortina de hierro" o detrás de la "cortina del dólar", les ha cegado al extremo de no ver sino enemigos en todas partes. Como no les da la habilidad, recurren a la fuerza o a la injusticia, y por ese camino es difícil persuadir a los pueblos. Con los gobiernos solos no se va lejos en este camino.

Para explicar la actual situación de los pueblos, hemos oído exponer la "parábola de la gallina". A este noble animal se lo puede matar, desplumar, meter en el horno, asarlo y aún comerlo. Todo eso puede hacerse con él. Lo que no se puede es hacerle poner un huevo a la fuerza. Lo que los imperialismos necesitan de los pueblos son sus "huevos", y ésos no se los podrán hacer poner a la fuerza.

Con los métodos actuales se dominarán gobiernos impopulares, impondrán sacrificios y dolores a los pueblos, los conquistarán por la fuerza si es preciso, pero jamás contarán con su apoyo afectuoso o su cooperación si no lo merecen. Para merecerlo hay un medio: la justicia y la libertad, materializadas en la **independencia económica, la justicia social y la soberanía política** de las naciones. El justicialismo lo ha hecho. Ahora queda por ver si los imperialismos se animan y son capaces de hacerlo.

LA JUNTA INTERAMERICANA DE DEFENSA

• *Curioso artículo de Perón, donde el militar se sobrepone al político y es conducido a la alabanza de la JID por su inquina hacia la OEA. Se publicó el 31 de enero de 1952. Esta reproducción está tomada de POLÍTICA Y ESTRATEGIA, op. cit. pp. 279-282.*

La conducción política y militar debe caracterizarse por la simplicidad orgánica y la claridad de miras. Estas características son aun más importantes cuando la conducción ha de realizarse en conjunto, como sucede en el caso de la defensa continental.

Los países cuyos gobiernos sean responsables de los compromisos que asumen y respetuosos de la propia soberanía que ejercen no hipotecarán su futuro o su destino en acciones unilaterales o en actos irreflexivos. En las coaliciones internacionales, cada estado, en representación de una parte del conjunto armónico de la defensa común está en su derecho de acordar las relaciones de dirección y de comando con los demás países del sistema defensivo, en consonancia con sus propias orientaciones e intereses.

Por eso, en tanto que en los pactos de conjunto se fija sólo la acción general, en los acuerdos parciales o locales se determinan las tareas particulares que, si bien se establecen dentro de la orientación de conjunto, su acción se circunscribe en el tiempo y en el espacio a las necesidades, posibilidades y conveniencias propias.

Los compromisos contraídos en el Tratado Interamericano de Defensa Recíproca configuran un plan general de defensa colectiva y, como su nombre lo indica, para una acción defensiva y no agresiva. En consecuencia, son medidas al servicio de la propia seguridad y no acciones que atenten contra la seguridad de nadie.

Las situaciones concretas que surjan de este compromiso conjunto deben ser motivo de acuerdos mutuos o multilaterales, establecidos por las respectivas cancillerías en cada caso.

Ningún Estado está obligado a intervenir sino en lo que previamente acuerde y consienta. El empleo de fuerzas nacionales está subordinado a lo que cada país decida.

Los designios que emergen de la soberanía nacional están asegurados. Cada gobierno, en cada estado, puede decidir por sí su intervención circunscripta a su territorio o en otros teatros de operaciones, si así lo desea.

El punto de partida y las bases para la defensa continental han sido ecuánimemente establecidos, aunque para llegar a ello sin desmedro hayan sido necesarias una lucha política de cinco años y muchas contrariedades.

La existencia simultánea de la Organización de las Naciones Unidas (U.N.) y la Organización de los Estados Americanos (O.E.A.) acarreó un cierto grado de complicaciones que afectaron fundamentalmente la claridad en las relaciones y "dependencias" pues mientras la primera se oponía a la formación de bloques regionales, la segunda configuraba uno en América.

Sin embargo, en vista de la situación mundial y los resultados de la acción de la U.N., el Tratado Interamericano de Defensa Recíproca, que constituye una alianza defensiva del continente americano, es una consecuencia lógica del hecho de haberse dividido el mundo en bloques irreconciliables.

Sólo la inepcia del Departamento de Estado en la conducción política, su afán de absorción y sus malos procedimientos de presión y represión utilizados en la O.E.A. pudieron llevar a este organismo al borde de la intrascendencia y de la inoperancia. El camino hacia la formación de un "supergobierno" que se esforzó por seguir esa política durante varios años estaba destinado al fracaso, porque siempre existirán Estados celosos de su soberanía que no aceptarán tal subordinación y porque un pueblo digno difícilmente pueda someterse a "gobiernos internacionales". Es así como la O.E.A. entró en un estado anémico progresivo destinado a terminar con ella.

Menos mal que, mientras esto sucedía, iba surgiendo como un organismo serio y responsable la Junta Interamericana de Defensa.

La Junta Interamericana de Defensa es un organismo *sui géneris*. Funciona colateralmente a la O.E.A., aunque no pertenece a la misma. Es asesora y consultiva de los gobiernos americanos, de quienes depende directamente para los asuntos de la defensa común. No posee carácter ejecutivo sino de estudio, y sus miembros son delegados técnicos de sus respectivos países.

Es, en otras palabras, un organismo oficioso representativo de los gobiernos americanos que "no hace política internacional" sino que estudia la defensa militar del continente. De ahí que no haya caído en el desprestigio, por contaminación, en que ha envuelto a todo la absurda conducta seguida por otros organismos de la política internacional.

Por eso es de esperar que el tiempo consolide y afirme cada día más a este organismo, aunque lo sea en detrimento de la O.E.A., que hasta ahora ha resultado ser la "manzana de la discordia". Frente al peligro común, cuando se respeta la soberanía y la libre determinación de los pueblos, para acordar una conducta común, no hacen falta organizaciones internacionales. Cuando ese respeto es avasallado, no serán suficientes ni eficaces todas las organizaciones imaginables.

PACTOS BILATERALES Y AYUDA TECNICA

- *Perón denuncia en este artículo, fechado el 8 de mayo de 1952, el sentido de los pactos bilaterales preconizados por entonces por la diplomacia de Estados Unidos*
Tomado de POLITICA Y ESTRATEGIA, op cit., pp. 349-354.

La guerra, aunque muchos no lo entiendan así, es una lidia compleja y difícil, especialmente en su preparación. Necesita tanto de los políticos como de los estrategos. En ella todo lo irracional, esporádico, unilateral o discrecional conspira contra el éxito. Por eso la preparación de una guerra impone procedimientos un tanto eclécticos, pero sobre todo basados en la razón.

Político y estratego van de la mano en la determinación de los objetivos y las formas de ejecución. Se fija así la política y su continuación, que es la guerra. Lo normal ha sido siempre: desarrollo del acercamiento de los países afectos o interesados; establecimiento de acuerdos generales y finalmente de tratados políticos; combinación de planes de conjunto y firma de acuerdos militares. Cada uno de estos actos da origen al subsiguiente y, en consecuencia, le carga también los efectos de

sus aciertos, sus errores o sus imprevisiones.

Es fácil determinar estas etapas. Lo complejo y lo difícil se presenta cuando hay que realizarlas racionalmente en el tiempo y en el espacio con habilidad, acierto y perfecto sentido de la realidad.

Errores groseros en cualquiera de estas etapas pueden ser causa de graves desastres ulteriores. Por eso se dice, con razón, que la conducción tanto en lo político como en lo militar es un arte complejo y todo de ejecución.

En la primera mitad del siglo XX dos guerras mundiales azotaron a la humanidad. Una tercera amenaza a la segunda mitad del siglo. De la preparación de cada una de ellas sólo hemos tenido noticias por la llegada de las presiones, las sanciones y depredaciones físicas o morales.

De la primera guerra mundial sólo supimos sus consecuencias. En la segunda, en cambio, experimentamos sus efectos: listas negras, bloqueo, exacciones, presiones y diversos actos que indicaban que éramos tratados como enemigos y, como tales, invadidos o infiltrados. Todavía nos preguntamos por qué. No mediaron acuerdos de ninguna naturaleza. Venía la orden subrepticia y detrás la amenaza. Ellos luchaban por la justicia, la libertad y el respeto a la soberanía de los pueblos libres...

En la preparación de la tercera guerra mundial no vamos siendo más afortunados que en las dos anteriores.

Nuestra excéntrica posición geográfica nos impulsa a un cierto aislamiento. Lo propio aconteció a Estados Unidos, con relación a Europa, hasta 1939. No es difícil entonces comprender la posición de nuestro pueblo.

Nuestra incorporación a la U.N. fue un acto puramente político de solidaridad mundial y a la O.E.A. uno de solidaridad continental. Todos formamos parte de Occidente, pero, tratándose de una guerra mundial, es elemental acordarlo todo.

Los países que preparan la guerra se apresuraron a establecer los pactos con Europa durante la ocupación, ligando a los diversos países a distintos compromisos, mediante el pago compensatorio del Plan Marshall, adornado con actos de solidaridad entre dirigentes.

A América Latina se la ligó por la Organización de Estados Americanos con compromisos generales imprecisos y aleatorios mediante el juego de las "recomendaciones". Esto pareció suficiente al principio. En esta parte del continente no medió política alguna. El Plan Marshall fue para nosotros de depredación económica. El bloqueo, el sabotaje, la presión y la amenaza reemplazaron a los acuerdos.

En los momentos actuales se pretende reemplazar la incapacidad política, la imprevisión y los terribles errores cometidos, por los pactos bilaterales, que destruyen lo poco realizado y no crean sino nuevos problemas.

Desde que terminó la Segunda Guerra Mundial, la República Argentina sólo fue objeto de provocaciones y ofensas. La nefasta acción del embajador Braden en Buenos Aires y su actuación como secretario auxiliar en el Departamento de Estado yanqui marcan una etapa de ignominia. Desde entonces hasta nuestros días, una política violenta y agresiva, a veces subrepticia e insidiosa, ha caracterizado esta triste etapa de la política que reemplazó a la habilidad por la prepotencia y la inmoralidad.

Una campaña sistemática se desarrolló contra la Argentina, acompañada de medidas económicas perjudiciales y aun mala fe en las tratativas directas. Un sabotaje económico-financiero organizado se ejerció sobre nuestra producción, nuestro crédito y nuestra moneda, al mismo tiempo que agentes recorrían el continente para atacar a nuestro pueblo en sus organismos sindicales. Para hacer todo más odioso se persiste en la vieja costumbre de intervenir en los asuntos internos provocando sediciones contra los gobiernos legalmente constituidos.

Hasta 1950 todo esto se realizó impunemente. A partir de ese año la Argentina comenzó a defenderse por diversos arbitrios.

Entretanto, lo político pasó a segundo plano, reemplazado por los servicios de inteligencia. Mientras la O.E.A. fue dócil y manejable se le dió importancia. Ante el primer tropiezo se la reemplazó por la reunión de cancilleres. Luego se abandonó todo por los pactos bilaterales.

Si rememoramos la historia política de todos los tiempos, difícilmente encontraremos un caso tan patente de incapacidad e ineptitud en la conducción de la política internacional.

Teniendo todo en la mano, lo han desbaratado todo en la forma más inconcebible. Una incongruencia absoluta demuestra que nada se ha planificado. En vez de conducir han sido juguete de los acontecimientos. Más se ha entorpecido la marcha que facilitado el libre juego de los factores favorables. Pare-

ciera, como dijo Mac Arthur, que los comunistas hubieran manejado todo esto.

Y cuando, a causa de una terrible inmoralidad o una absoluta insensatez, los hechos se presentan desfavorables, se busca la solución de un desastre con otro desastre mayor: caso de los pactos bilaterales.

Si en estos pactos se busca poner unos países contra otros, provocando rivalidades internacionales se equivocan. Nosotros sabemos cual es el enemigo común y, si algún gobernante insensato entra en la trampa, estamos persuadidos de que su pueblo no lo seguirá en la aventura. ¡Los demás, estamos en claro, no entraremos!...

Si los pactos bilaterales son instrumentos de dominación y subordinación de países a una ley extranjera, la ayuda técnica no es sino una infiltración destinada a lo mismo.

Ya describimos, en lo esencial, la Ley de Ayuda Militar, Económica y Técnica de 1951. Los países signatarios de tratados de ayuda quedan sujetos a sus prescripciones (envíos de tropas, entrega de producción, etc.) y ligados a todos los compromisos que los Estados Unidos contraigan en el futuro.

La ayuda técnica es de otro carácter. Empieza por serlo a través de la U.N. por personal yanqui a contrato que paga en dólares el país ayudado. Algo así como un fideicomiso pago.

Si miramos la actual situación interna e internacional de Estados Unidos, reflejando una absoluta incapacidad e ineptitud en el gobierno y una total desorganización en lo administrativo, su tremendo grado de descomposición y deshonestidad, su impotencia para gobernar, las huelgas, los pleitos entre los poderes, el desprestigio del presidente y de los funcionarios: si a ello agregamos el desbarajuste permanente de su economía, los déficit fabulosos, la preparación de guerra realizada en forma de amenazas con la ruina del país sin alcanzar un grado aceptable y los desastres que escalonan la marcha de su política internacional, se nos ocurre preguntar: ¿por qué Estados Unidos no gestiona en la U.N. la ayuda técnica?

PERON EXPLICA SU DERROCAMIENTO*

* *Fragmento de* La fuerza es el derecho de las bestias *(Ediciones Cicerón, Montevideo, 1958, pp. 65/71), correspondiente al capítulo III, donde el general Juan D. Perón describe la mecánica de su caída. La parcialización que en este caso hacemos es para permitir que en otro aparte y con sus propias palabras también, especifique lo concerniente al sector militar.*

LA TRAICIÓN AL PUEBLO

I. LA REACCIÓN PARASITARIA

Los parásitos conforman un sector definido en todas las comunidades animales o humanas. Están en la naturaleza misma, como una maldición. Siempre y en todas partes, han existido los que producen y los que sólo consumen.

El gobierno del pueblo y la justicia social son dos cosas que el parásito no tolera. Ellos viven del trabajo ajeno y además quieren que ese trabajo sea despreciado, miserable y doliente. Ésta es la mentalidad del parásito.

La clase trabajadora, incluidos en ella los trabajadores intelectuales y técnicos, son los que conciben, crean y producen: forman la clase útil.

En la República Argentina se ha producido el choque entre la clase parasitaria y la productora. La oligarquía, el clero, los sectores parasitarios de los profesionales y de las fuerzas armadas, se han lanzado, en reacción violenta contra la clase productora, utilizando las armas, los soldados del pueblo.

Para posibilitar semejante traición al pueblo ha sido necesario el dinero de la oligarquía, la prédica de los malos curas y la agitación de los políticos profesionales. Tres sectores netamente parasitarios. Los hombres de las fuerzas armadas que traicionaron la fe jurada a la nación, han sido doblegados por el interés. Son mercenarios que a la usanza de los antiguos "condottieri" cedieron a la presión de su codicia. Si sus designios fueran los ideales que invocan, estarían a su frente hombres de ideales. En cambio ellos actuaron dirigidos, financiados y controlados por capitalistas internos e internacionales. El Comando de Montevideo contaba a Bemberg, Gainza, Lamuraglia y otros que nunca se han distinguido por otra "virtud" que su sórdida avaricia y su dinero. "Dime con quién andas y te diré quién eres".

El régimen justicialista había lanzado una

"consigna negra" para los parásitos "cada argentino debe producir, por lo menos, lo que consume". La organización del pueblo, el trabajo organizado iba cerrando el cerco alrededor de los que consumen sin producir. Ése fue uno de los motivos de la reacción. La imposición de una real y efectiva libertad de cultos, que nunca existió en la Argentina, fue otra de las causas. La impotencia de los políticos para deshacer al pueblo organizado y someterlo a sus negros designios interesados, completa el cuadro de esta reacción parasitaria.

Recurrieron a la fuerza, "el derecho de las bestias", para dilucidar un problema de opinión, utilizando para ello a las bestias mismas. Los sectores de las fuerzas armadas que sirvieron los móviles y realizaron las acciones de sus mandantes, no sólo deshonraron las armas de la nación, sino que cometieron un crimen de lesa patria al traicionar al pueblo que creía en ellos. Ellos fueron el sucio instrumento de una mala causa porque, las causas que enfrentan al pueblo, son siempre malas

II. LA CUESTIÓN CLERICAL

Desde los tiempos de la Inquisición el poder temporal ha sido un sentimiento arraigado en el sector político del clero. Este sentimiento ha sido apaciguado cuando el palio de San Pedro cubrió a un Papa piadoso y se exacervó cuando un Pontífice político ocupó dicho cargo.

Actualmente vivimos un período de la segunda característica. La existencia de los partidos demócratas cristianos en el mundo occidental, demuestra tal afirmación y la política dirigida, en este sentido, desde el Vaticano, la confirma. El apoyo que los Estados Unidos prestan a esta orientación, como un medio de su lucha con el comunismo, ha fortalecido su posición provocando no pocos conflictos políticos.

El caso de la Argentina es uno más que, con caracteres agudos, ha explotado una difícil situación política. Allí los curas no sólo han tomado parte activa en la lid política, sino que han luchado abiertamente en la revolución contra el pueblo. La iglesia recogerá sin duda los frutos materiales entre los revolucionarios, pero, en la cosecha moral, habrá perdido hasta el último de sus frutos. Es una victoria "a lo Pirro".

Dentro de la obra social realizada por el justicialismo, el clero recibió también su aporte proporcional, materializando mejoras de todo orden.

El Congreso aprobó la ley de enseñanza religiosa, aunque para lograrlo fue necesario un intenso trabajo ante los legisladores que se oponían con fundamento. Condicionada a que no se nombrarían sacerdotes en las cátedras, que la enseñanza sería facultativa y voluntaria ya que, en esas cátedras, sólo se tratarían temas religiosos; la ley fue sancionada.

Entre las medidas de apoyo al clero se dictó una ley que disponía que en las escuelas y colegios particulares (90% de curas) el estado pagaría el 75 % de los sueldos de los maestros, para que éstos no estuvieran como hasta entonces, con sueldos de hambre.

Aquí comenzaron nuestros padecimientos. La enseñanza religiosa fue desvirtuada y convertida en una cátedra política para el Partido Demócrata Cristiano. Aparte de ello, se hacía desde allí una campaña violenta contra la "escuela laica", institución fundamental del estado en la enseñanza argentina y finalmente se realizaba, por todos los medios, una persecución despiadada a los niños y niñas que no concurrían a la clase religiosa o no se mostraban entusiastas para ir a misa o incorporarse a las asociaciones religiosas correspondientes.

En contra de lo prometido, que no se nombrarían sacerdotes en la clase de religión, ocultando su condición de tales en las ternas de propuestas, el mayor número de las cátedras fueron adjudicadas a curas, mediante este subterfugio. Al descubrirse la superchería, debieron ser separados de sus cargos, lo que se aprovechó para hacer aparecer esta justa medida, como una persecución al clero y un ataque a la religión.

Con el pago del 75 % de los sueldos a los colegios religiosos pasó una cosa aun más grave, que hasta se denunció en los diarios de Buenos Aires. Falsificando documentos, con firmas falsas y aun firmas simuladas, se defraudó al estado ingentes sumas. Una idea de esas sumas está dada por los montos: la partida de pago de estos sueldos que era de 13.000.000 en 1947 llegó a 100.000.000 en 1954. Por otra parte, en 1947 el 80 % de los profesores de estas escuelas religiosas eran particulares en tanto sólo el 20 % eran sacerdotes. En 1954, en cambio, el 80% eran profesores sacerdotes y el 20% particulares. El asunto estaba en que los religiosos firmaban y no cobraban, con lo que se desvirtuaba por completo el espíritu y la forma de una ley dictada con finalidad social.

Sería largo enumerar la serie de contrariedades y molestias que éstos y otros numerosos asuntos de dinero ocasionaron al gobierno y a la administración pública, que siempre dieron lugar a acusaciones de ataque a la religión, porque, cuando se sanciona a un ciudadano delincuente que viste sotana, se trata siempre de un ataque a Dios.

El justicialismo es un movimiento cristiano,

no tanto dogmático cuanto doctrinario. Pensamos que el dogma es obra de los hombres, en tanto la doctrina es obra de Dios. Por eso practicamos la doctrina, aun cuando el rito no nos interese tanto como algunos quisieran. Somos cristianos. No hacemos como si fuésemos cristianos. Somos cristianos en las obras, no en las "demostraciones". Tratamos de estar cerca de Dios sin interesarnos de estar vecinos de los que explotan su santo nombre.

Por eso no nos interesan las sanciones de los hombres que no nos llegan al alma. Esperamos las verdaderas sanciones que serán iguales para ellos que para nosotros.

Eva Perón, perseguida y calumniada por los curas argentinos, hizo más obra cristiana en un día, que todos los sacerdotes de mi país en toda su vida. El pueblo argentino puede y lo dice todos los días. Por eso, las mujeres y los hombres del pueblo, cubrieron con su pecho los bustos de Eva Perón, que los sacerdotes mandaron destruir con los jóvenes de la Acción Católica y los chicos de sus colegios. Eva Perón era un peligro para ellos, porque el pueblo humilde le levanta altares y le prende velas. A ellos nunca les hicieron lo mismo. Sería que no lo merecieron.

En 1948, el Poder Ejecutivo decidió premiar a un obispo virtuoso, decretando la entrega de un pectoral de oro a Monseñor Decarlo, que se había distinguido en el Chaco por su obra social y religiosa. Nada pudo ser más ofensivo para el resto del episcopado argentino que se negó a concurrir a la ceremonia. Se había confundido su acto de verdadera justicia con parcialidad gubernativa. El gobierno estaba en la obligación de hacerlo, desde que un obispo es un funcionario del estado argentino.

A pesar de todas estas incidencias desagradables, ocurridas siempre por arbitrariedades cometidas, fue siempre posible, merced a nuestra prudencia, mantener relaciones cordiales con la autoridad eclesiástica, hasta que su intervención abierta en la política los colocó violenta y beligerantemente frente a fuertes sectores del pueblo.

Junto con la aparición del Partido Demócrata Cristiano en la Argentina, comenzaron a aparecer asociaciones de médicos, maestros, abogados, industriales, ganaderos, obreros católicos, etc. Esto promovió un sentimiento de inquietud entre los dirigentes de las más diversas organizaciones gremiales, hasta que un día se presentaron a mi despacho los secretarios generales de la Confederación General del Trabajo, Económica, de Profesionales, de Estudiantes, etc. En esa reunión me hicieron presente su inquietud por la intervención de la iglesia en sus actividades gremiales. Ellos entendían que la iglesia podía asociar a los católicos, pero no a los obreros, profesionales, estudiantes, etc. como entes gremiales y, en consecuencia, pedían una solución al conflicto por parte del gobierno.

Llamé entonces a la autoridad eclesiástica y le hice presente las demandas de las organizaciones sindicales y como me aseguraron que sólo eran instituciones religiosas que, por razón de organización, lo hacían en sentido profesional. llamé a los interesados y allí mismo se trató el asunto. No fue esta segunda parte tan pacífica como la primera, pues los concretos traídos a colación exacerbaron un tanto los ánimos y debí intervenir para evitar un diálogo demasiado animado o una discusión tumultuosa. Con mi intervención se llegó a un acuerdo: nombrar una comisión por ambas partes, para tratar el asunto y luego hacer los correspondientes comunicados en los que se diera "al César lo que era del César y a Dios lo que era de Dios"

Pasaron los días sin que se nombrara la comisión, ni se dieran los comunicados, hasta que la situación hizo crisis con demostraciones populares contra las actividades mencionadas.

Yo, que en todo este "match" actuaba de referée, tuve que dar un veredicto, dando la razón al que la tenía, después de una minuciosa investigación y la comparecencia de numerosas autoridades y personas. Como generalmente sucede con los malos perdedores, el "referée" sacó la peor parte, porque, al final, le cargaron toda la culpa de la pelea y del fallo.

Desde ese momento, la ciudad se vio inundada de panfletos difamatorios que se hacían en las iglesias y en los colegios religiosos, en los que se incitaba abiertamente a la rebelión, de la misma manera que los curas en los púlpitos se transformaron en oradores políticos de barricada, incitando a los fieles a la revolución y al desorden.

Lo que más desazonó a los curas, fueron dos leyes aprobadas por el parlamento, que daban los derechos a los hijos naturales y adulterinos y la que acordaba el divorcio.

La primera de estas leyes era la reparación indispensable de una tremenda injusticia que por largo tiempo ha gravitado sobre los hijos adulterinos y naturales que, según la ley argentina, no tenían padres ni derechos.

El legislador justicialista sostuvo que no había hijos adulterinos ni naturales, que había padres adúlteros y que, en consecuencia, era inhumano y cruel cargar la culpa y el estigma sobre inocentes, liberando a la vez a los culpables. Esta ley fue discutida y repudiada por los curas que, mirando más a la familia que a la justicia, la impugnabar.

La ley del divorcio no fue menos combatida y resistida por los curas, por razón de dogma. Sin embargo, la existencia de más de trescientos mil matrimonios irregulares en el país, llevaron al legislador a la consideración del caso. La ley argentina consideraba nulos los matrimonios entre divorciados en otros países, de modo que ese matrimonio legal en el mundo entero, era un concubinato en nuestro país, perdiendo en consecuencia las esposas y los hijos todo derecho legal. Esto, producido en gran escala, era menos moral y perjudicaba más a la familia. Se trataba de resolver un problema existente y no de hacer doctrina, de modo que las cámaras, entendiéndolo así, sancionaron la ley.

Esto contribuyó más a irritar a los curas que desde entonces actuaron abiertamente en la insurrección, provocando desórdenes en los que lanzaban a la Acción Católica y a los chicos de sus escuelas a la perturbación callejera.

Desde ese momento se tuvo la absoluta evidencia de que los curas tomaron parte activa y directa en la revolución. En Buenos Aires comenzó a agitarse a la Acción Católica y a los muchachos de los colegios religiosos, empezando a sucederse los actos de provocación dirigidos por sacerdotes. El gobierno nunca quiso actuar violentamente para evitar desgracias personales que era precisamente lo que buscaban los tumultuosos. Hacer algunas víctimas hubiera sido darles la ocasión de invocarlas después.

En ese estado de perturbación llegaron hasta el día jueves 9 de junio (día de Corpus Christi) que autorizados para hacer la tradicional procesión se negaron a ello, postergándola para el sábado 11 de junio, día que no estaba autorizada. A pesar de ello, en forma de un verdadero alzamiento contra la autoridad policial, se reunieron en la plaza de Mayo donde los arengó el cura Tato y luego por la Avenida de Mayo se dirigieron hacia el Congreso con la intención de quemarlo, por las leyes que poco antes habíanse votado allí.

La policía pudo haber dispersado a los manifestantes pero indudablemente se hubiera producido una refriega, pues había entre los manifestantes gente armada; ya sabíamos que en algunos conventos y seminarios se habían descubierto distintas armas.

Los manifestantes llegaron al Congreso y en los mástiles de las cámaras que están en el frente del edificio enarbolaron sendas banderas amarillas del Vaticano, pretendieron forzar las puertas con palancas de hierro llevadas al efecto y como no lo consiguieron se dedicaron a arrancar las placas del frente del edificio y a apagar las lámparas votivas que allí arden permanentemente.

Terminando el desorden con la destrucción de los vidrios y algunos destrozos en el exterior del palacio, se retiraron en grupos provocando desorden y rompiendo vidrieras y vehículos estacionados.

En el lugar de los hechos, según informó la policía, apareció una bandera argentina quemada en partes y según se informó era con lo que los revoltosos pretendieron apagar las lámparas.

Luego se pretendió echar la culpa de este hecho a la Policía Federal y se inventó una fábula para inculpar de ello al ministro del Interior y aun al gobierno y a los peronistas, como si fuera posible que en una manifestación clerical pudieran actuar impunemente los demás.

Esta manifestación, supimos después, era un acto preparatorio para la tentativa de asesinato al presidente de la república que se realizó desde aviones por el bombardeo de la Casa de Gobierno ocurrida cuatro días después: el 16 de junio a la mañana.

Es indudable que estos hechos estaban encadenados y que el director del movimiento de la capital era el cura Tato, conocido como un elemento inmoral y capaz de cualquier acción innoble y reñida con su profesión y apostolado. Como la indignación pública crecía en el pueblo al tener noticia de los desórdenes, comenzó a temerse que el pueblo indignado tratara de hacerse justicia por sus propias manos. Es así que se le comunicó el día 15 de junio (día del ataque a la casa de gobierno) que debía abandonar el país. Si no se hubiera tomado esta prudente medida, quién sabe cómo habría salido este mal sacerdote el día siguiente.

Todos estos actos realmente revolucionarios ejecutados por los curas y sus secuaces los hacían aparecer como defensa de una persecución religiosa que en ningún momento existió sino en la hipocresía y la falsedad de estos individuos.

De la misma manera en el exterior, se difundían noticias desde el Vaticano, con falsedades sobre la persecución religiosa en Buenos Aires. Ellos estaban en plena rebelión preparando la revolución, y según ellos, los perseguíamos. El 16 de setiembre y subsiguientes los vimos después en la calle y en camiones gritando y alentando a la rebelión. Ellos que eran los "angelitos" dispararon sus armas, vestidos de sotana, contra obreros indefensos en Córdoba en la noche del 18 de setiembre, después de tomar la ciudad, según testimonio de los propios revolucionarios que encomiaron tan sacrílega acción.

Esto no es nuevo. México lo presenció ya en su revolución. En cuanto al intento de asesinar al presidente tampoco es nuevo. El general Obregón, pagó con su vida los sórdidos manejos de sacristía.

Se ha dicho y con razón que el clero de la República Argentina es el peor clero del mundo. Los argentinos no quieren ser curas para reemplazar a los que vienen de Italia, lo peor que tiene, y de España los curas rojos de la revolución que, en esa época, invadieron literalmente el país. Con esta emigración bien se puede esperar lo que nuestro país ha tenido la desgracia de presenciar. El pueblo argentino odia profundamente a su clero, ese clero se conforma con lo que podrá sacar de beneficio en esta emergencia

EL REGIMEN CAPITALISTA DENTRO DE LA CONSTITUCION JUSTICIALISTA

• *Fragmento del folleto PERÓN SE DIRIGE A LOS OBREROS LATINOAMERICANOS INVITADOS ESPECIALMENTE POR LA C.G.T. Buenos Aires, 1950*

¿Qué representa la constitución justicialista como reforma? Muy simple, señores. Hemos transformado una constitución capitalista en una constitución justicialista. Para ello hemos agregado a los derechos de los ciudadanos, que allí se establecían de una manera general, y para que en el futuro no puedan ser negados, Los Derechos del Trabajador, que son inalienables e imprescriptibles dentro de un estado moderno. Por eso hemos establecido allí, en la nueva constitución, los diez derechos del trabajador, y los hacemos cumplir con la ley, para lo cual hemos creado la Justicia del Trabajo, que es la que dictamina sobre eso. Hemos creado las organizaciones del trabajo en el gobierno. Hemos creado el Ministerio de Trabajo y Previsión, que está en manos de un obrero, y que deberá estar siempre en manos de un obrero. Nosotros no creemos en la eficacia de un Ministerio de Trabajo que está en manos de un industrial, de un capitalista o de un oligarca. El Ministerio de Trabajo, para que sea efectivo y eficaz, debe estar en manos de un obrero auténtico. El actual ministro de Trabajo, hasta un día antes de hacerse cargo del Ministerio, era vidriero.

Señores: esta constitución ha ido más allá. ha modificado el régimen económico transformando el régimen capitalista en un régimen de economía social. En otras palabras: en la constitución capitalista la economía estaba al servicio del capital; para nosotros el capital es el que está al servicio de la economía. Por eso hemos cambiado las bases de la economía argentina y nos gobernamos y manejamos con un tipo de economía totalmente distinto a todos los conocidos en el mundo Porque nosotros no aceptamos la economía ortodoxa, en la que están basados casi todos los sistemas económicos del mundo.

En dos palabras quiero explicarles qué es el régimen capitalista. El régimen capitalista, en la concepción económica, es la explotación de la comunidad por un grupo de hombres de privilegio, para lo cual han debido crear un régimen económico basado en ese privilegio; es decir, todas las actividades deben servir a ese capital. Nosotros no consideramos, en la economía nuestra, que eso pueda ser posible aún en el mundo. Ya las masas populares saben demasiado para que pueda seguírselas explotando con el cuento de la economía política. Ya no hay en el mundo trabajador alguno, que pueda aceptar que eso es justo y que no esté pronto a rebelarse contra la injusticia.

Señores: el sistema capitalista de la economía política no es nada más que todo un sistema montado sobre lo que se llama el principio hedónico. El principio hedónico establece que en toda empresa ha de conseguirse el máximo provecho con el mínimo esfuerzo. Teóricamente, una verdad perfecta. Dentro de la economía pura, una verdad maravillosa como ley en que debe basarse la economía política. Pero es que la economía no actúa en la sociedad en forma pura, sino en forma aplicada, y esas leyes que son magníficas en la concepción de la economía pura, dejan de serlo tan pronto se las compara con la realidad social y política que ellas deben acompañar.

Este CUADERNO se imprimió en el mes de mayo de 1973